

XIV SEMINARIO FERNANDO BUESA

XIV. FERNANDO BUESA MINTEGIA



Víctimas

*¿Todas iguales o todas diferentes?
Caracterización y respuestas ante
un fenómeno complejo*

Biktimak

*Denak berdinak ala denak desberdinak?
Karakterizazioa eta fenomeno
konplexuaren aurreko erantzunak*



Valentín de Foronda



UPV EHU



XIV SEMINARIO FERNANDO BUESA
XIV. FERNANDO BUESA MINTEGIA

Víctimas

¿Todas iguales o todas diferentes?
Caracterización y respuestas ante
un fenómeno complejo

Biktimak

*Denak berdinak ala denak desberdinak?
Karakterizazioa eta fenomeno
konplexuaren aurreko erantzunak*

Editan:

- FUNDACIÓN FERNANDO BUESA BLANCO FUNDAZIOA
Calle Los Herrán 46 C-Bajo / 01003 Vitoria-Gasteiz
T.: 945 234 047 - F.: 945 233 699
info@fundacionfernandobuesa.com
www.fundacionfernandobuesa.com
- INSTITUTO UNIVERSITARIO DE HISTORIA SOCIAL VALENTIN DE FORONDA
Edificio LAS NIEVES Eraikina - Anexo Institutos
Nieves Cano, 33 / 01006 Vitoria-Gasteiz
T.: 945 014 311 - F.: 945 234 956
valentindeforonda@ehu.eus - inst.valentindeforonda@ehu.eus
www.valentindeforonda.ehu.eus

Año: 2017

Editores

- Eduardo Mateo Santamaría (Fundación Fernando Buesa Blanco Fundazioa)
- Antonio Rivera Blanco (Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda)

Transcripciones y traducciones

- Esan Traducciones

Dirección creativa / Diseño

- Carmelo Martínez de Guereñu

Maquetación / Realización Gráfica

- 2ados / Comunicación Global y Organización de Eventos, S.L

Impresión

- Gráficas J. Martínez

© De los textos, los autores

© De las imágenes, los autores

© Fundación Fernando Buesa Blanco Fundazioa

© Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda

ISBN: 978-84-697-6660-6 DL: VI-820/2017

En los días en que preparábamos la edición de este libro falleció M^a Teresa Castells, viuda de José Ramón Recalde, alma mater del espacio de libertad que siempre ha sido la librería Lagun y ejemplo ciudadano de dignidad ante presiones y amenazas totalitarias de cualquier signo. Sirvan las páginas que van a continuación de homenaje a ella y a todas las personas que en situaciones difíciles dejan claro con su testimonio que siempre se puede hacer algo.

Índice

• introducción	7
• Eduardo Mateo Santamaría y Antonio Rivera Blanco	
• presentación	
• Sara Buesa Rodríguez	21
• José María Ortiz de Orruño Legarda	25
• ponencias	
Conferencia inaugural	
• Manuel Cruz Rodríguez	31
Mesa 1. “Las víctimas en la historia”	
• Ana Iriarte Goñi	45
• Luis Castells Arteché	65
Mesa 2. “Tan iguales como diferentes”	
• José María Ruiz Soroa	89
• Enrique Echeburúa Odriozola	99
• Gema Varona Martínez	115
• Imanol Zubero Beaskoetxea	125
Mesa 3. “De invisibles a presentes”	
• Florencio Domínguez Iribarren	137
• Henry Patterson	147
• José Antonio Pérez Pérez	157
Mesa 4. “De cuándo se reparó en nosotras”	
• Ignacio Latierro Corta	171
• Manuel Giménez Larraz	181
• Juan Benito Valenciano	189
• clausura	
• Antonio Rivera Blanco	197
• Jesús Loza Aguirre	201

introducción

Con esta publicación presentamos los contenidos del XIV Seminario Fernando Buesa, celebrado los días 10 y 11 de noviembre de 2016 en el Archivo del Territorio Histórico de Álava de Vitoria-Gasteiz, bajo el título de *“Víctimas: ¿Todas iguales o todas diferentes? Caracterización y respuestas ante un fenómeno complejo”*. Estas jornadas fueron organizadas conjuntamente por la Fundación Fernando Buesa Blanco y por el Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda.





Objetivos y perspectivas

La cuestión de las víctimas ha cobrado una notable importancia en los últimos tiempos. La sensibilidad de la sociedad ante esta realidad es un factor determinante en ello. El término víctima se usa cada vez con más frecuencia, reclama atención y se aplica a colectivos diversos en base a la etiología u origen de su situación.

Algo similar ocurre cuando nos referimos a la reciente historia vasca. La existencia de diversas causas de victimización ha hecho que bajo un término común –víctimas- se agrupen realidades distintas, en su origen y en su tratamiento. Pero la homogeneización de todas ellas y la equiparación de sus situaciones a través de un lenguaje unificador maltrata a las víctimas, manipula a la sociedad y evita abordar la cuestión con garantías. Siendo común la condición de todas ellas y siendo merecedoras de la misma empatía y solidaridad, su consideración indistinta resulta injusta y también desacertada. Son las causas de origen las que dan sentido preciso a cada colectivo de víctimas y las que señalan la relación que la sociedad debe tener con cada uno de ellas. No es solo que sean distintas las víctimas de diversos terrorismos y violencias de intención política o las del maltrato machista o las de enfermedades o accidentes, sino que solo valorando en qué y por qué son diferentes se podrán atender como merecen y como debe tomarlas el conjunto social como expresión de algo.

Es por tanto pertinente propiciar una reflexión sobre el concepto de víctima, delimitando su significado y las necesidades de respuesta social en cada caso. Las víctimas son iguales en su sufrimiento, pero responden a diversas etiologías que es preciso atender para comprender en virtud de qué lo son y cómo se las debe tratar. No todas las causas de victimización son comparables ni todas precisan del mismo tipo de recuerdo, como se pretende desde diversas iniciativas homogeneizadoras que posiblemente tienen la mirada más puesta en la indulgencia de la sociedad que en lo que precisan y demandan los afectados.

Presentación

Como máximos responsables tanto de la Fundación Fernando Buesa como del Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda, inauguraron el XIV Seminario Sara Buesa y José María Ortiz de Orruño. Sus intervenciones introductorias figuran en el primer bloque de esta publicación.

Participantes

A continuación se desarrollaron los cinco bloques en los que se dividió este XIV Seminario y que estaban formados por las siguientes ponencias e intervinientes:

CONFERENCIA INAUGURAL

Manuel Cruz Rodríguez (Catedrático de Filosofía Contemporánea en la Universidad de Barcelona)

MESA 1. “LAS VÍCTIMAS EN LA HISTORIA”

Modera: Antonio Duplá Ansuátegui (Catedrático de Historia Antigua - UPV/EHU)

Ana Iriarte Goñi (Catedrática de Historia Antigua - UPV/EHU)

Luis Castells Arteché (Catedrático de Historia Contemporánea - UPV/EHU)

MESA 2. “TAN IGUALES COMO DIFERENTES”

Modera: Miren Ortubay Fuentes (Patronato de la Fundación Fernando Buesa Blanco)

José María Ruiz Soroa (Doctor en Derecho y Licenciado en Ciencias Políticas)

Enrique Echeburúa Odriozola (Catedrático de Psicología Clínica – UPV/EHU)

Gema Varona Martínez (Investigadora Doctora Permanente IVAC-KREI)

Imanol Zubero Beaskoetxea (Doctor en Sociología y profesor en la UPV/EHU)

MESA 3. “DE INVISIBLES A PRESENTES”

Modera: Bárbara Van der Leeuw (Doctora en Historia Contemporánea UPV/EHU)

Florencio Domínguez Iribarren (Director del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo)

Henry Patterson (Catedrático de Ciencias Políticas - Universidad del Ulster)

José Antonio Pérez Pérez (Historiador y especialista en memoria del franquismo y la transición)

MESA 4. “DE CUÁNDO SE REPARÓ EN NOSOTRAS”

Modera: Faustino López de Foronda Vargas (Patronato de la Fundación Fernando Buesa Blanco)

Ignacio Latierro Corta (Víctima del franquismo y de ETA)

Manuel Giménez Larraz (Hijo de Manuel Giménez Abad, víctima de ETA)

Juan Benito Valenciano (Padre de Rodolfo Benito Samaniego, víctima del 11-M)



Clausura

Para cerrar el XIV Seminario, Jesús Loza y Antonio Rivera, en representación de la Fundación Fernando Buesa y del Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda, respectivamente, clausuraron las jornadas con un resumen de todo lo acontecido en las diferentes mesas.

Tratamiento editorial

Esta publicación ofrece las diferentes intervenciones de los participantes en este seminario. La base para ello parte de la transcripción de sus exposiciones y en algunos casos de los textos proporcionados por los propios ponentes. El trabajo de edición ha intentado adaptar las intervenciones orales a las exigencias de un texto escrito (con colaboración de los autores), pero sin renunciar al carácter con el que se formularon.

No obstante, y ya que las diferentes ponencias fueron grabadas en vídeo, estas pueden verse accediendo a la siguiente dirección web:

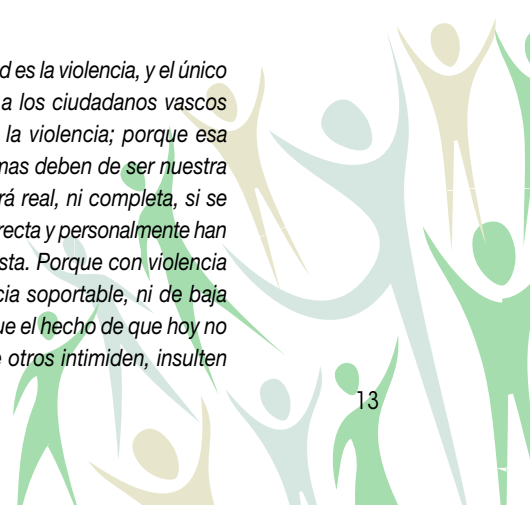
<http://fundacionfernandobuesa.com/web/xiv-seminario/>

Para concluir esta introducción deseamos recuperar las palabras de Fernando Buesa pronunciadas en este caso durante una de sus intervenciones en el pleno de las Juntas Generales de Álava, el 8 de febrero de 1999. En aquella ocasión Fernando Buesa intervenía en el debate de la moción presentada por los Grupos Junteros Izquierda Unida-Ezker Batua y Ezker Abertzalea, “para traer a las cárceles de Euskal Herria a todos/as los presos/as vascos/as” (Número Expediente: 5C 9 2078):

(...) Ustedes hacen esta moción al hilo de un contexto que en los últimos tiempos, en fin, se ha abierto, y también como parte del argumento político, porque se habla del proceso de paz; se habla de un proceso de paz en el que hay que intentar que las cosas vayan de la mejor manera posible, y elementos de distensión; o esa expresión horrorosa, que ahora emplean los nacionalistas democráticos, de que hay que hacer lo posible para que remita el sufrimiento, etc., etc., nueva perversión del lenguaje, señores. Me alegro mucho de que ustedes hayan retirado su primer punto de su enmienda, me parece una cosa que no era

de recibo, “remitir el sufrimiento”, ¿ahora a la violencia le llaman ustedes sufrimiento? ¿Al hecho de que se extorsione a la gente, o se amenace a la gente, o se hagan atentados o sabotajes de violencia callejera, le llaman ustedes sufrimiento? Dejen ustedes de llamar por eufemismo las cosas. Son como son. Y si hay que abrir un nuevo proceso, y hay que abrirlo, habrá que abrirlo con los principios y las reglas claras. No estamos en una situación de paz, ni el alto al fuego de ETA es suficiente para decir que han callado las armas. Lo que hay no es paz, y tal como está siendo entendido, justamente por Herri Batasuna y todas las organizaciones que en el mundo asociativo de su entorno se agrupan siempre para defender los derechos de ETA, ni siquiera es un inicio de un proceso de paz. Yo no puedo aceptar que hay paz, ni proceso de paz, cuando no hay cese definitivo y las amenazas persisten. No se puede aceptar cuando se excluyen de eso, por necesidades de autoabastecimiento, como si fuera una empresa cualquiera, las extorsiones a empresarios. No se puede aceptar cuando hay amenazas y coacciones a cargos públicos del Partido Popular y de otros partidos políticos. No se puede aceptar eso cuando hay sabotajes y violencia callejera. Así ni hay paz, ni caminos para la paz, porque como dice muy bien aquel lema de Gandhi “la paz es el camino, y con violencia es imposible encontrarla”(…).

(...) Porque el conflicto vasco de verdad es la violencia, y el único problema que ha impedido e impide a los ciudadanos vascos ejercer plenamente sus derechos es la violencia; porque esa violencia provoca víctimas, y las víctimas deben de ser nuestra principal preocupación. La paz no será real, ni completa, si se construye sobre el olvido de quienes directa y personalmente han sufrido la violencia, la violencia terrorista. Porque con violencia no hay tregua. Porque no hay violencia soportable, ni de baja intensidad, ni de alta intensidad. Porque el hecho de que hoy no mate la gente de ETA, no impide que otros intimiden, insulten





o amenacen. Porque no es tolerable, bajo ningún pretexto, que a ningún partido político se le prive, a través del miedo, de encontrar ciudadanos dispuestos a representarles. Porque no se puede consentir que a un alcalde vasco, o a concejales o ediles de nuestro Ayuntamiento de Vitoria, se les coloque en pasquines por toda la ciudad con insultos y amenazas. Porque no se puede aceptar que se quemen sedes de partidos, o locales, y negocios de ciudadanos. Porque frente a esos hechos no cabe la disculpa, ni es digno el silencio, ni es posible la pasividad, ni se puede aceptar la complicidad (...).

Eduardo Mateo Santamaría

(Fundación Fernando Buesa Blanco)

Antonio Rivera Blanco

(Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda)

Argitalpen honen bidez, XIV. Fernando Buesa Mintegiko edukiak aurkeztuko ditugu. 2016ko azaroaren 10ean eta 11n egin zen mintegia, Gasteizen dagoen Arabako Lurralde Historikoko Artxiboan, eta hau izan zen izenburua: *“Víctimas: ¿Todas iguales o todas diferentes? Caracterización y respuestas ante un fenómeno complejo”* (Biktimak: denak berdinak ala denak ezberdin? Karakterizazioa eta fenomeno konplexuaren aurrean emandako erantzunak). Jardunaldi horiek Fernando Buesa Blanco Fundazioak eta Valentín de Foronda Historia Sozialeko Unibertsitate Institutuak antolatu dituzte.





Helburuak eta asmoak

Biktimen gaiak garrantzi handia hartu du azken garaietan. Horretarako, gizarteak gai horren inguruan erakutsi duen sentsibilitatea izan da giltza. *Biktima* hitza gero eta sarriago erabiltzen da, arreta behar du eta askotariko kolektiboek aplikatzen zaie, etiologia edo egoerak zer jatorri duen oinarri hartuta.

Antzeko zerbait gertatzen da Euskal Herriko historia hurbilari buruz hitz egiten dugunean. Biktimizatzeko hainbat arrazoi egon izanak eragin du termino bakarra erabiltzea (biktima) jatorrian eta tratamenduan ezberdinak diren errealitateetarako. Baina horiek guztiak homogeneizatzean eta egoera horiek hizkera bateratzailearen bidez parekatzean, biktimei tratu txarra ematen zaie, gizartea manipulatzeko da eta ezinezkoa egiten da gaiari behar bezalako bermekin heltzea. Horiek guztiek izaera berdina duten arren eta enpatia nahiz solidaritate berdina merezi duten arren, kontsiderazio ezberdina ematea bidegabekoa eta desegokia da. Jatorrian dauden arrazoiek ematen diote biktimen kolektibo bakoitzari zentzu zehatza, eta horiek zehazten dute gizarteak biktima bakoitzarekin izan behar duen harremana. Terrorismoaren eta asmo politikoen eragindako indarkeriaren, tratu txar matxisten edo gaixotasun nahiz istripuen biktimak ezberdinak izateaz gain, zertan eta zergatik ezberdinak diren aztertzean, behar bezalako arreta eman ahal izango diegu, eta gizarte osoan zerbaiten adierazpen gisa ulertu ahal izango ditugu.

Horrenbestez, egokia da biktimaren kontzeptuari buruzko hausnarketa egitea, bakoitzaren esanahia mugatzeko, eta kasu bakoitzari gizarteak zer erantzun eman behar dion zehazteko. Biktimak berdinak dira sufrimenduari dagokionez, baina, oinarrian, etiologia ezberdinak dituzte, eta zer diren eta nola jorratu behar diren aintzat hartuta, zer-nolako arreta eman behar zaien ulertu beharra dago. Biktimizazioaren arrazoi guztiak ezin dira konparatu, eta denek ez dute oroitzen mota berdina eragiten. Asmo hori dute, esate baterako, homogeneizatzeko joera duten hainbat ekimenek, baina, seguruenik, gizartearen barkamenean jartzen dute arreta, eta ez hainbeste kaltetuek behar duten eta eskatzen duten arretan.

Aurkezpena

Fernando Buesa Fundazioaren eta Valentín de Foronda Historia Sozialeko Unibertsitate Institutuko arduradun diren heinean, Sara Buesak eta José María Ortiz de Orruñok eman zioten hasiera XIV. Mintegiari. Sarrera gisa egindako aurkezpenak argitalpen honen lehen multzoan daude jasota.

Parte-hartzaileak

Jarraian, XIV. Mintegia osatu zuten bost multzoak garatuko dira. Hitzaldi eta parte-hartzaile hauek egon ziren bertan:

HASIERAKO KONFERENTZIA

Manuel Cruz Rodríguez (Filosofia Garaikideko katedraduna, Bartzelonako Unibertsitatean)

1. MAHAIA. “BIKTIMAK HISTORIAN”

Moderatzailea: Antonio Duplá Ansuátegui (Antzinako Historiaren katedraduna, UPV/EHU)

Ana Iriarte Goñi (Antzinako Historiaren katedraduna, UPV/EHU)

Luis Castells Arteché (Historia Garaikideko katedraduna - UPV/EHU)

2. MAHAIA “BERDINAK BEZAIN EZBERDIN”

Moderatzailea: Miren Ortubay Fuentes (Fernando Buesa Blanco Fundazioaren patronatua)

José María Ruiz Soroa (Zuzenbidean doktorea eta Zientzia Politikoetan lizentziaduna)

Enrique Echeburúa Odriozola (Psikologia Klinikoaren katedraduna – UPV/EHU)

Gema Varona Martínez (Ikerlari doktore iraunkorra IVAC-KREI)

Imanol Zubero Beaskoetxea (Soziologian doktorea eta irakaslea UPV/EHU)

3. MAHAIA “IKUSEZIN IZATETIK PRESENTZIA IZATERA”

Moderatzailea: Bárbara Van der Leeuw (Historia Garaikidean doktorea, UPV/EHU)

Florencio Domínguez Iribarren (Terrorismoaren Biktimen Memorialaren Zentroko zuzendaria)

Henry Patterson (Zientzia Politikoetako katedraduna - Ulsterreko unibertsitatea)

José Antonio Pérez Pérez (Historialaria eta espezialista frankismoaren memorian eta trantsizioan)

4. MAHAIA. “GUGAN NOIZ ERREPARATU ZEN”

Moderatzailea: Faustino López de Foronda Vargas (Fernando Buesa Blanco Fundazioko patronatua)

Ignacio Latierro Corta (Frankismoaren eta ETaren biktima)

Manuel Giménez Larraz (ETaren biktima Manuel Giménez Abaden semea)

Juan Benito Valenciano (Rodolfo Benito Samaniegoren aita, M-11ren biktima)



Amaiera

XIV. Mintegiari amaiera emateko, Jesús Lozak eta Antonio Riverak, Fernando Buesa Fundazioaren eta Valentín de Foronda Historia Sozialeko Unibertsitate Institutuaren ordezkariak, hurrenez hurren, mahai guztietan jorratutako gaien laburpenak egin zituzten jardunaldiak amaitutzat emateko.

Argitalpen tratamendua

Argitalpen honek mintegian parte hartu dutenen hainbat hitzaldi jasotzen ditu. Horretarako, haien azalpenen transkripzioak erabili dira oinarri, eta, batzuetan, hizlariak eurek eman dizkigute testuak. Argitalpen lan honetan, ahozko parte-hartzeak idatzizko testuen eskakizunetara egokitzen ahalegindu gara (egileen laguntzarekin), baina horiek esan zirenean izandako kutsuari uko egin gabe.

Hala ere, eta hitzaldiak bideoz grabatu zirela aintzat hartuta, webgune honetan daude ikusgai:

<http://fundacionfernandobuesa.com/web/xiv-seminario/>

Sarrera hau amaitzeko, Fernando Buesak esandako hitz batzuk berreskuratu nahi ditugu; kasu honetan, 1999ko otsailaren 8an Arabako Batzar Nagusien osoko bilkura batean eginiko hitzaldi batean esandakoa. Bilera hartan, Fernando Buesak Izquierda Unida-Ezker Batua eta Ezker Abertzalea batzarkide taldeek aurkeztutako “Euskal preso guztiak Euskal Herriko kartzeletara ekartzea” gaiari buruzko mozio baten eztabaidan hartu zuen parte (Espediente zenbakia: 5C 9 2078):

(...) Mozio hau egin duzue, azken batean, azken garaietan ireki den testuinguru baten harira, eta argudio politiko gisa; izan ere, bake prozesuari buruz hitz egiten duzue; bake prozesu horretan, gauzak ahalik eta ondoen joateko ahaleginak egin behar direla aipatzen duzue, eta zenbait distentsio elementu ere aipatzen dituzue. Era berean, nazionalista demokratikoek orain erabiltzen duten adierazpen ezin itsusiagoa ere aipatzen duzue: sufrimendua arintzeko ahal den guztia egin behar dela, eta abar. Berriz ere, hizkuntzaren galbideratzea, jaun-andreok. Asko poztu naiz zuzenketaren lehen puntua kendu duzuelako; izan ere, uste dut onartezina zela “sufrimendua arintzea” adierazpena erabiltzea. Orain indarkeriari sufrimendu esaten diozue?

Jendeari estortsioa egitea edo mehatxu egitea, edota atentatuak edo kale borrokaren sabotajeak egiteari sufrimendu esaten diozue? Utzi eufemismoa alde batera gauzak izendatzean. Gauzak diren bezalakoak dira. Eta prozesu berri bat ireki behar bada (eta ireki egin behar da), printzipioak eta arauak argi izanik ireki beharko da. Ez gaude bake egoeran, eta ETArek su-etena ere ez da nahikoa armak gerarazi dituztela esateko. Gaur egun duguna ez da bakea, eta nola ulertzen ari den ikusita, hain justu Herri Batasunaren eta beti ETArek eskubideak defendatzeko biltzen diren haren inguruko elkarteen ikuspuntutik, ez da ezta bake prozesu baten hasiera ere. Nik ezin dut onartu bakea dagoenik, ezta bake prozesurik; izan ere, su etena ez da behin betikoa, eta oraindik mehatxuak daude. Ezin da onartu autohornikuntza beharrianengatik, edozein enpresa balitz bezala, enpresariei egiten zaizkien estortsioak alde batera uztea. Onartezina da, Alderdi Popularreko eta beste alderdi politiko batzuetako kargu publikoei mehatxuak eta bortxak egiten zaizkie eta. Ezin da horrelakorik onartu sabotajeak eta kale indarkeria dagoen bitartean. Horrela ez dago ez bakerik, ez bakerako biderik; izan ere, Gandhiren lelo batek zioen moduan: “bakea da bidea, eta indarkeriaren bidez ezinezkoa da aurkitzea” (...).





(...) Euskadiko benetako gatazka indarkeria da, eta indarkeria da euskal herritarrei haien eskubideak erabat gauzatzea eragotzi duen eta eragozten duen arazo bakarra. Indarkeria horrek biktimak eragiten ditu, eta biktima horiek izan behar dute gure kezka nagusia. Indarkeria, indarkeria terrorista, zuzenean eta aurrez aurre bizi izan duten pertsonak ahaztuta eraikitzen bada bakea, ez da ez benetakoa ez erabatekoa izango. Izan ere, indarkeriarekin ez dago tregoarik, ez baitago jasan daitekeen indarkeriarik, intentsitate gutxikoa zein handikoa izanik ere. ETAko kideek gaur egun erailtzen ez badute ere, horrek ez du eragozten beste batzuk ikaratzen, iraintzen edo mehatxatzen ibiltzea. Ezin da inola ere onartu beldurraren bidez alderdi politiko batzuei aukerarik ez ematea herritarren ordezkari izateko prest dagoen jendea aurkitzeko. Ezin da onartu Euskadiko alkate bat edo Gasteizko Udaleko zinegotziak edo hautetsiak irainekin eta mehatxuekin paskinetan jartzea hiri osoan zehar. Ezin da onartu alderdien egoitzak, lokalak eta herritarren negozioak erretzea. Gertaera horien aurrean ez dago barkamenik, isiltasuna eta pasibotasuna ere ez dira duinak, eta konplizitatea ere onartezina da (...).

Eduardo Mateo Santamaría

(Fernando Buesa Blanco Fundazioa)

Antonio Rivera Blanco

(Valentín de Foronda Historia Sozialeko Unibertsitate Institutua)





- **Sara Buesa Rodríguez.**
Vicepresidenta de la Fundación Fernando Buesa Fundazioa
- **José María Ortiz de Orruño.**
Director del Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda



Para acceder al vídeo de la presentación:
<https://goo.gl/Fq9mH2>

presentación



SARA BUESA RODRÍGUEZ

Vicepresidenta de la Fundación Fernando Buesa Blanco Fundazioa

Egun on, ongi etorri eta eskerrik asko gurekin egoteagatik XIVgarreneko Fernando Buesa mintegi honetan.

Beti bezala atsegin handia da Valentín de Foronda Gizarte Historiarako Institutuaren kideekin, eta zuek guztiekin, gogoetak partekatzea.

Aurten biztimei buruz hausnartzea aukeratu dugu, oso gai garrantzitsua delako, gaurkotasun handikoa, eta oso konplexua.

Buenos días. Bienvenidas, bienvenidos. Es un auténtico placer celebrar cada año este Seminario Fernando Buesa con los compañeros del Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda, y también con todas las personas que habéis venido dispuestas a compartir vuestro tiempo y vuestros pensamientos con nosotros.

En esta ocasión, para estos dos días de reflexión, hemos querido poner el foco en la realidad de las víctimas. Se trata de un asunto de gran actualidad en el debate social y político.



Se habla mucho acerca de los diversos tipos de víctimas.

Se habla de similitudes y de necesidades comunes a todas las víctimas. También se habla de especificidades y de la necesidad de diferenciar el significado de unas y otras situaciones de victimización.

¿Somos todas las víctimas iguales? ¿Somos diferentes?

Yo he reflexionado mucho sobre esto a lo largo de los años, desde mi experiencia profesional con víctimas de delitos violentos diversos, desde mi propia vivencia personal como víctima de ETA, y desde los espacios y las reflexiones que he compartido con otras víctimas, de ETA, del GAL, del BVE o de abusos policiales.

¿En qué somos iguales?

Todas las víctimas, del signo que sea, somos iguales en nuestro sufrimiento, en la experiencia humana de haber padecido un trauma en nuestras vidas.

Pero no debemos quedarnos únicamente en el sufrimiento. Todas las víctimas somos también iguales en derechos. Verdad, justicia, memoria, reconocimiento, reparación... son palabras de gran calado, que a veces se repiten como un mantra sin detenerse a pensar en su significado. Son necesidades que todas las víctimas tenemos y además son derechos que se nos deberían garantizar.

Reparar, según la RAE, es “enmendar, corregir” “desagraviar, satisfacer al ofendido”, “remediar un daño o perjuicio”. Desgraciadamente, para nuestros seres queridos que fueron asesinados y para nosotras, la reparación completa es imposible. Pero en la medida en la que tengamos justicia, memoria, reconocimiento... podremos tener al menos algún tipo de reparación que resulte sanadora para nuestras heridas.

Reparar tiene otra acepción que es “atender, considerar”. Lo primero que necesitamos las víctimas es que se repare en nosotras, que se nos vea, se nos mire a los ojos y se escuche nuestro relato. Necesitamos actitudes de respeto, empatía y sensibilidad hacia nuestro sufrimiento.

La reparación necesita además del reconocimiento. Reconocer nuestra condición de víctimas supone admitir que el sufrimiento que se nos ha causado no solo es doloroso sino también injusto, que lo que nos sucedió estuvo mal y no tuvo ninguna justificación. La reparación requiere memoria: una memoria basada en

un relato veraz, que deslegitime claramente la violencia que hemos sufrido. La reparación demanda justicia: que los victimarios sean identificados y que asuman la responsabilidad sobre los hechos cometidos y sus consecuencias.

Cualquier víctima tiene derecho a acceder a la reparación y a ver reconocidos estos derechos.

En este sentido, las víctimas de ETA no somos más víctimas que las víctimas del GAL o que cualquier otra persona que haya visto vulnerados sus derechos humanos fundamentales. Yo pido para todas las víctimas lo mismo que pido para mí.

¿En qué somos diferentes?

Los distintos tipos de víctimas nos diferenciamos en que el origen, las causas de nuestra victimización, son diversas.

Los abordajes globales y superficiales que mezclan diversos hechos históricos, sumando a las víctimas desde la guerra civil al terrorismo, pasando por el franquismo, en una especie de victimización colectiva en el marco de un conflicto, generan confusión, disuelven y desdibujan nuestras realidades y no nos hacen justicia a ninguna víctima.

Sólo un análisis específico y profundo de cada expresión violenta, de sus particularidades, razones y objetivos, nos permitirá:

- Construir un relato con rigor;
- Llegar al fondo de la cuestión y comprender el significado de lo que nos ha sucedido;
- Analizar asignaturas pendientes para la reparación efectiva de las víctimas;
- Aprender de ello y poder así erradicar para siempre el germen de la violencia que padecemos.

La sociedad vasca debe pisar fuerte sobre el reconocimiento y conocimiento de lo ocurrido, y sobre las responsabilidades de cada cual.

En mi caso, el asesinato de mi aita fue un asesinato político. ETA utilizó de forma sistemática el terror, la amenaza y el asesinato con el objetivo de imponer un proyecto político totalitario, que no admitía la diversidad ideológica o de



sentimientos de pertenencia de la sociedad vasca. Ningún análisis de lo sucedido puede obviar este significado del terrorismo de ETA. Además, una característica especial en el caso de ETA es el apoyo y la justificación con los que ha contado por parte de un sector de la sociedad vasca. Todavía hoy, a estas alturas, se aprecian actitudes y se escuchan mensajes en el entorno de Sortu que justifican la existencia de ETA como una estrategia necesaria en el pasado.

Rechazar la violencia en general y mantener un discurso ambiguo en relación a ETA no es de recibo. La deslegitimación clara del terrorismo de ETA, el reconocimiento de que la violencia utilizada en este país a lo largo de los años para conseguir objetivos políticos nunca fue legítima, es para mí la principal asignatura pendiente.

Eskerrik asko



JOSÉ MARÍA ORTIZ DE ORRUÑO LEGARDA

Director del Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda

Muchísimas gracias, egun on guztioi, buenos días a todos.

Fue Tony Judt, el historiador Tony Judt, uno de los nuestros, uno de los primeros en denunciar el olvido de las víctimas a lo largo del turbulento siglo XX. Las víctimas, efectivamente, durante mucho tiempo han sido consideradas como el peaje imprescindible que había que pagar para el progreso, para el desarrollo, como los daños colaterales inevitables en determinados procesos sociales. Pero las cosas comenzaron a cambiar en los años 70 del siglo pasado, cuando las víctimas comenzaron a recuperar la voz y se hicieron cada vez más visibles y presentes, hasta ocupar el centro del debate político. En este cambio tuvieron un papel crucial películas y documentales sobre la *Shoah*, sobre el Holocausto judío. Y también fue trascendental el papel de testimonios, testimonios sobrecogedores de los supervivientes de los campos de exterminio, como el caso de Primo Levi.

Y hay que decir que algo parecido ha pasado también con las víctimas de la tragedia vasca. Hubo una primera fase donde las víctimas fueron marginadas, ignoradas, ocultadas, abandonadas y, por supuesto, desatendidas. En muchos casos, las víctimas fueron también estigmatizadas, y con Reyes Mate podemos



decir que muchas murieron dos veces, una vez de manera real y otra (in)cívica, simbólica. Ahora, por fortuna, estamos en otro tiempo y esas cerca de mil víctimas mortales, además de los muchos heridos, mutilados y agredidos de alguna manera, han adquirido visibilidad y están obteniendo el reconocimiento, la compasión y la empatía por el sufrimiento injusto, por el dolor injusto e inhumano al que fueron sometidas durante tanto tiempo.

Hace unos días estuve en San Sebastián en una reunión académica muy parecida a esta, organizada por el Instituto Valentín de Foronda con el Centro Memorial de Víctimas del Terrorismo. Allí hablamos de la importancia de las víctimas y, más concretamente, de la importancia del testimonio de las víctimas. Y llegamos a algunas conclusiones que me gustaría comentarles rápidamente.

Una primera es que el testimonio de las víctimas es importante no solo a nivel personal, como nos recordaba Sara hace un momento, no solo como forma de recuperación individual para superar el trauma al que han sido sometidas, sino también desde una perspectiva social, para recuperar el equilibrio que ha sido roto por el terror y por la violencia política. Las víctimas son testimonio insobornable del horror, de un horror que nunca debió haberse producido, y su memoria es el mejor antídoto para que no regrese la barbarie. Pero hay también otra perspectiva que a mí me parece importante como historiador y como ciudadano. Porque el testimonio de las víctimas no solo nos permite acceder a un ámbito de la experiencia y de la conciencia humana que de otra forma sería imposible, sino también porque el testimonio de las víctimas, cuando viene cargado de reflexión, de serenidad y de templanza, nos hace a todos mucho más humanos.

En esta breve intervención me gustaría trasladarles algunas reflexiones que se hicieron en aquel foro y que coinciden con lo que decía Marta hace un momento. Uno de los intervinientes decía que, desde el punto de vista jurídico, desde el punto de vista humano, desde el punto de vista del sufrimiento y desde el punto de vista de los derechos, todas las víctimas son iguales y merecen el mismo trato en materia de verdad, justicia, reparación, reconocimiento y empatía social. Pero también se decía que lo que hace diferente a las víctimas es la etiología de la violencia, lo que les distingue es la intencionalidad política de los ejecutores. Y en este sentido enlazo con una reflexión que le he leído estos días en un periódico a Fernando Savater, que seguramente habrán visto también ustedes. Decía Savater, refiriéndose a este mismo asunto, que, si bien todas las violencias son perseguibles y condenables, hay también una diferencia entre aquellos uniformados que recurrieron a la violencia traicionando la confianza social de la que habían sido investidos y aquellos otros que recurrieron a la violencia y al terror con la intención de imponer su proyecto político totalitario.

Estamos, como decía Sara, efectivamente, en un momento diferente, en un momento que exige una profunda reflexión y análisis sobre todo este proceso, que es ciertamente complejo. Y estamos, yo creo, en un escenario magnífico, en este foro que se viene desarrollando desde hace algunos años gracias a la colaboración entre la Fundación Fernando Buesa y el Instituto Valentín de Foronda. Estamos también este año, todos, pero este de manera muy significativa, con especialistas de muy alto nivel. La cuestión sigue pendiente, la cuestión sigue sin resolverse, quedan todavía muchos flecos, pero yo estoy seguro de que este foro nos permitirá dar un paso más y con acierto.





A mí me gustaría terminar mi intervención expresando, lo he hecho ya, mi satisfacción por esta colaboración con la Fundación Fernando Buesa y quisiera, por supuesto, agradecer a todas aquellas personas, que han sido muchas, que han hecho posible esta reunión. Por parte de la Fundación Fernando Buesa quisiera agradecer a Eduardo Mateo por todo su trabajo y por parte del Instituto también a Antonio Rivera, que han sido piezas fundamentales para que esta reunión tenga lugar. Muchísimas gracias.





CONFERENCIA INAUGURAL

- **Manuel Cruz Rodríguez.**
Catedrático de Filosofía Contemporánea en la Universidad de Barcelona



Para acceder al vídeo de la presentación:
<https://goo.gl/vd3pJ5>

ponencias



MANUEL CRUZ RODRÍGUEZ

Es Catedrático de Filosofía Contemporánea en la Universitat de Barcelona. Ha sido profesor visitante en diversas universidades europeas y americanas, así como investigador en el Instituto de Filosofía del CSIC (Madrid). Director de varias colecciones de pensamiento, forma parte del consejo de redacción de numerosas revistas de su especialidad, tanto nacionales como extranjeras. Colaborador habitual en la prensa española y argentina, así como en la cadena SER. Actualmente es diputado por Barcelona en la XII legislatura por el PSC.

Docente de las materias “Filosofía contemporánea” y “Filosofía de la Historia”, sus intereses intelectuales se centran en la reflexión sobre las teorías de la subjetividad contemporáneas, las reflexiones acerca del lugar de la memoria y del olvido en el mundo actual, y las filosofías de la acción de las diversas tradiciones filosóficas contemporáneas.

Autor de más de una veintena de libros y compilador de una quincena de volúmenes colectivos, de entre sus títulos más recientes cabe mencionar: *Cómo hacer cosas con recuerdos* (2007), *Filosofía de la Historia* (2008), *Menú degustación* (2009), *Amo, luego existo* (2010, Premio Espasa de Ensayo) y *Adiós, historia, adiós* (2012, Premio Jovellanos de Ensayo).



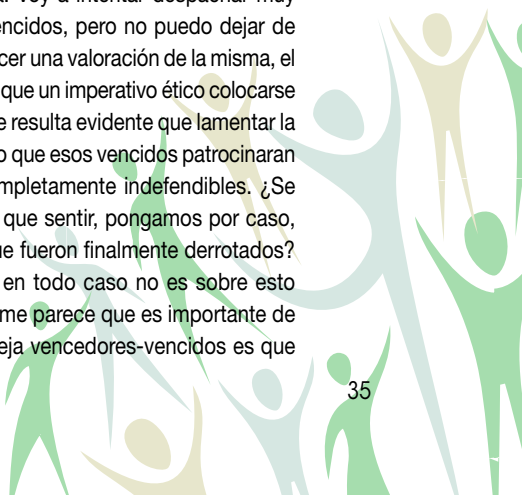
Permítanme que empiece agradeciendo muy sinceramente a los organizadores su invitación para estar hoy aquí. Alguien escribió una vez que hay cosas tan privadas que solo se pueden decir en público. Pues bien, déjenme que les diga que yo me siento impresionado por tener que intervenir en este foro porque, aunque algo he intentado pensar sobre este tema, lo cierto es que tener que poner a prueba lo que uno pueda haber pensado en un lugar como este, en el que esa materia no es solo materia de pensamiento sino de experiencia vital, para un filósofo es algo importante. Y, añadido, en cierto modo arriesgado. Hace un momento se han dicho cosas en la presentación que me han hecho pensar por un momento en la posibilidad de irme: “es que no sé qué voy a poder añadir después de lo que ya se ha planteado”, me he dicho para mis adentros.

Pero se ha hecho una referencia que me interesa mucho retomar. Del tema de las víctimas, evidentemente, se ha hablado desde muchos puntos de vista, o quizá mejor, pensando en uno u otro tipo de víctimas. Y eso es un poco inevitable. Uno tiende a mirar un caso o tiende a mirar otro. Por razones teóricas o por razones personales, como es lógico. En el tema de las víctimas yo aterricé desde un punto de vista bien específico: el de la filosofía de la historia, que es uno de los ámbitos en los que he intentado pensar. En este ámbito, la cuestión de las víctimas aparece concretamente en el siglo XX, relativamente tarde. Hay un libro (que les recomiendo mucho) de un crítico norteamericano de origen alemán que se llama Andreas Huyssen y que se titula *En busca del futuro perdido* (lo publicó el Fondo de Cultura Económica). El autor hace allí una referencia a la manera en que la memoria volvió a ser reintroducida como una categoría importante en el debate teórico-político en el siglo XX. Y llama la atención sobre dos momentos en los años 60. En los años 60 la memoria que “se pone de moda”, discúlpenme la expresión, es la que se produce a partir de los procesos de descolonización. Huyssen llama la atención sobre el hecho de que, en esos países, en esas sociedades que habían vivido durante un tiempo aplastadas por la memoria de la metrópoli, por la memoria del país que les había colonizado, pongamos por caso, las colonias británicas, los estudiantes de Kenia o de la India o de cualquiera de las colonias, estudiaban historia de Inglaterra y se pensaban a sí mismos como un apéndice del imperio. En un momento determinado tuvieron que recuperar su identidad, recuperar su pasado. Y entonces, comenta Huyssen, en los años 60 se vuelve a hablar mucho de la memoria en una clave digamos benjaminiana, la memoria perdida, el pasado que hay que recuperar, las deudas pendientes, las promesas incumplidas, todo ese asunto. Es el momento en el que Benjamin adquiere mucho protagonismo para pensar la memoria y verán por qué lo digo.

Hay un segundo momento, dice Andreas Huyssen, en que la memoria se pone de moda otra vez, a finales de los 70 y los 80, vinculado precisamente al tema del Holocausto. Y ahí se vuelve a hablar mucho de la memoria y de alguna forma creo que todavía la onda expansiva de esa reflexión está muy condicionada por esos planteamientos, que no son exactamente iguales. La memoria de los 60, memoria benjaminiana, y la memoria de los 80, políticamente, tienen un signo muy diferente. Y me permito remitirles a algunos textos de un historiador que a mí me parece magnífico, que es Enzo Traverso, que se ha referido a estos temas.

Muy rápidamente hago referencia a los planteamientos benjaminianos de los 60 porque a veces ha habido una confusión o quizá una identificación entre los planteamientos. Lo digo de una forma muy sumaria, discúlpennme la imprecisión; si quieren luego en el coloquio precisamos lo que haga falta. Pero ha habido una tendencia a identificar los planteamientos de matriz benjaminiana con los planteamientos que se han hecho posteriormente en la estela de las conmemoraciones del Holocausto. ¿Cuál es la diferencia? Benjamin, como probablemente todos ustedes saben, insistía mucho en la idea de que la historia, el discurso histórico, las narraciones, los relatos históricos, en definitiva, se hacen siempre desde la perspectiva de los vencedores. Y frente a ese protagonismo casi absoluto de los vencedores, él reivindica la historia desde el punto de vista de los vencidos. En algún sentido los vencidos de la historia serían a los que les correspondería una cierta razón histórica.

En muchas ocasiones, en muchos discursos, no digo en estos casos más particulares, pero sí en casos más en general, a veces se confunde la pareja vencedores-vencidos con la pareja verdugos-víctimas o victimarios-víctimas. Y creo que es una identificación muy confusa. Voy a intentar despachar muy rápidamente la primera pareja, vencedores-vencidos, pero no puedo dejar de señalar que la premisa que se suele utilizar al hacer una valoración de la misma, el dar por descontado que constituye poco menos que un imperativo ético colocarse del lado de los vencidos, no se sostiene. Porque resulta evidente que lamentar la derrota de los vencidos con independencia de lo que esos vencidos patrocinaran en su momento nos llevaría a situaciones completamente indefendibles. ¿Se imaginan por un momento que uno se tuviera que sentir, pongamos por caso, solidario con los nazis por el solo hecho de que fueron finalmente derrotados? A nadie se le ocurriría semejante cosa. Pero en todo caso no es sobre esto sobre lo que quiero llamar la atención. Lo que me parece que es importante de ese planteamiento que insistía tanto en la pareja vencedores-vencidos es que





“olvidaba” algo fundamental, a saber, la causa que defendían unos y otros. Y es desde el punto de vista de esa causa desde el que nosotros podemos sentirnos o no solidarios con unos o con otros.

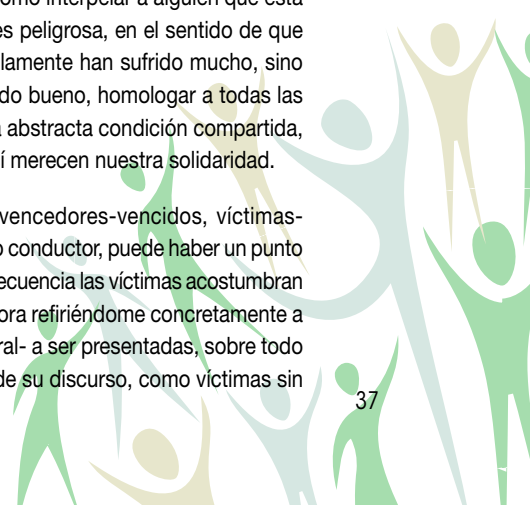
En todo caso, el detalle o el punto que quizá nos permite transitar de un caso a otro, de una pareja conceptual a la otra, es subrayar el hecho de que todas estas nociones que estamos manejando tienen un componente muy importante de construcción. El concepto de vencedor o de vencido es una construcción y hay que anticipar también -esto es algo que enseguida comentaré- que el concepto víctima-verdugo (o víctima-victimario, como se prefiera) también tiene un componente muy importante de construcción. En cuanto empiezo a decir esto se me disparan mis propias alarmas porque por un momento no puedo evitar ponerme en la cabeza de quien esté escuchándome y que pueda decir: “o sea, que una persona que ha sufrido alguna forma de violencia extrema, incluso el asesinato, ¿me estás diciendo que eso es una mera construcción, que ahí no ha habido sufrimiento real?”. No estamos afirmando semejante cosa, claro está: nos estamos refiriendo a que la condición de víctima en general es siempre interna a un relato. Es decir, resulta evidente que de muchos grupos o de muchos colectivos apenas llamamos la atención sobre su condición de víctimas. En gran medida tiene que ver con un modo de entender, una visión e interpretación de la realidad, que emerge en la condición de víctima. Esto con palabras casi textuales lo ha planteado un filósofo de la historia norteamericano que se llama Dominick LaCapra, que ha escrito: “La categoría víctima es en distinta medida una categoría social, política y ética”. Y en ese sentido yo decía: sin violentar mucho los términos, podríamos decir que la condición de víctima es, siempre, interna a un relato.

¿Por qué tengo esta prevención hacia o por qué me interesa, mejor dicho, llamar la atención sobre lo que tiene la víctima de constructo, de concepto? Porque con mucha frecuencia se habla de las víctimas como si respecto a ellas no cupiera reflexión alguna, discurso, incluso crítica. Como si ante su sufrimiento no cupiera otra cosa que una especie de reverencia moral. ¿Qué podemos hacer frente a una víctima sino aceptar su sufrimiento, declararnos solidarios con ella, etc.? Y esto evidentemente es así. Pero sobre lo que me interesa llamar la atención no es sobre esto, sobre lo que creo que podríamos estar fácilmente de acuerdo, sino sobre lo que pudiéramos llamar el uso discursivo (que quiere decir a veces político) que se hace de las víctimas. Y entiendo que esto es importante señalarlo en un momento como el actual. Hace un instante se hacía referencia a cómo

el discurso sobre las víctimas ha cobrado una enorme presencia en los últimos tiempos, presencia debida a factores de diverso tipo. Unos pueden ser obviamente la empatía, el progreso moral, en fin, podemos llamarlo de distintas formas. Pero también buena parte de ese protagonismo de las víctimas tiene que ver, aunque pueda parecer paradójico, con nuestro momento mental. Con el hecho de que, probablemente, porque nos cuesta tener referencias compartidas, nos cuesta compartir valores porque vivimos en una época, se suele decir, de crisis de valores en la que es muy difícil saber en qué nos podríamos poner de acuerdo, qué es bueno y malo para todos a la vez, qué es justo e injusto para todos a la vez. Ahí discrepamos siempre. Parece que el sufrimiento, el daño sufrido por alguien, tiene una especie de contundencia moral ante la cual no hay discusión, ahí se termina la discusión.

Y no quisiera, por favor, que pensaran que esto es una banalización del asunto, pero a mí me llama la atención cómo en nuestra sociedad en muchas ocasiones, no en contextos graves como el de aquí sino en contextos triviales, programas de televisión, etc., hay un argumento que a veces repiten algunos personajes o personajillos y es: “es que lo he pasado muy mal, es que he sufrido mucho”. Incluso a veces los periodistas preguntan esto: “lo has pasado mal, ¿verdad?” Es decir, como si el hecho de que alguien lo hubiera pasado mal ya constituyera la razón más contundente para estar del lado de esa persona. Sin entrar en el asunto de decir: “A lo mejor lo has pasado mal, pero lo pasaste mal porque te equivocaste. A lo mejor lo pasaste mal pero no tenías razón. A lo mejor lo pasaste mal pero no estabas haciendo cosas buenas”. Ya ni entramos en eso. El sufrimiento es, por así decirlo, tan contundente que prácticamente obtura cualquier discurso. Por decirlo de una forma un tanto abrupta: ¿cómo interpelar a alguien que está sufriendo? Pero semejante actitud creo que es peligrosa, en el sentido de que precisamente porque hay víctimas que no solamente han sufrido mucho, sino que además tenían razón, que estaban del lado bueno, homologar a todas las víctimas, aplanar a todas las víctimas sobre la abstracta condición compartida, creo que les hace un escaso favor a las que sí merecen nuestra solidaridad.

Les anunciaba hace un segundo la pareja vencedores-vencidos, víctimas-victimarios. En cierto modo puede haber un hilo conductor, puede haber un punto de conexión entre las dos parejas porque con frecuencia las víctimas acostumbran en nuestra sociedad -obviamente no estoy ahora refiriéndome concretamente a Euskadi, a unas u otras víctimas sino en general- a ser presentadas, sobre todo por parte de quienes las convierten en el eje de su discurso, como víctimas sin





más, como testimonios vivos del dolor, de la injusticia, de la arbitrariedad al margen de cualquier consideración ideológica. Pero las víctimas son en realidad víctimas que habitualmente pertenecían a alguna causa, que dieron su vida por alguna causa. Y eso no es un asunto menor.

Por eso digo que se les hace un flaco favor a las víctimas cuando no se distingue unas de otras. Nuestra sociedad no presta la misma atención a todas las víctimas. Funcionan, sin explicitarlo, criterios valorativos. Estábamos comentando el caso de las víctimas del Holocausto. Bueno, en nuestra sociedad las víctimas que lo fueron en nombre de causas que han caído en desgracia, que han pasado a ser consideradas de forma generalizada como causas obsoletas, o bien no acostumbran a merecer apenas atención o bien no reciben el mismo tratamiento. Así, frente al respeto y a la atención -absolutamente merecidos, eso está fuera de discusión- con el que suelen presentarse en los medios de comunicación las víctimas o supervivientes de la barbarie nazi, resulta llamativa la manera casi burlona en la que suelen ser tratados en esos mismos medios de comunicación los supervivientes, pongamos por caso, del cerco de Stalingrado. Acostumbran a aparecer en los periódicos como ridículos comunistas fanáticos que todavía están anclados en una simbología y en una liturgia completamente trasnochadas. Es decir, que, aunque no se explicita, parece haber un criterio tácito, digamos en la sombra, que está funcionando para darle preeminencia o no. Dicho con otras palabras, subyace tras la aparente despolitización de las víctimas un discurso que hace que unas sean más valoradas que otras, que unas reciban, por así decirlo, más empatía que otras. Dicho sea de paso, el concepto de empatía, que está muy bien, es, él también, una construcción. La empatía, sobre todo gracias a los impagables libros de autoayuda, suele aparecer como una especie de reacción absolutamente espontánea. Es decir, se nos habla como si hubiera gente que tiene empatía y gente que no tiene empatía, dando a entender que tal cosa está poco menos que en los genes. Pues bien, es obvio que la empatía también es algo socialmente construido y socialmente inducido. En cierta ocasión una colega, catedrática de ética muy conocida de este país, me decía: mis estudiantes tienen más empatía con las focas y con las ballenas que con los niños que están trabajando en las maquiladoras en Centroamérica o en la India. Y añadía: es cierto, sufren mucho, hasta el punto de que se les saltan las lágrimas cuando ven fotos de focas apaleadas o de visones despellejados. Pero, curiosamente, en los otros casos, el de niños explotados en la India o en cualquier sitio, resulta que necesitan una prolija explicación. Y entonces uno no puede menos que plantearse: ¿no habíamos quedado en que la empatía era

una cosa espontánea? Pues bien, lo que me interesa subrayar en primer lugar es esto: que tras esta aparentemente espontánea empatía lo que hay es una interesada y solo aparente despolitización de las víctimas.

Podíamos seguir por aquí, porque creo que este matiz da de sí, nos permite pensar unas cuantas cosas. Hay sufrimientos ante los cuales se reacciona, se nos dice que tenemos que reaccionar espontáneamente porque esto es intolerable. Y hay otros sufrimientos ante los cuales las mismas personas que antes nos decían que hemos de reaccionar ahora dicen: “Bueno, espérate, hay que apuntar a las causas, contextualicemos, esto no se puede despachar de esta manera”. Pongan ustedes los ejemplos que quieran. En nuestra sociedad hay casos de violencia respecto de los cuales nadie dice: “Vamos a contextualizarlos”, sino: “Vamos a rechazarlos unánimemente”. Y otros en cambio ante los que dicen: “Sí, es verdad que es rechazable, pero hemos de tener en cuenta tales y cuales factores”. Es decir, hay casos en los que introducimos -ya que antes he mencionado la epistemología- cautelas metodológicas y otros en los que nos lanzamos abiertamente a asentir, sin más.

A mí lo que me interesa es llamar la atención sobre el uso público de las víctimas que a veces es, directamente, pura instrumentalización. Si pensamos en casos que no sean tan inmediatos que nos pueden perturbar, como el que estábamos diciendo de las víctimas del Holocausto, que, aunque solo sea porque ha pasado un cierto tiempo nos permite otra relación, comprobamos que es curiosa (o llamativa) la forma en que a menudo son convocadas las víctimas, los supervivientes del Holocausto. Hay un tópico, un lugar común muy repetido de inspiración difusamente freudiana, un tópico al que alude el autor que he mencionado antes, Dominick LaCapra. Y él habla de que la relación con el trauma puede ser una relación de repetición o de elaboración. En el caso de las víctimas supervivientes del Holocausto ha habido una presión por repetición. Es decir, uno podría pensar que si realmente lo que uno quiere es ser solidario con las víctimas lo mejor que puede hacer es intentar por todos los medios atenuar su dolor y, por tanto, que puedan elaborar su trauma de tal manera que les haga sufrir lo menos posible. Y yo podría pensar entonces que esa exhortación permanente a que esté reviviendo su trauma se complace mal con sentirse solidario con esas víctimas.

Sin embargo, hay casos interesantes. Por ejemplo, el caso de Marek Edelman, que era, como probablemente algunos de ustedes sabrán, el único de los cinco dirigentes del gueto de Varsovia que logró escapar a su destrucción. Este hombre,



cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, renunció a que se le contabilizara en la nómina de las víctimas y menos aun en la de los mártires, y decidió dedicarse a su profesión de médico. Eso le acarreó una irritada incompreensión por parte de sus camaradas. Una incompreensión que tardó en remitir porque hasta 1998 el gobierno polaco no le concedió su más alta condecoración, que es, tengo anotado, la orden del águila blanca. Es interesante esta decisión. Él decidió permanecer en silencio durante más de treinta años. Primero, porque estaba convencido de la inutilidad de contar lo que había vivido. Él decía que nunca nadie podría comprender las terribles decisiones que tuvieron que tomar los que estaban dentro del gueto como por ejemplo salvar a una persona al precio de dejar morir a otra. Pero al lado de esta decisión, estaba aquello que, recordarán, le preocupaba también a Primo Levi: “Es que no me van a entender. A quién se lo voy a contar”. Junto a esto, esa decisión por parte de Edelman de pasar al anonimato lo hizo también porque él quería, por así decirlo, liberar a sus próximos de rendir ningún culto, ninguna admiración, ningún asentimiento que se derivara de la heroicidad que él protagonizó. Y quería liberarse de eso también para liberarse él de su condición de héroe-víctima permanente imposibilitada de superar su trauma, precisamente, por la reclamación permanente de todo su entorno de que siguiera siendo una víctima, siguiera siendo un héroe. Y esto está en el origen, como cualquier lector de Primo Levi recordará, del texto *Si esto es un hombre*.

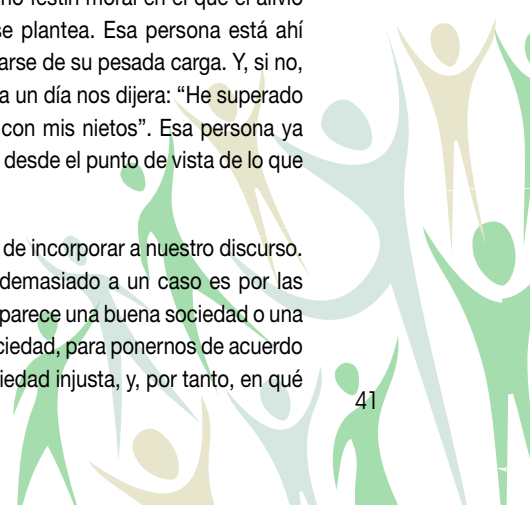
Él allí dice que se sentía absolutamente asombrado y perturbado ante los compañeros que habían sobrevivido como él y que “habían recuperado la alegría”. Esto es muy interesante y también es bonito. Porque, claro, si uno es un superviviente, pero no ha pasado por ahí, si sobrevive a una guerra sin haber entrado en combate, uno puede decir: “Es que tu alegría es un poco obscena”. Pero si has pasado por lo mismo que el otro y recuperas la alegría, en algún momento estás interpellando de una manera muy profunda al que no ha conseguido volver a la alegría. Y esto me parece extremadamente importante. Lo otro está claro, lo otro lo han planteado muchos autores. Por ejemplo, Ortega, que hablaba del complejo de culpa de los que sobreviven a una guerra. Se sienten culpables por no haber muerto. Eso es una cosa. Y otra cosa es el que ha pasado exactamente por lo mismo y sin embargo recupera la alegría.

Bien, ¿dónde está la clave del asunto? Probablemente debamos introducir en algún momento el concepto de identidad. Es cierto -y no lo voy a discutir porque además es un hecho y estoy totalmente de acuerdo con lo que se ha dicho antes de empezar- que hay una parte de la reivindicación de la memoria de las

víctimas, no solo legítima sino necesaria y socialmente muy positiva, que es que no se pierda la memoria de determinados sucesos, sobre todo en la medida en que eso pueda contribuir a que no se repitan. En eso no hay discusión, por ahí no va a haber discrepancia. La cuestión es en qué medida la victimización coloca paradójicamente a las víctimas, a los individuos que padecieron esa situación, en un lugar en el que en el fondo nunca alcanzan el sosiego ni la paz. Hay un caso muy interesante desde el punto de vista del análisis, que es el del impostor Enric Marco. Él finalmente era un impostor, pero si no hubiera sido un impostor, analicemos lo que se le reclamaba. Lo que se le reclamaba era que no se despegara ni un momento de su experiencia, que la contara una y otra vez. Y, por tanto, atribuyendo o condenando a la condición de inocente absoluto. La víctima es un inocente absoluto. ¿Qué le vas a reclamar a alguien que ha sufrido lo que ha sufrido? Es difícil puntualizar y atreverse a decir: “Sí, pero esta persona, en realidad, no era una buena persona”. Alguien que sufre la desmesura que contaba Enric Marco, cualquier reproche, incluso moral, que se le pudiera hacer, es mínimo, es incomparable con su sufrimiento. Entonces se le regala la condición de inocente absoluto. Eso sí, a cambio de que él sea también una víctima absoluta. Una víctima por entero, a tiempo completo, adherida en su totalidad a esa experiencia que le dañó.

¿Cuántas entrevistas periodísticas no habremos leído en las que algún superviviente de los campos de exterminio relata cómo décadas después todavía se despierta a media noche con pesadillas evocando ese episodio traumático? De alguna manera lo peor -y ahora voy a exagerar un poco, cargando el trazo- es que a veces se tiene la sensación de que el gran peligro que aquí acecha es convertir el sufrimiento ajeno en una especie de obsceno festín moral en el que el alivio del sufrimiento de esa persona ni siquiera se plantea. Esa persona está ahí para contarnos cuánto padeció. No para liberarse de su pesada carga. Y, si no, imaginemos por un momento que esa persona un día nos dijera: “He superado mi trauma, duermo a pierna suelta, soy feliz con mis nietos”. Esa persona ya dejaría de cumplir socialmente función alguna desde el punto de vista de lo que estamos comentando.

Es esto lo que me parece que también hemos de incorporar a nuestro discurso. ¿Por qué? Porque si, insisto, nos pegamos demasiado a un caso es por las dificultades que tenemos para definir qué nos parece una buena sociedad o una mala sociedad, para acordar un modelo de sociedad, para ponernos de acuerdo en qué significa una sociedad justa o una sociedad injusta, y, por tanto, en qué





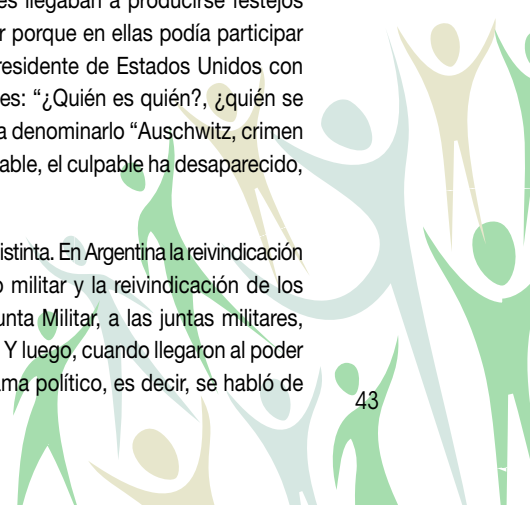
sentido deberíamos transformar la sociedad para que fuera más justa o menos justa. Entonces, dado que nuestros valores, nuestros objetivos, nuestros fines, se han puesto muy difíciles, dado que las utopías han muerto, los grandes relatos no funcionan, las imágenes globales de la sociedad no sirven, entonces, ¿a qué nos agarramos? Al sufrimiento ajeno. Y, por tanto, en vez de decir: “Yo estoy del lado de los que defienden esto y esto”, uno dice: “Yo estoy del lado de los que sufrieron esto, esto y esto”. Lo cual, es una operación ante la que creo que habría que estar muy atento porque hay textos de Todorov (“Memoria del mal, tentación del bien”) en el que él ya decía eso: “La bondad de las conductas ajenas -en este caso la bondad de quienes defendieron una causa justa y murieron y sufrieron por ella-, no derrama sus beneficios sobre quienes se declaran identificados con ellas. La bondad de unos no derrama sus beneficios sobre otros. Yo no soy más bueno porque diga: “Yo estoy del lado de los que...”. Cada cual que ponga lo que quiera. Últimamente en los debates parlamentarios aparece alguien y dice: “Los míos son los que murieron por tal causa, esos son los míos, y ya está”. Nada se le exige ya. Y automáticamente quien dice eso parece que se coloca en un rango moral superior al que no reivindica ningún sufrimiento de nadie. El que reivindica simplemente: “Pues quiero una sociedad más igualitaria”, ese parece que acude escaso de argumentos al debate democrático. El que dice: “Yo estoy por los que fueron víctimas, fueron torturados”, automáticamente parece que inviste de una dignidad a su causa solamente por eso. Es decir, es una especie de fácil solidaridad consistente en proclamar que se está del lado de las víctimas y ya está.

Esta es una operación perfecta que permitiría a los solidarizados disfrutar de los beneficios que las víctimas obtienen al ser reconocidas públicamente como tales. Es decir, son algo así como víctimas de rango inferior, sub-víctimas, pero también lo son. Cuidado, esto lo han planteado algunos autores -aparte de LaCapra, al que he venido mencionando-, como por ejemplo Paul Ricoeur, al referirse a la tendencia a constituirse, sobre todo por parte de algunos políticos, en la voz de las víctimas. Yo soy la voz de las víctimas y, por tanto, me corresponden todos los rasgos y los atributos que les podamos atribuir a las víctimas. Pero LaCapra lo dice bien: uno de los peligros de la identificación con la víctima estriba en que aparentemente uno se transforma en víctima sustituta y en sobreviviente, justificando un enfoque de la vida y de la política injustificable para alguien que no ha padecido verdaderamente experiencias arrasadoras en comparación con las cuales la mera supervivencia puede ser más que suficiente.

En ese sentido, por tanto, creo que en la medida en que estoy hablando de la víctima como una construcción y sobre todo como una construcción que tiene un cierto uso social y político, es importante, como decía antes Sara, reparar, atender al modo en el que se habla y se trata a las víctimas. La despolitización de las víctimas, que a veces es incluso una desdiscursivización de sus conductas, creo que no ayuda nada. Y además es muy curioso porque con mucha frecuencia el uso, por cierto, de las víctimas puede tener diversas direcciones. Encontrar de alguna manera una especie de parámetro común sería muy complicado, pero de la misma manera que a veces se ha hecho un cierto uso de las víctimas, sobre todo, como les estoy diciendo, en el sentido de convertirlas en instancias casi absolutas, sin posibilidad de criticarlas de alguna manera, también ha habido casos interesantes en los que el viaje ha sido de vencido a víctima y luego vuelta a vencido otra vez. Por ejemplo, estoy pensando en el caso concreto de Argentina, donde hay una diferencia muy clara con las víctimas del Holocausto.

Yo he dicho en alguna ocasión que uno de los mayores problemas que tiene la cuestión del Holocausto, el modo en que se ha planteado, es que los verdugos constituyen realmente una especie de universo vacío al que todos se oponen y con el que ninguno se identifica. Es decir, las víctimas está claro quiénes son, pero los verdugos, ¿quiénes son? Porque es que incluso los grupúsculos nazis que ahora puedan existir no reivindican el Holocausto, son negacionistas. Con lo cual, lo inquietante de la forma de tratar a las víctimas en esos discursos del Holocausto es que son víctimas que, por así decirlo, obtienen una especie de respaldo absolutamente universal. Y en la medida que es universal es casi vacío. Y en algún caso, como por ejemplo la conmemoración del aniversario de la liberación del campo de Auschwitz, a veces llegaban a producirse festejos o celebraciones que a uno le podían inquietar porque en ellas podía participar cualquiera: desde el que entonces era vicepresidente de Estados Unidos con Bush hasta Putin o quien fuera. Entonces dices: “¿Quién es quién?, ¿quién se hace cargo de eso?”. Alguna vez yo me atreví a denominarlo “Auschwitz, crimen perfecto”. Crimen perfecto porque no hay culpable, el culpable ha desaparecido, es casi una entidad vacía.

En el caso de Argentina, sin embargo, la cosa es distinta. En Argentina la reivindicación de las víctimas durante la época del proceso militar y la reivindicación de los derechos humanos permitía presentar a la Junta Militar, a las juntas militares, como las grandes enemigas de la democracia. Y luego, cuando llegaron al poder los Kirchner, entonces se reivindicó su programa político, es decir, se habló de





ellos no como meras víctimas sino como vencidos. Y se reivindicó que ellos luchaban contra el capitalismo. Hubo un juego, un viaje en el modo de tratar a las víctimas, interesante, aunque no nos podemos ahora detener en este asunto.

A partir de aquí se podrían abordar muchas otras reflexiones, sin duda muy importantes. Una en la que, en fin, creo que es mejor que no abra porque no la podría tratar adecuadamente, sería la cuestión del perdón, que es otra cuestión normalmente asociada a las víctimas, que también forma parte del uso social del discurso. La apelación o casi la presión por el perdón que se plantea con mucha frecuencia.

Pero en todo caso insisto, para terminar, que ante lo que creo que hay que estar más prevenidos es precisamente contra un cierto tratamiento de las víctimas que tras su apariencia de enaltecerlas, tras su apariencia de resaltar el valor de su sufrimiento, acabe convirtiéndolas en algo así como o en víctimas vacías o en víctimas quizá peor que vacías, víctimas de un mal casi metafísico. Y eso por cierto no es una exageración por mi parte. ¿En cuántas ocasiones no nos hemos encontrado con ese tipo de discursos que, apelando a Arendt o apelando a quien sea, hablaban del mal absoluto? Como si en realidad la causa del daño que han sufrido las víctimas ni siquiera estuviera en unas ideas o en otras, en unas personas o en otras, sino en la condición humana en cuanto tal. Y a partir de ahí todos nos hemos tropezado alguna vez con análisis que en el fondo remitían cualquier sufrimiento a la condición humana, a la maldad intrínseca del ser humano. Creo que eso no ayuda a entender. Si de lo que se trata y en lo que estamos de acuerdo es en recordar para que no se repita, si se me permite un pequeño matiz, yo diría: hay que recordar *entendiendo*, para que no se repita. Porque, si no, si es una mera evocación sin sentido, si es una mera evocación del sufrimiento, pero que no lo comprende, las posibilidades de que se vuelva a repetir lo no entendido me temo que serían muy grandes.

Espero haber dicho algo que les pueda resultar de utilidad. Gracias.





MESA 1. "LAS VÍCTIMAS EN LA HISTORIA"

Modera: Antonio Duplá Ansuátegui *Catedrático de Historia Antigua - UPV/EHU*

- Ana Iriarte Goñi
Catedrática de Historia Antigua - UPV/EHU
- Luis Castells Arteche
Catedrático de Historia Contemporánea - UPV/EHU



Para acceder al vídeo de esta ponencia:
<https://goo.gl/ToXmCg>

ponencias

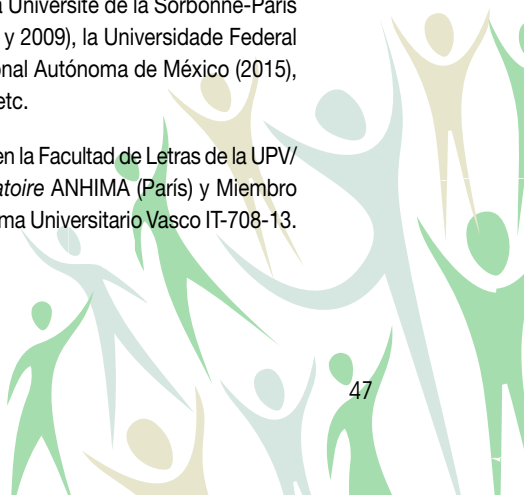


ANA IRIARTE GOÑI

En noviembre de 1986 obtuvo el grado de Doctora por el ÉHÉSS de París, tras la lectura de la tesis, dirigida por N. Loraux, *Parole énigmatique, parole féminine: à propos du langage figuré et de quelques figures de l'énigme*.

Investigadora pre-doctoral contratada por la DGRST francesa (1981-1983) obtuvo, a continuación, las becas pre-doctoral y postdoctoral del Gobierno Vasco (1984-1987) y fue Visiting Scholar durante un semestre en Harvard University (1994). Como Profesora Invitada ha colaborado con la Université de la Sorbonne-Paris I (2003), la Universidad de Buenos Aires (2003 y 2009), la Universidade Federal do Rio de Janeiro (2013), la Universidad Nacional Autónoma de México (2015), la Université Jean Jaurès de Toulouse (2016), etc.

Actualmente es Catedrática de Historia antigua en la Facultad de Letras de la UPV/EHU (País Vasco), *Membre Associé du Laboratoire ANHIMA* (París) y Miembro del Grupo de investigación acreditado del Sistema Universitario Vasco IT-708-13.





Duelo familiar y elogio demócrata en el escenario ático

Ante todo, quiero expresar mi agradecimiento sincero a la Fundación Fernando Buesa y al Instituto Valentín de Foronda por haberme convocado para participar en su decimocuarto seminario, siendo yo especialista en el lejano Mundo Antiguo.

Como helenista que pretende “sugerir” más que “afirmar”, les invito a desplazarse al escenario político de la Atenas del siglo V a.C. Se trata de un tiempo remoto, pero espero que resulte sugerente escuchar dos relatos coetáneos sobre la problemática del duelo público y privado que se debía a determinadas víctimas.

La propuesta consiste en leer un texto de Tucídides, a la luz de algunos versos de Sófocles. Se trata de señalar el efecto de intertextualidad que se da entre dos relatos que abordan el tema del culto fúnebre desde formatos bien diferenciados: el histórico y el teatral.

Para realizar este ejercicio, nos servirá de referente la reflexión del helenista Jean-Pierre Vernant:

“Hablar de los muertos, memorizarlos, alabarlos, evocarlos en los discursos y en las celebraciones es una responsabilidad de los vivos”
(G. Gnoli y J.-P. Vernant, eds., *La mort, les morts dans les sociétés anciennes*, 1982: 15).

Con respecto a esta afirmación de Vernant -y retomando brevemente el inicio de la magnífica conferencia que acaba de impartir el profesor Manuel Cruz Rodríguez-, precisaré que este libro colectivo se publica en el contexto de la firme reivindicación de la Memoria del Holocausto promovida por la intelectualidad europea de la década de los 80, como contraataque a la corriente “negacionista” del exterminio nazi. En dicha reivindicación, el grupo de helenistas conocido como la “École de Paris” estuvo representado, sobre todo, por el historiador de la antigüedad griega y del pueblo judío, Pierre Vidal-Naquet, cuyos padres fueron asesinados en Auschwitz.

La reivindicación de la Memoria del Holocausto que el citado historiador, como tantos otros pensadores, expusieron en sus ensayos y también mediante una notable presencia en los *medios* durante las últimas décadas del siglo XX, no nace por generación espontánea. Nos encontrábamos en pleno auge de la Perestroika. El fin de la Guerra Fría se sabía ya inminente. En este contexto, recordar el Holocausto con la mayor objetividad histórica posible tuvo una

vocación preventiva, apotropaica: los historiadores alertaban del peligro de que la posibilidad de alcanzar la paz se tornara en nuevas manifestaciones de violencia.

Pues bien, una vez improvisada esta explicación sobre lo implicada que estuvo la Historia Contemporánea en la relectura de los textos de época democrática griega que el helenismo procuró a partir de la Segunda Guerra Mundial, paso a centrarme en mi limitado propósito: la problemática del duelo íntimo y del reconocimiento político debidos a las víctimas, tal y como fue expuesta en dos textos del siglo de Pericles.

Antígona de Sófocles

Respetando el orden cronológico de la escritura de nuestros textos, nos situaremos en el 442 a.C., año en el que Sófocles estrenó *Antígona*. El título de esta célebre pieza teatral evoca a la valiente princesa que se enfrentó a un rey despótico para poder enterrar dignamente a su recién fallecido hermano.

Se ha escrito mucho, y seguimos escribiendo, sobre *Antígona*. George Steiner, en su reconocido ensayo sobre “la pieza griega más re-interpretada en el teatro occidental” (*Antígonas*, 1984), explicó con acierto la influencia determinante de esta tragedia de Sófocles en “la historia de la conciencia europea”.

Vemos en pantalla una imagen de la adaptación de *Antígona* que disfrutamos en el Festival de Teatro de Vitoria-Gasteiz el pasado año, realizada por el Teatro de La Abadía de Madrid.





Como ejemplo puntual de la actualización, por pequeña que sea, que constituye inevitablemente cada nueva representación teatral de una pieza antigua, remarcaremos que, en la moderna adaptación de *Antígona* a la que nos referimos, encontramos a todo un Soberano de Tebas encarnado por una actriz, a Creonte interpretado por Carmen Machi. Es un detalle importante, pues no deja de imprimir a la pieza antigua el sello de los tiempos modernos, en los que tanto nos preocupan las temáticas de la identidad de género, del trans-género, inter-género, etc. De hecho, la elección de una actriz para personificar a Creonte resulta todavía más reivindicativa si tenemos en cuenta que, en el teatro ático, no actuaban mujeres. Al igual que todas las magníficas figuras femeninas de la tragedia ática, el personaje de Antígona era encarnado por un varón.

En lo que respecta a la época que la vio nacer, esta obra de Sófocles resulta elocuente a la hora de mostrar la vocación política del teatro ático. Dos datos a propósito del desarrollo de este “espectáculo” iluminan sobre dicha vocación. El primero de ellos, que el espacio teatral reproducía la disposición de las asambleas populares, las cuales también reunían a los ciudadanos en semicírculo y a cielo descubierto. El segundo, que el propio Estado llegó a pagar a los ciudadanos la entrada, debido a la función “educativa” que se le atribuía.

El periodo de unos setenta años en los que se desarrollan las obras trágicas que seguimos recreando en nuestros modernos teatros casa con el periodo álgido de la democracia ateniense. De tal manera que las alusiones a esta forma de organización política son permanentes en la ficción teatral. El teatro fue el género literario de la época democrática griega, tal y como recuerdo con más detalle en el capítulo titulado “El héroe trágico y las leyes no escritas” de mi librito *Democracia y tragedia: la era de Pericles* (1996).

En dicho libro -concretamente, en el capítulo “Espacio de alteridad”-, recuerdo también la importante carga emocional que contenían las representaciones teatrales. Al igual que los discursos que triunfan en los tribunales y en las asambleas, la tragedia aborda problemáticas en las que la ciudadanía está muy implicada, pero lo hace apelando a la sensibilidad de los espectadores, tratando las temáticas en boga desde un enfoque profundamente emotivo.

Para percibir las coincidencias y desencuentros entre los diferentes tipos de narración asociados al naciente sistema democrático, empezaremos por repasar el argumento de *Antígona*.

Esta obra prolonga *Los siete contra Tebas* de Esquilo. O sea, *Antígona* se basa en el enfrentamiento entre los dos hijos varones de Edipo y hermanos de la heroína, Eteocles y Polinices, quienes debían gobernar en Tebas alternándose cada año en la cima del poder. En un momento dado, Eteocles se niega a delegar el poder legítimo en su hermano y este, Polinices, reacciona asediando la ciudad con siete ejércitos aliados.

En Tebas ha estallado el tipo de guerra más temido por los griegos: la *stásis* o “guerra civil”, que divide a la ciudad en dos bandos. Los griegos percibían este tipo de guerra, la más nefasta posible, como un “enfrentamiento entre hermanos” o, por utilizar imágenes de Tucídides (III, 81), el tipo de guerra en la que “el padre mata al hijo, se arranca a los suplicantes de los santuarios o se les mata en ellos”.

Las tebanas salen de sus casas angustiadas y suplican a los dioses con una vehemencia extrema. Esta falta de autocontrol es tachada de “peligrosa” por los mandos viriles, pues el exceso de emotividad era temido como causa de terror, como generador de violencia. En el último momento, Eteocles y Polinices deciden evitar la destrucción de la ciudad y se enfrentan en un duelo en el que ambos mueren. Este desenlace refleja la convicción griega de que en una guerra civil no hay vencedores: ambos bandos pierden siempre, puesto que la patria, en su conjunto, se destroza. Pero no nos alejemos del escenario trágico en el que la muerte de los dos herederos al trono de Tebas erige como rey al tío materno de estos: Creonte.

En principio, la trama de nuestra obra remite al tiempo mítico en el que Grecia estaba gobernada por monarcas. De hecho, a lo largo de la obra, Creonte será designado con regularidad como “basileús” (382), “monarca” (1163) e incluso como tirano (1055). Pero Sófocles elige designar inicialmente al nuevo rey de Tebas como “estratego” (8), figura de dirigente asociada a la organización gubernamental de corte democrático. Este es un detalle que no ha escapado a los especialistas modernos, quienes lo perciben como un guiño teatral que permitiría reconocer en el autoritario Creonte al también dominante Pericles, el Estratego por excelencia del momento histórico en el que se estrena *Antígona*.

De la incestuosa familia de Edipo, ya solo quedan vivas las hijas: Antígona e Ismena. En ellas recae, por tanto, el deber de custodiar el tradicional culto fúnebre debido a sus hermanos, los ritos que facilitan al difunto su tránsito al más allá y que permiten a sus familiares la elaboración del duelo por su pérdida. Pero, a



la hora de cumplir con su deber cultural, estas jóvenes princesas tebanas topan con la inesperada publicación de una ley.

Profundamente indignada, Antígona informa a su hermana pequeña en los siguientes términos:

“A ver qué te parece. Creonte distingue entre nuestros hermanos: a uno lo juzga digno de recibir el honor de una tumba e indigno al otro. Dicen que a Eteocles lo considera merecedor de ser tratado con justicia y según el rito acostumbrado (*dikaiôn kai nómo*), de manera que le dará sepultura (*táphos*) y recibirá los honores de los que habitan bajo tierra. En cuanto a Polinices, ha prohibido a los ciudadanos que ofrezcan a su cadáver sepulcro y que se realicen lamentaciones (*kôkúô*) por él, se le priva de lágrimas (*áklauton*) y de enterramiento (*átaphon*), dejándolo ahí, como presa fácil para los pájaros hambrientos (...) Esto es, según dicen, lo que el bueno de Creonte ha decretado prohibirnos a ti y a mí” (Sófocles, *Antígona*, 21-32).

El alegato de Antígona, pronunciado en la intimidad que la une a su hermana, tiene una dimensión profundamente emotiva. La suerte de Polinices les atañe directamente y deben llorarlo para que realice de forma apropiada el viaje hacia el Hades. Esta idea del tránsito frustrado se acentúa mediante el uso de *kôkúô*, verbo que alude al lamento y al río de las lamentaciones, el Cócito, por cuyas orillas vagaban, precisamente, los difuntos que no eran enterrados con la moneda necesaria para pagar al barquero Caronte. Sófocles presenta esta prohibición de lamentarse como una crueldad para el difunto, para su familia y, no lo pasemos por alto, para el resto de los habitantes de la ciudad, los *astoi*, también implicados en este lamento de despedida. La muerte de Eteocles y Polinices afecta en primer término a sus hermanas, pero toda la ciudadanía debería haber participado en las honras fúnebres de quienes iban a ostentar, de forma alternada, el título de soberano de Tebas.

De hecho, al decretar que Polinices sea privado de honras fúnebres, Creonte ha establecido una diferencia tajante entre el hermano muerto por defender las murallas desde el interior de la ciudad y el que las ha amenazado desde el exterior con ejércitos extranjeros. Es decir, Creonte ha antepuesto la dimensión política a la dimensión familiar de las víctimas.

En cierta forma, el decreto que regula el culto fúnebre de la sociedad tebana evoca esa tendencia de nuestra propia sociedad que la lúcida ensayista Edurne Portela ha dado en denominar una “economía de los afectos”, a saber:

“... esa práctica tan común en toda sociedad en conflicto de valorar quién merece compasión y quién no; qué causas despiertan nuestra solidaridad y cuáles nuestro desprecio; quién entendemos que trae la alegría y quién la tristeza a nuestro entorno; quién supone una amenaza y quién creemos que asegura nuestro bienestar e incluso nuestra supervivencia” (*El eco de los disparos*, 2016: 120).

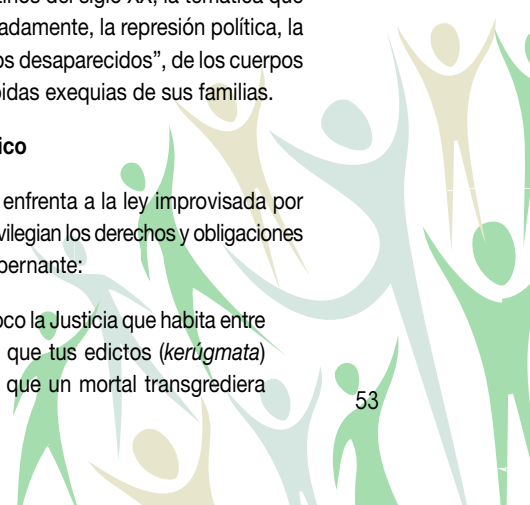
La diferenciación o discriminación político-social entre dos hermanos difuntos desconcierta a las afligidas hijas de Edipo, las cuales se decantan por dos opciones opuestas: la conformista Ismena decide tragarse las lágrimas y obedecer al dirigente de Tebas; Antígona, por su parte, se revela insumisa al privilegiar el afecto filial al deber político y se dispone a rendir a su hermano Polinices el culto fúnebre que el Estado le niega. Aprovechando la oscuridad nocturna, Antígona cubre ritualmente el cuerpo de su hermano con un poco de tierra y un vigilante la sorprende dedicando unas plegarias al cadáver, por lo que la doncella deberá “rendir cuentas”, deberá explicarse ante la autoridad.

Antes de pasar a las consecuencias de esta acción, que puede calificarse de “heroica” -en la débil medida en que una figura femenina puede ser digna de este reconocimiento-, abro un breve paréntesis para volver a insistir en la capacidad de las piezas teatrales áticas para enunciar problemáticas modernas. De dicha capacidad da cuenta lo mucho que *Antígona* se representó en la Argentina de la época de los militares: en los teatros argentinos del siglo XX, la temática que escenifica esta obra sirvió para denunciar, veladamente, la represión política, la censura y, sobre todo, el triste fenómeno de “los desaparecidos”, de los cuerpos arrojados al mar que nunca recibieron las debidas exequias de sus familias.

Tradición familiar versus nuevo orden político

En un célebre pasaje de la obra, Antígona se enfrenta a la ley improvisada por Creonte apelando a las leyes ancestrales que privilegian los derechos y obligaciones familiares. La doncella afirma ante su tío y gobernante:

“No creo que la proclamara Zeus. Ni tampoco la Justicia que habita entre los dioses subterráneos. No pensaba yo que tus edictos (*kerúgmata*) tuvieran tanta fuerza como para permitir que un mortal transgrediera

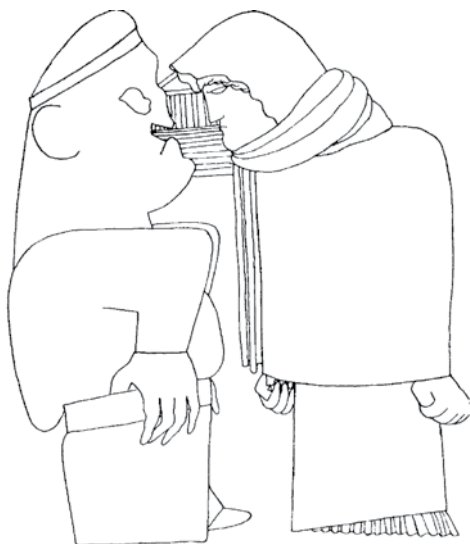




las inquebrantables leyes no escritas (*ágrapta nómina*) de los dioses. Estas no son de hoy ni de ayer, sino de siempre (...). Así que no pienso exponerme a recibir castigo divino alguno por miedo a la decisión de un hombre" (Sófocles, *Antígona*, 450-460).

El derecho de los lazos familiares, el "derecho emocional", entra abiertamente en conflicto con la nueva legislación política. Un conflicto que refleja, en la escena teatral, la disyuntiva que los propios ciudadanos atenienses perciben entre sus deberes para con la ciudad y el enraizamiento afectivo en sus respectivos núcleos familiares.

A mediados del siglo V a.C., Sófocles reinterpreta la antigua epopeya de Edipo y sus descendientes al son de las inquietudes y esperanzas generadas por el sistema democrático, el cual trata de evitar la guerra civil -o, como decía, escisión de la ciudadanía en dos bandos- mediante una frecuente publicación de leyes y la puesta en marcha de numerosos tribunales populares que interceden entre los ciudadanos, matizando y evitando las polarizaciones entre ellos con el fin de mantener el orden. Tal es el marco histórico en el que el "acto de amor filial" de Antígona constituye, también, un acto de rebelión política.



Jean Cocteau, en 1922, acertó a plasmar con precisión minimalista esta pugna en un dibujo que evoca muy bien la dimensión religiosa de la trama -con el templo al fondo-, su vertiente legislativa -con el pergamino en la mano de Creonte- y el fuerte carácter de ambos protagonistas. El gesto ligeramente encogido de Creonte refleja la victoria simbólica de Antígona. Y digo bien “victoria simbólica” porque, como sabemos, Creonte condena a la heroína a ser sepultada viva en una cueva, en la que esta opta por ahorcarse.

Cuando la decisión de Creonte se hace pública, el coro de ancianos ciudadanos de Tebas entona para su princesa un “panegírico” comparable al *épainos* o “elogio fúnebre” que contemplaremos en la segunda parte de esta intervención (Tucídides II, 34, 6 y II, 45, 2):

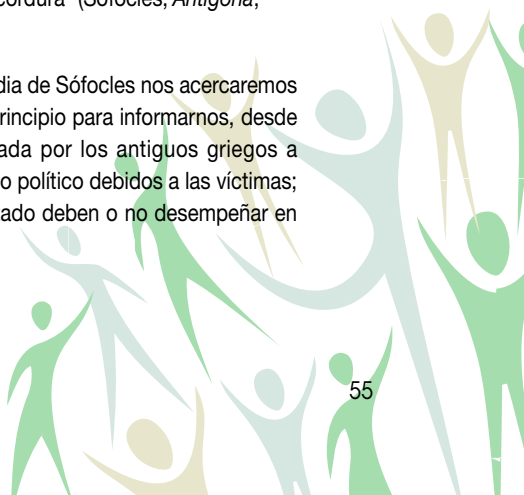
“En verdad, te diriges hacia el antro de los muertos con gloria y alabanza (*kleinē kai épainon*)” (Sófocles, *Antígona*, 817-818).

En cuanto al Creonte recreado por Sófocles, sufre un infortunio casi mayor, pues su hijo Hemón, el prometido de Antígona, se suicida tras descubrir el cadáver de su amada. De hecho, el coro pone punto final a la obra reprochando al dirigente su impiedad para con los dioses y su arrogancia como político.

Sófocles se pronuncia a favor de la ética de Antígona, en los “elevados términos” que caracterizan su arte:

“La cordura es con mucho el primer paso de la felicidad. No hay que cometer impiedades en las relaciones con los dioses. Las palabras arrogantes de los que se jactan en exceso, tras devolverles en pago grandes golpes, les enseñan en la vejez la cordura” (Sófocles, *Antígona*, 1349-1353).

A la luz de estas observaciones sobre la tragedia de Sófocles nos acercaremos a la fuente histórica que evocábamos en un principio para informarnos, desde otro enfoque, sobre la problemática planteada por los antiguos griegos a propósito del duelo íntimo y del reconocimiento político debidos a las víctimas; a propósito de los roles que la familia y el Estado deben o no desempeñar en el culto fúnebre oficial.





Los principios de Tucídides

El relato propiamente histórico en el que nos centraremos en adelante fue escrito unas tres décadas después del estreno de *Antígona* y, a nuestro entender, entabla una relación de intertextualidad con dicha obra teatral. Es decir, dedica un importante espacio a la tensión entre “afecto familiar” y “deberes cívicos” que *Antígona* había puesto en escena. Como acabamos de ver en esta obra de Sófocles, el respeto a la singularidad de cada víctima defendido por Antígona entra en conflicto con la comunidad política dirigida por Creonte. Pues bien, a nuestro entender, esta es también la problemática que se impone como uno de los ejes argumentativos del texto histórico en cuestión.

Estamos hablando de la descripción de los “funerales públicos” que procura el libro segundo de *La guerra del Peloponeso*, escrito, probablemente, después del 411 a.C. por Tucídides (460-400 a.C.). Paradigmático y también paradójico, Tucídides fue uno de los comandantes de la flota del Imperio ateniense, aunque en la tradición occidental se le conoce más bien como el “padre de la historia política”, pues fue el primer pensador que se propuso, explícitamente, describir los érga, los “hechos históricos” que verdaderamente ocurrieron, tal y como ocurrieron, en la guerra que le tocó padecer y protagonizar.

El autor de *La guerra del Peloponeso* -la primera guerra que dispone de una descripción histórica coetánea- formula a las claras su convicción: contrariamente a los antiguos relatos míticos de los que los griegos se servían para evocar el pasado, la labor historiadora, basada en la cronología y en fuentes fiables, puede alcanzar la objetividad absoluta.

Muchos aspectos de la obra de Tucídides delatan su subjetividad a la hora de narrar esa misma guerra entre griegos en la que, como digo, él participaba desde el bando ateniense (A. Iriarte, *Historiografía y mundo griego*, 2011: 47-63). Ello no obsta para que el “padre de la historia política” lanzara el enorme desafío al que, en lo sucesivo, ha respondido la labor historiadora: el deber de discernir y dar a conocer las “verdades objetivas” diferenciándolas de las “subjetivas”, con el fin de elaborar un relato histórico útil.

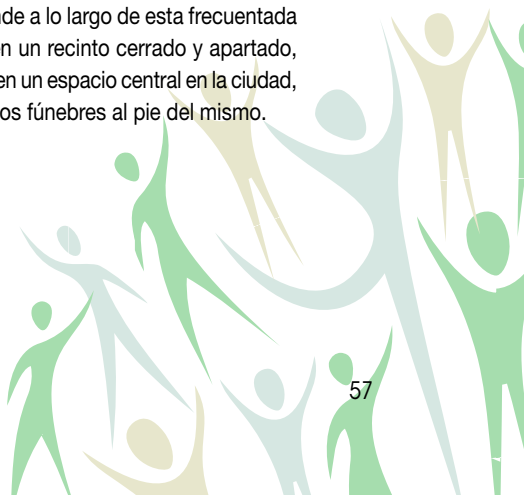
Las víctimas de la guerra como sujeto colectivo de la ciudad democrática

Los pasajes de Tucídides que vamos a repasar refieren un funeral público acompañado de su *epitháfos lógos* o “responso”, tal y como se empieza a practicar en Atenas desde que se asentó el sistema democrático (en torno al 465 a.C.).

Concretamente, el relato se refiere a las honras fúnebres que Atenas ofreció a los caídos en el primer año de la guerra, durante el 431 a.C. La ceremonia se inicia en el centro de la ciudad: el *ágora*. Desde este espacio público por excelencia, el cortejo fúnebre se desplazará hasta el cementerio.



Para visualizar este recorrido remito a la imagen del helenista y buen dibujante Peter Connolly (*La ciudad antigua*, 2000). Se trata del conjunto urbano ateniense, presidido por la *Acrópolis*. En la ladera sur de esta, el teatro destaca en el recinto sagrado consagrado a Dioniso. Hacia el noreste, se extiende el *ágora*, atravesada por el camino de las Pananteneas. Este camino conduce hasta la doble puerta, o *Díipilon*, que da acceso a las afueras de la muralla por la ruta hacia *Academo*. El *Cerámico*, o cementerio ateniense, se extiende a lo largo de esta frecuentada ruta, de tal manera que no debemos pensar en un recinto cerrado y apartado, como es el caso en nuestras comunidades, y sí en un espacio central en la ciudad, como vemos en la imagen, con los monumentos fúnebres al pie del mismo.





El historiador Tucídides dedica un espacio muy importante a la descripción del funeral público, demostrando con sus atenciones que en la antigua Grecia el ámbito religioso no solo coexiste con el político, sino que ambos son indisolubles. Es importante tener en cuenta esta condición político-religiosa de las grandes manifestaciones colectivas del pueblo griego, aunque pueda resultar sorprendente desde el laicismo que preside nuestras democracias contemporáneas.

La detallada narración comienza como sigue:

“... tres días antes (del funeral) -precisa el historiador- instalan una tienda en la que exponen los huesos de los difuntos (*próthesis*) y cada persona lleva al suyo la ofrenda que quiere. (...) Cuando tiene lugar la conducción (*ekphorá*), unos carros transportan féretros de ciprés, uno por cada tribu (*phulé*); los huesos están en el féretro de la tribu a la que cada uno pertenecía” (II, 34, 2).

Es decir, los restos de las víctimas se agrupan en tan solo diez féretros, organizados según su pertenencia a cada una de las diez tribus en las que se dividía la población del Ática. De tal manera que la individualidad de cada difunto empieza por ser subsumida en el colectivo de su tribu. Más adelante veremos otros aspectos del proceso, físico y discursivo, de “colectivización” de la víctima que se lleva a cabo en el rito que nos ocupa.

“Sigue luego una litera vacía -continúa Tucídides-, con su cortejo fúnebre, en honor de los desaparecidos que no han podido ser hallados

al levantar los cadáveres para el sepelio. Todos los que lo desean, tanto ciudadanos como extranjeros, pueden participar en el cortejo, y las mujeres de la familia están presentes en el entierro profiriendo lamentaciones (*olophurómenai*)” (II, 34, 3).

Encontramos aquí la primera referencia al lamento ritual que acompaña los actos fúnebres. El historiador evoca dicho lamento mediante el verbo *olophúromai*, que significa “gemir”, “lamentarse”, “apiadarse de”, “llorar por”, y no es habitual en las obras de los poetas trágicos (Chantraine, s.v.). Como hemos visto, en el inicio de *Antígona* Sófocles designa el acto de lamentarse mediante *kôkúô*, verbo cuya etimología remite al mítico río de las lamentaciones -el *Kôkutós* o *Cócito*- que integraba el paisaje del Hades. Los trágicos acostumbran también a aludir al llanto fúnebre mediante el verbo *klaío* y sus derivados. No son estos los términos elegidos por Tucídides en los tres casos que evoca el lamento fúnebre a lo largo del texto que contemplamos. En estos tres casos, el historiador se distancia, muy conscientemente -a mi entender-, de la poesía de su tiempo usando el verbo *olophúromai*. Para captar todo el sentido de dicho distanciamiento, conviene constatar que, en la propia obra de Tucídides (II, 51, 5), el uso de *olophurmós* -nombre de acción que remite al lamento fúnebre dedicado a los muertos de la familia- precisa que cuando “el dolor triunfa por completo”, las familias de las víctimas no son capaces de llevar a cabo este “llanto ritualizado”. Es el caso de la aflicción desbordante que padecen los familiares de quienes fallecieron en condiciones horripilantes a causa de la peste que asoló Atenas al inicio de la guerra del Peloponeso (II, 46-59).

Está claro que *olophúromai* y sus derivados remiten a la expresión de una pena canalizada mediante el rito. Se trata de un “lamento fúnebre controlado” que el relato histórico de Tucídides relega, además, al ámbito familiar y, preferentemente, femenino.

El funeral democrático marca su propio estilo con respecto al de los antiguos funerales. En época arcaica griega las familias importantes llegaban a contratar numerosas plañideras que lloraban públicamente al fallecido. Controlar estos dispendios que hacían resaltar las diferencias económicas entre los ciudadanos atenienses, precisamente, en el momento de recibir sepultura en la tierra del Ática, común a todos ellos por igual, será una de las primeras medidas tomadas por la legislación ateniense en pro de la *isonomía*, literalmente, “igualdad ante la ley”.



Tucídides se posiciona en esta línea, bien marcada por Solón a inicios del siglo VI a.C., insistiendo en el carácter eminentemente privado, o sea, discreto, que debe tener el lamento familiar (II, 44). Vamos a comprobar hasta qué punto este lamento se opondrá, de forma explícita e insistente, al responso o razonamiento político dedicado a las víctimas del campo de batalla en el funeral público.

Prosigamos con la descripción de dicho funeral. Cuando el cortejo llega al *Cerámico*, “el más bello arrabal de la ciudad” -precisa Tucídides-, los restos se depositan en un sepulcro público (*desmósiōn sēma*). Contrastando con la tradición de las familias pudientes, que se procuran admirables tumbas individualizadas, la ciudad democrática ofrece a sus “caídos en combate” un monumento colectivo y costeadado por el Estado, como podemos ver en la foto.



“... cuando los han cubierto de tierra, un orador designado por la ciudad, que sea considerado hombre de no escasa inteligencia y que sobresalga por su reputación, pronuncia en su honor un elogio (*épainos*)” (II, 34, 6).

Reencontramos aquí la noción de “elogio”, el *épainos* que los ancianos tebanos dedicaban a una joven a punto de entregar su vida por la causa familiar (Sófocles, *Antígona*, 817-818). El historiador, por contra, hace honor a su oficio y resitúa la “práctica” o “costumbre” (*nómos*) del elogio en su ámbito “real”, pues en la ciudad griega los receptores “naturales” de dicha práctica son los varones muertos valerosamente por la causa cívica.

En Tucídides, el término *nómos* ya no se refiere al derecho ancestral de la familia a rendir el culto fúnebre a los suyos, defendido por Antígona con su propia vida, sino a los funerales celebrados “durante toda la guerra” al amparo de un experto orador (II, 34, 7).

“Así se llevaron a cabo estos funerales. A lo largo de toda la guerra, cada vez que la ocasión se daba, se aplicaba la costumbre (*tô nómo*). Para hablar de estos primeros caídos fue designado Pericles, hijo de Jantipo. Cuando llegó el momento, dejando el sepulcro, avanzó hacia una elevada tribuna levantada para que pudiese ser oído por la muchedumbre lo más lejos posible y habló del modo siguiente...” (II, 34, 8).

En adelante, Tucídides reproduce el célebre discurso fúnebre o *epitáphios lógos* que Pericles pronunció en esta ocasión, advirtiendo que lo hace “acercándose lo más posible al sentido general de lo que realmente se dijo”. Esta precisión es interesante a la hora de calibrar el grado de credibilidad alcanzado por el relato de Tucídides que antes evocábamos. Sobre la cuestión de la parte de las ideas de este responso que pudieron pertenecer a Tucídides y las que se deberían al propio Pericles, elucida la síntesis historiográfica en castellano Adolfo Domínguez Monedero (“El epitaphios logos de Pericles en Tucídides”, C. Fornis, ed., *Los discursos del poder*, 2013: 19-36), quien repasa una bibliografía tan abundante como adecuada, antes de concluir que la composición de Tucídides se distingue por un eclecticismo en el que las ideas políticas del historiador se alternan con la idea de “democracia radical” que Pericles habría defendido.

El responso atribuido por el “padre de la historia” al *estratego* ateniense por excelencia ha generado, en efecto, una amplísima bibliografía que debuta con Hegel y que continúa reproduciéndose en nuestros días. En esta intervención nos contentaremos con recordar a dos figuras femeninas del helenismo cuyos análisis perduran como referentes de excepción: Jacqueline de Romilly, *Histoire et raison chez Thucydide* (1956) y Nicole Loraux, *L'invention d'Athènes* (1971).

Leído en voz alta, el discurso de Pericles duraría algo menos de media hora, pero nos centraremos solo en los pasajes que nos iluminan sobre las particularidades helenas del entramado duelo familiar/elogio político que anunciaba el título de nuestra intervención.



Alabanza a los caídos y definición fundacional de *demokratía*

El inicio del responso de Pericles llama la atención sobre el hecho de que no solo se va a alabar verbalmente a los difuntos, sino que el Estado “plasma materialmente” su agradecimiento mediante el monumento que les dedica:

“La mayoría de los que han hablado ya en una ocasión semejante alaban al que añadió este discurso ceremonial, pues les parece hermoso que se pronuncie en honor de los caídos en la guerra. Pero en mi opinión habría bastado, tratándose de hombres buenos por sus hechos (*érgo*), con que se les honrara también con hechos, como por ejemplo los que ahora veis en torno a esta tumba (*tòn táphon*) que el Estado (*desmosía*; literalmente, “la cosa pública”) ha dispuesto para ellos” (II, 35).

Acto seguido, Pericles alaba la historia de Atenas:

“Comenzaré por los antepasados, pues es justo a la par que conveniente tributarles el honor del recuerdo en una ocasión como esta, ya que fueron ellos quienes habitaron esta tierra desde siempre, generación tras generación, hasta transmitirla libre gracias a su valor” (II, 36).

Retendremos aquí la primera aparición del término *areté* (“valor”) relacionado con la esencia aristocrática, que se repetirá con insistencia a lo largo del responso. Muy pronto, el discurso de Pericles se convierte en alabanza explícita al propio Estado democrático:

“Tenemos un régimen político (*politeía*) que no envidia las leyes de nuestros vecinos, pues más bien somos ejemplo para alguno que imitadores de los demás. Porque no sirve a los intereses de unos pocos sino de la mayoría (*mè oligous. all'es pleíonas*), se le da el nombre de democracia (*demokratía*), pero según las leyes en los litigios privados todos tienen los mismos derechos” (II, 37).

He aquí la famosa definición del sistema democrático que con tanta admiración se ha evocado a lo largo de la tradición occidental. Así, el propio Friedrich Hegel (1770-1831) consideró que el discurso fúnebre de Pericles

“... nos pinta el más hermoso cuadro de una constitución, donde los ciudadanos están educados y tienen ante los ojos el interés de la patria, donde la individualidad es culta y posee una conciencia desarrollada de los negocios públicos y los intereses generales”.

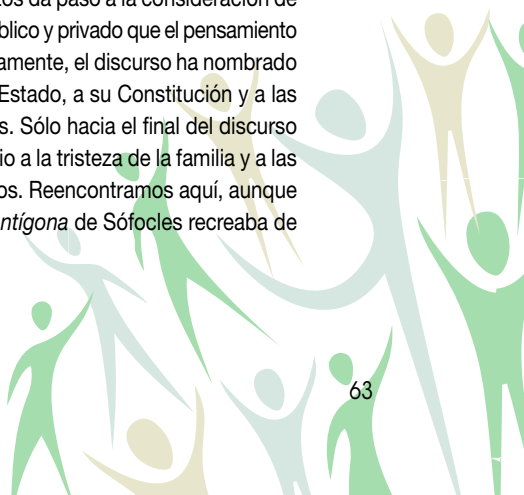
De hecho, la definición de constitución democrática propiciada por Tucídides -en el nombre de Pericles, no lo olvidemos- estuvo a punto de encabezar la Constitución Europea, que fue aprobada en junio de 2004. Lo impidió el uso del término “mayoría” en lugar de “totalidad”. Desde nuestra actual noción de democracia este sistema debe servir a los intereses del conjunto de la población, del pueblo todo, y no a los de una mayoría (precisa José S. Glaydson: www.usosdopassado.ufpr.br/textos). A pesar de su carácter radical, la *demokratía* no llegó a ser tan democrática como nuestras modernas democracias occidentales, sostienen helenistas de renombre.

En todo caso, lo que ahora pretendo destacar es que el relato fundacional del sistema democrático se erigió sobre la base de la alabanza al colectivo de víctimas caídas en el nombre de la patria. Tras los comentarios previos en los que hemos reparado, el discurso de Pericles se centra, por fin, en los héroes de guerra:

“Estos hombres murieron luchando noblemente (*dikaíos*, “de forma justa”) porque no les arrebatasen semejante ciudad, y es natural que todos los que quedamos estemos dispuestos a sufrir por ella (II, 41).

(...) sus proezas y las de otros como ellos son las que adornaron la ciudad con las virtudes (*aretai*) que yo he ensalzado” (II, 42).

La alusión a las víctimas en estos dos fragmentos da paso a la consideración de sus familias, lo que supone una escisión entre público y privado que el pensamiento democrático griego tiende a acentuar. Concretamente, el discurso ha nombrado a los antepasados patrios, a la patria en sí, al Estado, a su Constitución y a las víctimas como parte de estos valores comunes. Sólo hacia el final del discurso atribuido a Pericles, Tucídides ofrece un espacio a la tristeza de la familia y a las responsabilidades de esta para con sus difuntos. Reencontramos aquí, aunque sea en un segundo plano, la temática que la *Antígona* de Sófocles recreaba de forma tan emotiva como magistral.





“(Por lo importantes que son estas víctimas para la ciudad) no compadezco (*ouk olophúromai*) a los padres que estáis presentes aquí, sino que voy a daros ánimo, pues quienes han crecido en medio de toda suerte de adversidades saben que la mayor fortuna es de los que alcanzan la muerte más hermosa, como estos ahora” (II, 44).

De nuevo *olophúromai*, el verbo que en II 34 se aplicaba al lamento de las mujeres de la familia presentes en el funeral. A este llanto femenino y privado se opone –como vemos ahora– el ánimo, el consuelo que proporciona el *logos* fúnebre.

Señalaremos también que este elogio público resalta el ideal griego de alcanzar una “muerte bella” en el campo de batalla. Se trata de la muerte heroica que deja en la comunidad el mejor de los recuerdos posibles. Desde la perspectiva griega, esta fama supone una forma de inmortalidad privilegiada para el guerrero que ha ofrecido su vida, siendo la procreación de nuevos ciudadanos la forma de inmortalidad más común.

De nuevo, Tucídides reconduce a la vida real, al ámbito masculino, la “gloria”, la “fama” que los ciudadanos de la tragedia de Sófocles (*Antígona*, 817-818) predecían para la joven Antígona. El elogio fúnebre del historiador marca la diferenciación de género en cuanto a este derecho en términos tan claros como los siguientes:

“Preveo una gran competición entre cuantos hijos y hermanos de estos están presentes, pues todo el mundo acostumbra a alabar al que ya no vive. (...) Y si es necesario que me refiera a la virtud femenina (*gunaikeías aretês*) a propósito de las que ahora se encontrarán viudas, todo lo diré con un breve consejo. A saber, que vuestra mayor gloria (*kléos*) consistirá en no ser inferiores a vuestra naturaleza y en que, para bien o para mal, entre los hombres se hable de vosotras lo menos posible” (II, 45).

Como decíamos, en este párrafo la contraposición de roles de género se acentúa: si la virtud y la gloria masculinas se plasman en la alabanza pública y en la sepultura común, asumida económicamente por el Estado, la *areté* y el *kléos* femeninos, el “valor” y la “buena fama” de las mujeres, consisten en no dar que hablar, en conseguir la máxima discreción. El párrafo final del *epitáphios lógos* de Pericles insiste en anteponer el funcionamiento de una ciudad ejemplar a la exhibición del dolor “individual” de cada familia:

“Conforme a la ley, he dicho de palabra (*lógo*) cuanto convenía. (...) las ciudades donde están establecidos los mayores premios al valor (*aretés*) son también aquellas donde viven los mejores ciudadanos (*ándres áristoi*). Y ahora, cuando cada uno se haya lamentado (*apolophurámeno*) convenientemente por sus muertos, retiraos” (II, 46).

El canto fúnebre representa el premio público para los “mejores hombres”, para “los primeros ciudadanos”. Cada familia puede llorar -insiste el texto mediante el verbo *olophúromai*- en un tiempo determinado, el tiempo de un funeral, y retirarse a casa con su dolor. El llanto desgarrado pertenece al núcleo doméstico -que incluye, no lo olvidemos, tanto a los hombres como a las mujeres que lo componen-, mientras que “la cosa pública” requiere entereza y razonamiento y es la que proporciona a los soldados caídos por la patria una muerte “bella”, una muerte que será “memorable” para las siguientes generaciones de ciudadanos.

Contrariamente al culto personalizado que la figura teatral de Antígona reivindicaba para cada uno de sus hermanos, fuera cual fuera el bando por el que habían optado en la batalla, los funerales colectivos “realmente” celebrados en tiempos de democracia reconducen abiertamente el desgarramiento familiar, se lo apropian, para convertir a la víctima en un héroe que engrandece a la patria. Como hemos visto en la obra de Sófocles, la opción familiar de Antígona la hacía digna de un *épainos*, de un elogio fúnebre. El *épainos* del relato histórico, por su parte, retoma los planteamientos de esta tragedia y los corrige, ensalzando a la comunidad cívica en detrimento de los lazos consanguíneos.

El referente democrático griego indica: los relatos sobre nuestras víctimas nos constituyen, son los que crean las pautas de nuestro imaginario político y también afectivo.

A modo de conclusión

Evitando el impulso de posicionarnos, como suele hacerse, a favor de Tucídides o de Sófocles, recordaremos que, en las creaciones atenienses del siglo V a.C., la dimensión política y la dimensión emocional coexisten y se complementan.

El relato histórico se centra en lo político, en lo comunitario, pero ofrece un espacio, por secundario que sea, a la aflicción de las familias-víctimas. El relato poético, por su parte, da prioridad al lamento familiar, pero sin escindirlo de la “cosa pública”; alertando, incluso, del peligro de perturbación del orden cívico que conlleva una lamentación desmedida.



Discordes y complementarios, ambos formatos discursivos permiten advertir que historiar la democracia consiste en atender a las discrepancias, disensos y confrontaciones que, por definición, la constituyen. Ambos relatos promueven, en definitiva, la búsqueda del equilibrio entre “ética” y “política”, nociones que entendemos, respectivamente, como “libertad del individuo” y “libertad de la comunidad”.

De dicho equilibrio me ha parecido oportuno hablarles en el seno de este Seminario Fernando Buesa, que con tanto acierto viene propiciando el diálogo, el consenso, entre el duelo político y el duelo familiar debidos a las víctimas.

Muchísimas gracias por la intachable atención que me han prestado.



LUIS CASTELLS ARTECHE

Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Salamanca (1976), obtuvo el Doctorado en la Universidad Complutense de Madrid (1984). Desde 1993 es Catedrático de Historia Contemporánea en la Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación de la Universidad del País Vasco (Leioa, Bizkaia). Es cofundador y miembro del Consejo del Instituto de Historia Social Valentín de Foronda.

Su investigación se enmarca en varias líneas de actuación: procesos de modernización en el País Vasco, formación y desarrollo de la clase obrera en el País Vasco, la II República en Euskadi, las burguesías vascas, vida cotidiana en España, e identidades y autonomía. En este sentido, ha participado en numerosos proyectos de investigación financiados por la UPV-EHU y el Gobierno Vasco, siendo los más recientes “Proceso de nacionalización en el País Vasco”, “Memoria y víctimas en el País Vasco contemporáneo”, y “La dimensión social del proceso histórico en el País Vasco contemporáneo”. Es Investigador Principal del Grupo acreditado del Sistema Universitario Vasco IT-708-13.



Una reflexión sobre las víctimas en la historia contemporánea

Buenos días a todos. Muchas gracias por su asistencia, muchas gracias asimismo a la Fundación Fernando Buesa por haber contado conmigo ante un tema enormemente sugerente y de gran actualidad.

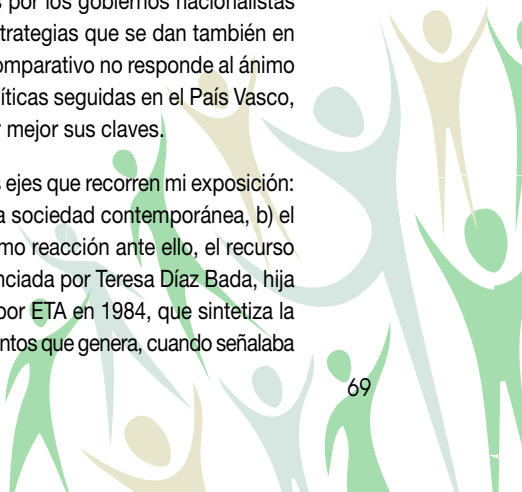
Aprovecho la mención que ha hecho el amigo Duplá sobre el grupo de investigación en el que estoy integrado para congratularme por formar parte de él. Hay una relación muy cordial y a la par académicamente muy crítica entre nosotros, lo que redundará en beneficio de todos. No es cuestión de destacar a ninguno de sus componentes, pero creo que en relación con la materia que es objeto de reflexión en este encuentro, y aprovechando su presencia, sí me gustaría hacer una brevísima mención a uno de sus componentes: Txema Portillo. Como conocéis buena parte de los que estáis aquí, Txema tuvo que marcharse de la Universidad hace muchos años como consecuencia de la amenaza terrorista, amenaza que se hizo efectiva cuando ETA le puso una bomba en su coche. Podemos, pues, considerarlo como una víctima del terrorismo, bien que, en su caso, y afortunadamente, puede contarnos su experiencia. Felizmente para esta Universidad, ha vuelto a impartir la docencia en estas aulas, y lo que debiera ser un hecho con una enorme carga simbólica, que un perseguido se reintegre a su actividad, está pasando absolutamente desapercibido, sin que haya ningún reconocimiento ni mención particular por parte de las autoridades académicas. El caso de Txema es una metáfora de cómo los poderes públicos, políticos, académicos... están gestionando el postterrorismo: cuanto más “blando” y vaporoso sea el recuerdo de la etapa anterior, cuando más acomodaticio y cuanto más diluida sea la presencia de los que fueron resistentes frente a ETA, mejor. Este hecho es criticable en todos los casos, pero más aún en una institución como la Universidad, que debiera ser un referente ético y que por tanto debiera estar obligada a reconocer a todos aquellos que dentro de su ámbito se significaron en su oposición a ETA, en la lucha por la libertad. Nada de esto, sin embargo, pasa. Tratándose de un espacio académico que tiene como finalidad la producción del conocimiento, esta omisión es grave, pero es la imagen de una pauta social impulsada desde los poderes públicos en Euskadi, tal como es la voluntad de orillar a las víctimas del terrorismo de ETA o, cuando menos, a las que no responden a ciertos moldes y modelos establecidos desde los poderes políticos.

Sirva este pórtico para introducir una de las prácticas extendidas en sociedades posttraumáticas o posviolentas como es la frecuente apelación a recordar, a tener en cuenta el pasado, cuando en realidad lo que se pretende es evocar un pasado

vacío, sin historia, un uso que con distintas formulaciones ha sido expuesto ya por algunos de los presentes en esta sala, como Antonio Rivera o Ruiz Soroa. Es la idea de usar la memoria para tapar la historia. Con ello lo que pretendo reflejar es cómo en este tipo de sociedades, entre las que está la vasca, se reitera la necesidad de recordar el pasado reciente como un instrumento necesario para recomponer la sociedad sobre unas bases justas, en la que las víctimas sean reparadas. Ahora bien, esta reclamación de rememorar el pasado no es sinónimo de que se invite a su estudio, de que se pretenda un análisis riguroso de lo acontecido y, por tanto, de su historización. El ejercicio histórico implica elaborar un relato en el que se aborde sin tapujos todos los hechos, incluidos los más dramáticos, se explique ese pasado, se comprenda y se traten las causas de lo que sucedió y los comportamientos habidos. Esta exigencia es aún más perentoria en las sociedades posviolentas ante la necesidad de depurar las responsabilidades que a cada uno le corresponden. Sin embargo, en estos casos ese análisis resulta incómodo pues suele reflejar una imagen de la sociedad -o de una parte de ella- como participante o espectadora de esa violencia ilegítima. Por eso, desde los poderes públicos se opta por un recuerdo adaptado, en el que se liman las partes socialmente más ingratas y se busca fomentar una narrativa reconfortante y reparadora de la cohesión social.

Esta reflexión inicial creo que es pertinente para encajar el objeto central de mi exposición: las víctimas y el tratamiento que reciben. Indicar también que las observaciones que voy a realizar no están centradas en el País Vasco, sino que tienen como marco de referencia experiencias diversas producidas en ámbitos muy distintos, aunque es Europa el contexto que principalmente atiendo. Con ello pretendo resaltar que lo que estamos viviendo en Euskadi con el tema de las víctimas y las políticas públicas adoptadas por los gobiernos nacionalistas encaja en unas pautas generales, con unas estrategias que se dan también en otros países. El hecho de buscar este marco comparativo no responde al ánimo de juzgar con mayor o menor severidad las políticas seguidas en el País Vasco, sino de contextualizarlas y así, quizá, entender mejor sus claves.

Entrando en materia, quiero señalar que los tres ejes que recorren mi exposición: a) la idea de la centralidad de las víctimas en la sociedad contemporánea, b) el malestar social que esta figura genera, y c) como reacción ante ello, el recurso al olvido. A este respecto, hay una frase pronunciada por Teresa Díaz Bada, hija del superintendente Díaz Arcocha, asesinado por ETA en 1984, que sintetiza la complejidad de la figura de la víctima, los sentimientos que genera, cuando señalaba





“que las víctimas somos incómodas porque no solo recordamos a los políticos su falta de compromisos y cumplimientos, sino porque también exigimos que se haga justicia” (*El País*, 19 de septiembre de 1997).

Las víctimas y la memoria en Europa tras la segunda Guerra Mundial

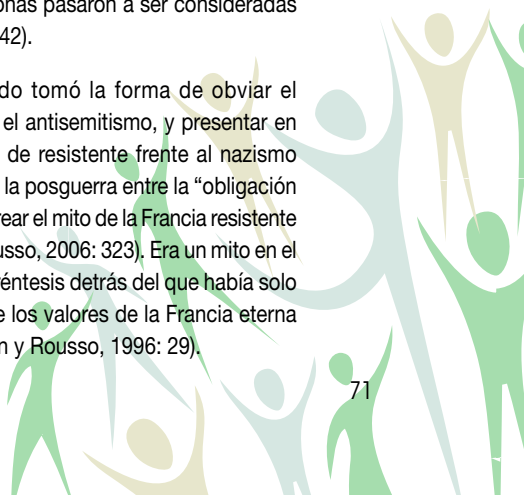
A la hora de encarar esta cuestión conviene hacer alguna precisión y delimitación previa para situar el terreno en el que nos movemos y no perdernos en consideraciones generales. En primer lugar, señalar que con la idea de víctima podemos referirnos a sujetos bien distintos, pues hay muchas clases de víctimas ocasionadas por motivaciones muy diversas. Pues bien, aquí nos referimos a víctimas políticas, a personas que los son en razón de que han sido agredidas y se les ha infligido un daño severo por alguna consideración ideológica o política, y que, por tanto, concitan un valor ético-político.

En segundo lugar, como señalaba ya en su intervención el profesor Cruz, va a haber un proceso de categorización, de creación del concepto de víctima, que surge muy recientemente, pues no fue hasta los años 60-70 del siglo XX cuando esta idea se visibiliza. Con ello no quiero decir que no haya habido víctimas con anterioridad; obviamente han existido, pero no se les daba un tratamiento específico, no se les consideraba como un colectivo al que se le debía prestar una especial atención. Se estimaba que iba con la propia evolución histórica el que hubiera personas que recibían un daño injusto, sin que por ello merecieran recibir una atención expresa. Como señala Reyes Mate, las víctimas no eran visibles, eran el precio de la historia. En palabras de Hegel, “todo avance supone aplastar muchas flores inocentes” (Reyes Mate, 2008; 2016: 9). Así pues, con anterioridad al siglo XX, la idea de víctima como un colectivo que merecía consideración y reparación no existía, y si acaso se hablaba de ellas desde una matriz religiosa, asociándolas, por ejemplo, en la cultura cristiana, con la figura del mártir que ofrece su vida por Dios. Esta situación varió como consecuencia de dos hechos que produjeron una profunda reflexión moral sobre las pautas de la sociedad occidental: el horror de la Segunda Guerra Mundial, con una cifra de mortalidad devastadora; y, sobre todo, el genocidio por excelencia, el holocausto, con la cifra de seis millones de judíos asesinados. Con estos desastres tomaba forma la evocación de Walter Benjamin de la historia como catástrofe, como “cúmulo de ruinas que crece hasta el cielo”. Esa capacidad de destrucción del ser humano y, a la vez, de hacer el mal en una escala desconocida, provocó que se fueran abriendo paso nuevas consideraciones y conceptualizaciones que tenían como eje poner el foco de atención en las personas que habían sufrido esas situaciones de injusticia.

Una muestra de ello fue la formalización de un nuevo concepto jurídico-político, el del genocidio, debido al jurista polaco Lemkin y recogido por la ONU en sendas definiciones de los años 1946 y 1948, con las que quedaba tipificado un nuevo delito internacional. No obstante, el genocidio ponía su atención en el *grupo*, bien fuera nacional, religioso o racial, pero no en las personas, en las víctimas. Ese proceso de visibilización de las víctimas se hizo esperar porque tras la Segunda Guerra lo que se extendió por Europa fue el “síndrome de Vichy”, tan bien y profusamente estudiado entre otros por Rousso para el caso de Francia o por Tony Judt, que describió cómo se extendió un velo por todo el continente con el fin de recrear un pasado reconfortante. Ese “síndrome de Vichy” se caracterizaba básicamente por tres estrategias puestas en acción al mismo tiempo: reconstruir una versión de la historia reciente que fuera indulgente con la sociedad, promover el olvido para no hacer frente a hechos dolorosos y, por último, promover relatos en los que se pusiera el énfasis en la armonía social, en la reconstitución de la comunidad nacional (Judt, 2000).

Este síndrome tenía también en común el hecho de omitir la centralidad de las víctimas o, en todo caso, de señalar ese tranquilizador “víctimas fuimos todos” de un sistema (fascismo, nazismo) que se presentaba como ajeno al grupo nacional. Fue el relato que se difundió en Alemania tras la guerra, en el que el pueblo alemán aparecía como víctima del régimen nazi, como sujeto sufriente de este y de su grupo dirigente. La versión dominante en los años cincuenta tenía un tono nacionalista: se alababa a los soldados alemanes por su sacrificio y se achacaban los horrores a un grupo de nazis fanáticos. Hubo un giro en la misma comprensión de la idea de víctima, y así, si entre 1939-1945 se entendía por tal al soldado sacrificado por la Gran Alemania, tras la finalización de la guerra hubo un cambio hermenéutico y esas mismas personas pasaron a ser consideradas como víctimas del fascismo (Koselleck, 2011: 42).

En el caso de Francia ese pasado inventado tomó la forma de obviar el colaboracionismo, a los franceses de Vichy o el antisemitismo, y presentar en cambio a una Francia unida en su condición de resistente frente al nazismo (Rousso, 1987). Se superó la tensión propia de la posguerra entre la “obligación del recuerdo” y la “aspiración del olvido”, para crear el mito de la Francia resistente y obviar aquello que contradijera ese relato (Rousso, 2006: 323). Era un mito en el que el colaboracionismo era visto como un paréntesis detrás del que había solo un reducido número de traidores, en tanto que los valores de la Francia eterna estaban encarnados por los resistentes (Conan y Rousso, 1996: 29).





Fue el canon que interesadamente propaló De Gaulle en el famoso discurso de agosto de 1944, diciendo aquello de que

“París ha sido liberada, liberada por ella misma, liberada por su pueblo, con la colaboración de los ejércitos de Francia, con el apoyo y la colaboración de toda Francia”.

En el caso de Italia se produjo también esa misma interpretación: desaparecían los italianos fascistas, que dejaban su sitio al mito de la Italia antifascista, de los partisanos como representación de la nación, mientras que en otra versión se aceptaba el fascismo como una parte de la historia del país, pero considerado como una anomalía en el proceso de construcción nacional surgido con el *Risorgimento*. Se construyó un mito historiográfico sólido en torno a la idea de la resistencia, que perduró en el tiempo y que sirvió como eje fundacional desde el que crear una identidad nacional reconstruida (Berger, 2005). En los países de Europa del Este también se produjo esa manipulación de la historia, haciendo hincapié en este caso en una suerte de guerra patriótica que cada país libró contra el nazismo, obviando también las expresiones antisemitas o colaboracionistas que con distintas intensidades se dieron allí. Eran, en suma, reconstrucciones en las que no existían unas víctimas individuales en el seno de la sociedad pues toda ella había sufrido.

Estas interesadas interpretaciones encontraron un medio social favorable: al fin y al cabo, evitaban que los ciudadanos se interrogaran sobre su comportamiento mientras se habían producido crímenes y persecuciones a inocentes. Así se obviaba el indudable apoyo que había tenido el nazismo entre los alemanes, o el fascismo en Italia, o el calado social del gobierno de Vichy en Francia. Latía el rechazo a sentirse culpable, en las distintas formas que esta culpabilidad puede adoptar, tal como explicó después de la guerra Karl Jaspers refiriéndose a las actitudes de la sociedad alemana. En sus lecciones dictadas en los años 1946-47 exponía que los ciudadanos alemanes no podían escapar de su responsabilidad por el nazismo y sus crímenes estableciendo distintos grados de participación y de culpa: desde la criminal, pasando por la política si se había contribuido al tipo de gobierno habido, llegando a la moral puesto que ante los crímenes no vale el principio de obediencia debida (Jaspers, 1998: 53). Pero era una idea incipiente, mal aceptada socialmente, optándose preferentemente por la amnesia colectiva. Se daba así la paradoja de que los supervivientes de los campos de concentración generasen una situación de embarazo, pues eran la muestra de que se podía haber hecho frente al nazismo, o que los exiliados que

habían luchado contra Hitler fueran recibidos con malestar, o el caso de Willy Brandt, acusado de falta de patriotismo (Del Toro, 2009: 93). En Francia ocurrió otro tanto, de manera que los judíos que habían sobrevivido a los campos de exterminio eran diluidos en una categoría general de deportados, obviando que su condición étnica había sido el motivo de la persecución (Judt, 2000: 313). Mejor, por tanto, seguir sin hablar de víctimas, continuar sin tenerlas en consideración porque eso inmediatamente llevaba al dilema que esta figura genera: yo he sido víctima, ¿y ustedes qué han hecho? ¿Cuál ha sido su reacción mientras he sido perseguido, en el tiempo que he estado en un campo de concentración, cuando han asesinado a mis familiares?

Ahora bien, este olvido como efecto placebo, ese cierre en falso de la historia, no tiene viabilidad; menos aún si de lo que trata es de borrar hechos traumáticos y situaciones de violencia extrema. En tales casos, el pasado planea constantemente, está acechante como un fantasma reclamando su atención, persigue y llega a obsesionar a las generaciones siguientes mientras no sea acometido, y lo sea con el rigor exigible. Es esa idea tantas veces repetida para las sociedades posviolentas del *haunting past* (pasado asombroso) como un espectro que las recorre y que se proyecta inevitablemente sobre el hoy, es un pasado que no pasa al decir de Conan y Rousso (1996). Cuando en palabras de Primo Levi hay “recuerdos de experiencia límite, de ultrajes sufridos o infligidos”, el cierre en falso de estos hechos, su olvido, resulta imposible y acaba por reaparecer (2002: 25).

Esto fue lo que sucedió en varios de los países comentados a la altura de los años 60-80 del pasado siglo, momento en el cual surgió una fuerte corriente que observó los sucesos acaecidos en torno a la Segunda Guerra desde una perspectiva muy diferente. Las atrocidades vividas durante ese período, y muy en especial el recuerdo del horror del holocausto, salieron a flote y produjeron un cambio de paradigma historiográfico. Así, en Alemania, donde antes a la población se la consideraba víctima del nazismo, pasó a ser valorada como victimaria tras indagar sobre el comportamiento de los alemanes corrientes, su complicidad con el nazismo y el hecho de que la pretendida condición de espectadores (*bystanders*) no les eximía de su responsabilidad. Era lo que señalaba en un ejemplar ejercicio de autocrítica el presidente de la República Federal Alemana, Richard von Weizsäcker, en 1985, refiriéndose a los crímenes del nazismo:

“La ejecución de este crimen fue obra de unos pocos solamente. (...) Sin embargo, cada alemán pudo ser testigo de los sufrimientos impuestos a



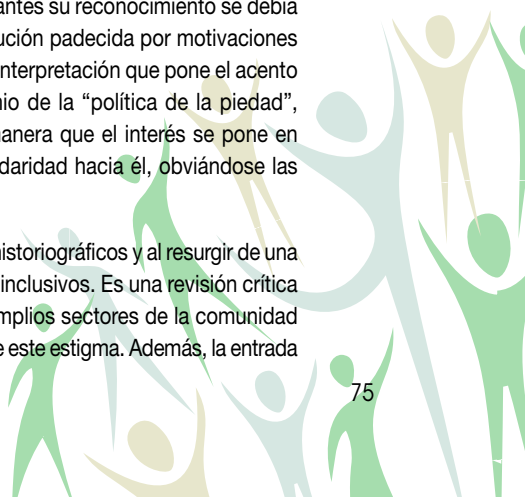
los ciudadanos judíos. (...). ¿Cómo no sospechar nada ante los incendios de sinagogas, el saqueo, la imposición de la estrella judía? (...) Mucha gente, que pertenecía también a mi generación, jóvenes y no concernidos en la organización o en la ejecución de estos hechos, trataron de negarse a ver lo que estaba sucediendo”.

Con sus variantes, esa revisión del pasado también se produjo en países como Italia o Francia. En el primero de los casos se cuestionó el mito de la Italia resistente, señalándose especialmente a través de los trabajos historiográficos de De Felice que solo una minoría de italianos se enfrentaron activamente al fascismo y que lo que hubo durante los años 1943 a 1945 fue una guerra civil. En lo que se refiere a Francia, se abrió paso otra versión historiográfica en la que se señalaba cómo la resistencia había estado sobrevalorada, a la par que se subrayaba el apoyo que había tenido Petain en la población y la existencia de un colaboracionismo francés (Berger, 2005). En ese giro del paradigma intervinieron obviamente historiadores. En el caso de Francia tuvo que ser un historiador foráneo, el norteamericano Robert Paxton, el que rompiera el consenso halagador desde una nueva perspectiva, incidiendo en los comportamientos de la Francia ocupada. En Italia ya hemos señalado el papel de De Felice con su biografía de Mussolini, en tanto que en Alemania el debate fue muy vivo, expresándose a través de la “querrela de los historiadores” en 1986, que se reavivó con la “controversia Goldhagen” diez años después. Fue un tema que alcanzó una notable repercusión social en cada país, pero para ello fue determinante el extraordinario eco que alcanzaron los juicios contra antiguos nazis (Eichman en 1961; Touvier y Papon años más tarde en Francia) y la emisión de series de televisión o películas en torno a esta cuestión. A pesar de la marginación institucional y mediática al que fue sometido el documental *Le Chagrin et la Pitié* (1969), de M. Ophuls, un mosaico en el que se reflejaba el colaboracionismo y el antisemitismo de la Francia ocupada, este tuvo un enorme impacto en ese país. Lo mismo ocurrió en Alemania tras la emisión de series que fueron muy populares, como *Holocausto* (1978-1979) y, con un cariz distinto, *Heimat* (1984). Se fracturaba así una historia analizada en términos de nación como un ente orgánico y homogéneo, para emerger las fracturas internas que hubo, las divergencias dentro de la propia comunidad entre unas partes y otras en razón de aspectos étnicos o políticos, con la consecuencia de que a través de esta revisión aparecieran en el centro del relato personas y colectivos que habían sido injustamente perseguidas.

Todo este proceso fue acompañado por un nuevo modelo historiográfico, más centrado en las personas y en nueva visión que ponía el énfasis en determinados grupos e individuos que habían sido perseguidos por razones políticas y que merecían por ello un particular reconocimiento. Eran las víctimas. Como se ha dicho, el holocausto y el antisemitismo padecido por los judíos en distintos países tuvieron una especial incidencia a la hora de poner el foco en ellas, y que de este modo aparecieran como una nueva categoría a la que se le debía atención y justicia. Así, a partir de los años 80, las víctimas pasaron a ocupar una posición central en la sociedad y en las políticas del recuerdo que se promovían, alentándose a la par una reflexión crítica sobre las raíces ideológicas y étnicas que habían animado esa persecución. Los poderes públicos se convirtieron en agentes activos en su reconocimiento, extendiéndose lo que podemos denominar las “políticas de compasión”, con las que se expresaban la cercanía y el apoyo a las víctimas. Se invirtió, pues, el paradigma y de su invisibilidad hemos pasado a una “cultura del victimismo” (Novick, 2007: 21) que invade los espacios de reflexión sobre el pasado y motiva la centralidad de la “emoción compasiva”, de la solidaridad con el considerado como sufriente, articulándose, así, como eje moral de los discursos políticos (Eliacheff y Larivière, 2009: 16).

Ahora bien, el panorama descrito ha tenido algunas variantes. No ha sido en su eje, pues la centralidad de las víctimas continúa, pero sí en los matices y acentos puestos en juego. Esos nuevos registros están relacionados con la nueva sociedad que vivimos, la posttotalitaria, tras el derrumbe factual y simbólico del muro de Berlín y del sistema político de los países del socialismo real. Es un contexto que ha propiciado una revisión en el tratamiento de las víctimas, que siguen ocupando un lugar primordial en las políticas y en la consideración pública, pero donde varía la razón por la que lo son. Si antes su reconocimiento se debía ante todo a su naturaleza política, a la persecución padecida por motivaciones ideológicas o étnicas, ahora se abre paso una interpretación que pone el acento en su condición de sufriente. Es el predominio de la “política de la piedad”, tomándole el término a Hannah Arendt, de manera que el interés se pone en el padecimiento del otro, en la idea de la solidaridad hacia él, obviándose las causas que habían provocado ese dolor.

Es un giro que corre parejo a los revisionismos historiográficos y al resurgir de una nueva historia nacional entendida en términos inclusivos. Es una revisión crítica del pasado que elude la responsabilidad de amplios sectores de la comunidad nacional en políticas ilegítimas, liberándole así de este estigma. Además, la entrada





de nuevas generaciones no implicadas en ese pasado liberticida propicia que se reclamen respuestas historiográficas en clave de una memoria no contaminada de culpa (Moses, 2007). En esta corriente revisionista se prima la versión humanista sobre la política, se prefiere atender al sufrimiento antes que a sus causas y se valoran las zonas grises, elogiándose a los nos comprometidos antes que a los militantes o resistentes. Es lo que señala Traverso de la preferencia social por el empresario alemán afiliado al partido nazi que salva a sus empleados, Schlinder, frente al militante comunista que lucha contra el nazismo, Manouchian (2009: 14).

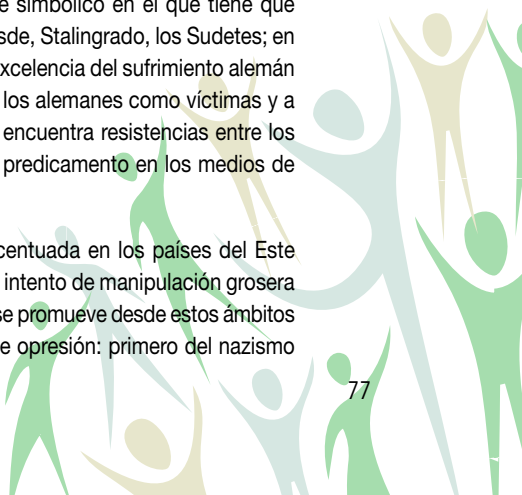
Esta revisión historiográfica de las etapas traumáticas se concreta de distintas formas, aunque con un mensaje común: las divisiones nacionales internas se diluyen en favor de un relato comunitarista. En el caso de Italia, la revisión de su etapa fascista asumida especialmente por las fuerzas de la derecha alienta la creación una memoria pública nacional, una memoria de compromiso entre partes en la que todos los italianos se sientan concernidos. Ello supone minimizar las responsabilidades del régimen fascista, señalar los puntos oscuros y errores de los partisanos, y que la guerra civil que se vivió en Italia entre los años 1943-1945 sea vista como una guerra civil fratricida, perdida por todos los italianos. Una revisión que resaltaba la violencia política como clave interpretativa que afectó a todos los italianos. En este camino se equipara a los fascistas de Saló y a los partisanos, que bajo este prisma se presentan practicando dos violencias paralelas, a la vez que se señala que la mayoría de los italianos se mantuvieron al margen del conflicto, tomados así como el referente sobre el que se crea un relato unitario, de todos los italianos (Tabet, 2015; Focardi, 2009; Rodrigo, 2016:144).

En Alemania la revisión va por el camino de volver a la idea de los alemanes como víctimas, como pueblo que sufrió todo él durante la segunda guerra mundial. Es la aplicación del paradigma del sufrimiento como eje desde el que observar la historia, soslayando la etiología de las cosas. Es la idea de un “sufrimiento competitivo”, que encuentra su eco en nuevas generaciones que quieren *normalizar* su visión del pasado (Judt, 2012: 55-56.) Se asume, sí, el holocausto, pero a la par se subrayan las grandes penalidades padecidas por la población alemana: los bombardeos devastadores (Hamburgo, Dresde..) el avance brutal de las tropas soviéticas que generaron una enorme mortalidad, con un tratamiento vejatorio especialmente para con las mujeres (violaciones), o, por último, la limpieza étnica de la población alemana con su expulsión de diversos territorios europeos con el fin de la guerra (catorce millones de desplazados), que provocaron asimismo una elevada mortandad (unos dos millones de muertos).

Se asume por un lado la herencia reprobable del nazismo, la pasada condición de perpetradora de Alemania, pero a la par se combina este legado con la idea de que los alemanes también sufrieron, también fueron víctimas (Stargardt, 2016: 32). Reunirían, pues, esa doble condición de victimarios y víctimas. Esta visión tiene diferentes manifestaciones, por ejemplo, en el museístico y conmemorativo, con el museo berlinés la *Neue Wache* (inaugurado en 1993), dedicada a todas las víctimas de la guerra y la tiranía, de manera que se recuerda a todas ellas, sin distinciones, homogeneizadas todas en su condición de sufrientes. O en la literatura, con la novela de G. Grass *A paso de cangrejo*, centrada en la muerte de miles de alemanes que iban en un buque, que ha sido interpretada como una alegoría del padecimiento del pueblo alemán. O, por último, en el terreno del debate público, con la controversia que se origina cuando se aborda el tema de los desplazados y expulsados alemanes al final de la guerra y el proyecto sobre la creación de un memorial que les recuerde. Esta última cuestión del *vertreibung* (expulsión) de los alemanes de Polonia, Checoslovaquia, Hungría y Austria está siendo objeto de interpretaciones radicales, considerándolo como una suerte de limpieza étnica que padecieron los alemanes por los aliados. Pero no se queda aquí esta interpretación revisionista, sino que se equipara la *vertreibung* con el Holocausto, considerados ambos fenómenos como una forma de *desviación* que se dio en Europa durante el siglo XX, resultado de parecidas ideas y prácticas. La conclusión que se obtiene es que los aliados cometieron crímenes similares al régimen nazi, que es presentado así como un *error* que afectaba a toda Europa (Hahn y Hahn, 2008).

Pero al margen de estos puntos de vista más extremos, la percepción más extendida es ese cambio de enfoque en el que de nuevo los alemanes emergen como víctimas. Desde esta visión, el referente simbólico en el que tiene que mirarse Alemania ya no es Auschwitz, sino Dresde, Stalingrado, los Sudetes; en suma, los lugares que han sido expresión por excelencia del sufrimiento alemán (Robin, 2009: 243). Este relato equiparador de los alemanes como víctimas y a la vez como perpetradores es controvertido y encuentra resistencias entre los historiadores, si bien dispone de un creciente predicamento en los medios de comunicación (Berger, 2006: 221-222).

La revisión historiográfica está siendo más acentuada en los países del Este poscomunista, llegando en algunos casos a un intento de manipulación grosera por parte de los poderes públicos. El relato que se promueve desde estos ámbitos es el de que los nacionales sufrieron una doble opresión: primero del nazismo





y luego del comunismo, poniéndose por razones políticas actuales más énfasis en la dureza del segundo de los sistemas fascistas. Se reelabora una historia en clave nacional basada en que los nativos de cada país fueron víctimas de esas dos formas de totalitarismo, de manera que tanto el nazismo como el comunismo son presentados como algo ajeno al *ethos* nacional, ideologías externas que no responden a la idiosincrasia de las comunidades en cuestión. El modelo impulsado desde las administraciones públicas es, pues, de unas políticas de memoria centradas en la idea de la victimización nacional, equiparándose de hecho el nazismo y el comunismo como dos formas similares de barbarie, y buscando la exculpación de persecuciones a judíos que se dieron en cada territorio por parte de la población nativa. En muchos casos, el objetivo es arramblar con la memoria del comunismo invirtiéndola, de manera que se mira con simpatía a nacionalistas, fascistas o colaboracionistas nazis represaliados por los comunistas (Judt, 2007).

Las historiografías nacionales correspondientes no participan de esta visión tan simple y maniquea, aunque también se señala que la investigación reciente ha contribuido a fomentar ese relato victimista. En cualquier caso, en los países de Europa central y oriental se ha consolidado el paradigma de una historia en términos de un comunitarismo particularista, con un metarrelato impregnado de emotividad nacionalista, lineal en sus interpretaciones, que opera sobre binomios y que usa las políticas de la memoria para simplificar la historia y adecuarla a los intereses políticos de la Administración (Kopecek, 2008).

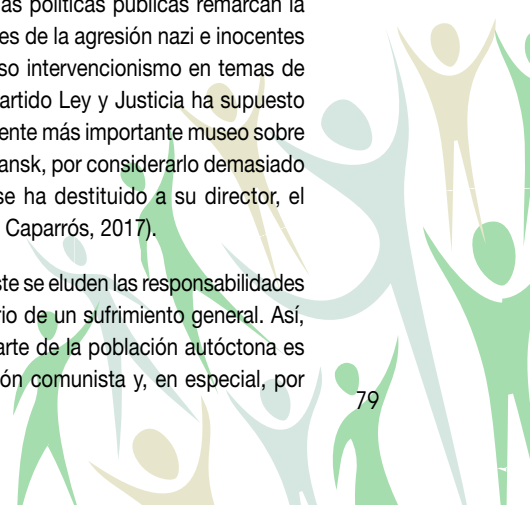
En Hungría, bajo el gobierno Urban, hay una explícita voluntad de controlar el relato de la historia reciente, manteniendo un estricto control de los libros de texto. En la narrativa que se alienta no hay polacos nazis, a pesar de que formó parte del Eje, ni deportaciones de judíos, que las hubo, ni comunistas húngaros. En cuanto a los centros de memoria, el Centro Conmemorativo del Holocausto malvive con escasa atención, en tanto que la Casa del Terror, el museo sobre el nazismo y el comunismo, centra la atención (Judt, 2006: 1.179). Significativamente, en este gran museo el nazismo y el comunismo son presentados como una *ocupación*, dos formas de totalitarismo que los húngaros debieron soportar como consecuencia de la invasión de dos ejércitos extranjeros, enfoque que predomina sobre la participación de los nativos en estas ideologías (Creet, 2013). Además, en este museo hay un palpable desequilibrio en sus contenidos, inclinándose especialmente por mostrar los horrores cometidos por los comunistas, que ocupan muchos más espacios que los destinados a los crímenes de los fascistas o a la persecución de los judíos. En el caso de Rumania hay una recuperación en clave nacional y anticomunista de Ion Antonescu, que estuvo al frente del gobierno

dictatorial durante los años 1940-1945, aliado de Hitler y bajo cuyo mandato se produjeron persecuciones contra los judíos, calculándose por encima de los 250.000 los asesinados (VV. AA, 2004). Asimismo, en el gran museo de las Víctimas del Comunismo y la Resistencia, ubicado en la localidad rumana de Sighet, figuran entre los homenajeados fascistas de la Guardia de Hierro y otros antisemitas, exonerados por su condición de anticomunistas.

En Polonia las controversias son muy intensas, habiendo un punto común en esos debates: el grado de intervencionismo que en temas históricos tiene o debe tener el Estado. En el caso de este país se da la doble condición de que su población sufriera con especial crueldad el nazismo, pero a la par fuera protagonista de persecuciones a la población judía, consecuencia de un sentimiento antisemita muy extendido. Pues bien, en este caso, desde el gobierno se resalta solo uno de esos espejos (la condición de víctima de los nazis) y se oculta el otro (la de victimarios con los judíos). Ello ha llevado al gobierno ultraconservador actual a iniciar una campaña contra uno de los historiadores de origen polaco más prestigiosos, Jan Gross, que publicó un excelente libro, *Vecinos*, en el que se relata el brutal exterminio que sufrieron los judíos de una pequeña localidad de este país a cargo de sus vecinos polacos. Ya con anterioridad, Walesa se había manifestado muy crítico con el libro, tildando desdeñosamente a su autor como “un judío que intentaba hacer dinero”.

Esa persecución a los judíos perpetrada por polacos trata de ser borrada por el gobierno, que a la altura de marzo de 2017 estaba tramitando una ley que impondrá penas de hasta tres años a quien mantenga que la sociedad polaca fue cómplice de la Shoah (*El País*, 26 de marzo de 2017). De este modo, frente a las evidencias de persecuciones a judíos, las políticas públicas remarcan la condición única de los polacos como sufrientes de la agresión nazi e inocentes de cualquier imputación. Asimismo, el expreso intervencionismo en temas de relato histórico del derechista gobierno del partido Ley y Justicia ha supuesto que se cuestionen las directrices del posiblemente más importante museo sobre la Guerra Mundial, el recién inaugurado en Gdansk, por considerarlo demasiado europeísta y poco patriótico, a la par que se ha destituido a su director, el historiador Pawel Machcewicz (Snyder, 2016; Caparrós, 2017).

En general, en los países poscomunistas del Este se eluden las responsabilidades de la población en la *Shoah* a favor del criterio de un sufrimiento general. Así, en Ucrania la persecución a los judíos por parte de la población autóctona es eclipsada por el énfasis puesto en la represión comunista y, en especial, por





la gran hambruna padecida en los años 1932-1933 (*Holodomor*) que ocasionó millones de muertos y que es presentada como un ejemplo de genocidio en tanto que fue debida a las políticas deliberadas de las autoridades soviéticas (Fainberg, 2013: 99). Es un enfoque compartido en los países del Este, en los que como decíamos se equipara nazismo y comunismo a la par que se relativiza la entidad del holocausto y la profundidad del sentimiento antisemita entre su población. Un relato que desde las autoridades de estos países y desde su historiografía trata de que sea asumido en el resto de Europa, convirtiéndolo en uno de los ejes de la identidad europea, en uno de sus mitos fundacionales. Estos países han intentado que esa visión quede reflejada en el museo que a instancias del Parlamento Europeo se ha levantado en Bruselas, la Casa de la Historia Europea, que ha tenido un desarrollo controvertido y ha puesto en evidencia las discrepancias interpretativas sobre nuestro pasado (Vinyés, 2015).

Pero al margen de estas controversias entre historiografías, lo relevante para este texto es el último giro al que con sus distintas pautas y características se asiste en Europa, que va en la línea de indicar que “todas las formas de victimización colectiva son fundamentalmente comparables, incluso intercambiables y que, por tanto, deben ser objeto de una misma memoria” (Judt, 2006: 1.181). Es lo que Snyder refiere en su entrevista con Judt acerca del paso -y el *contraste*- de la *historización* a la *victimización* como preocupaciones centrales de la política y la historiografía en Occidente, en el sentido de que si en los años ochenta y noventa del siglo pasado los debates en el caso de Alemania Occidental se centraban en cómo explicar el nazismo dentro de la trayectoria nacional, diez años después las reflexiones giraban en torno al sufrimiento que padecieron los alemanes (Judt, 2012: 55). Son giros y referencias que conviene tener en cuenta porque nos ayudan a situar en un plano no solo local el tipo de relato que se pretende establecer en Euskadi y la recepción social que espera encontrar.

Algunas consideraciones sobre el papel de las víctimas en la realidad vasca

A este respecto quisiera concluir con algún comentario sobre la aparición en Euskadi de las víctimas del terrorismo, entendidas bajo esa idea de un grupo de personas que lo son a causa de la violencia política y que deben ser social y políticamente reparadas. Pues bien, su aparición pública ha sido muy tardía, más que lo señalado para el caso de Europa, y su visibilidad ha sido debida en primer lugar a los esfuerzos de las propias víctimas, que con su presencia y denuncia de su ostracismo han propiciado que sean tomadas en consideración en las políticas de la memoria impulsadas tanto en Euskadi como en el resto de

España. Ya con la democracia, la situación inicial de las víctimas fue muy dura, teniendo que desenvolverse en medio de la incompreensión social y sin atención pública alguna. Lo cuenta Vidal-Abarca, una de las fundadoras de la primera asociación que se constituyó, la Asociación de Víctimas del Terrorismo (AVT), creada en 1981, que señalaba:

“Nuestro comienzo fue tremendo. Nadie nos hacía caso. Pensaban que éramos unas extremistas furiosas, y tuvimos que demostrar que éramos unas personas llenas de sentido común que lo único que queríamos era ayudar”.

Era una descripción que no se ceñía al País Vasco, en donde el terror de ETA era visible, sino que era un clima general en toda España. Prueba de ello es lo que relata acerca de la negativa del párroco de una iglesia madrileña a oficiar una misa por las víctimas del terrorismo, alegando que la Iglesia no debía inmiscuirse en política (*El País*, 16 de noviembre de 2011). Las víctimas seguían siendo un colectivo arrinconado, observado con indiferencia por los poderes públicos y la sociedad, que podían condolerse de su desgracia, pero ello no les otorgaba ninguna consideración restaurativa. En este sentido, resulta llamativo que un instrumento de lucha contra ETA tan importante como fue el Pacto de Ajuria Enea (1988) solo les cite en una ocasión y, además, sin que merezcan una reflexión expresa. Tuvieron que seguir siendo las víctimas las que con su activismo reivindicaron su papel e hicieron ostensible la marginalidad y el ostracismo a las que les habían relegado los poderes públicos y la sociedad. Así, fue la hija de un asesinado de ETA, Cristina Cuesta, la que creó, en 1986, Denon Artean, una asociación con la voluntad de atender a las víctimas del terrorismo y de ponerlas en el foco de la atención pública, iniciativa a la que se sumó también Gesto por la Paz. Aunque a fines de los ochenta empiezan las primeras medidas públicas de ayuda a las víctimas, hubo que esperar hasta 1999 para que el Parlamento español aprobara la Ley de Solidaridad con las Víctimas del Terrorismo, en la que por fin se hacía hincapié en la trascendencia moral y en la dignidad personal de las víctimas, y se destacaba la importancia de su asociacionismo. Fue una ley que llegó tarde y fue consecuencia del cambio que en la sociedad se produjo a lo largo de los noventa con varios acontecimientos que generaron una fuerte conmoción, como fueron el asesinato de Gregorio Ordoñez (1995), el secuestro de Ortega Lara o luego el secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco (1997). Después llegaron nuevas leyes de reconocimiento y ayuda a las víctimas del terrorismo, pero ya cuando la atmosfera frente a ETA había cambiado y había



una sensibilidad social hacia este colectivo. En este caso el legislador actuó con notable retraso e impelido por las propias asociaciones de víctimas, que con su paulatina visibilidad empujaban a la creación de unas políticas públicas de la memoria que les tuvieran en consideración. En este sentido fue importante la creación, en 1998, de COVITE, la asociación de víctimas del terrorismo en el País Vasco, con un planteamiento expreso de reconocimiento a las víctimas y reivindicativo del papel central que debían jugar en el proceso de pacificación. COVITE ha contribuido a dar el paso de víctimas dolientes, pero pasivas, a víctimas movilizadas y activas, contribuyendo de modo importante a que este colectivo, y con él el pasado, no se diluya.

Llegados a este punto y hecho un somero repaso de la emergencia de la idea de las víctimas políticas y de los debates que en torno a ellas se están produciendo en Europa, puede ser conveniente hacer algunas consideraciones finales sobre su papel. Hay una primera reflexión que ha quedado expuesta al principio de la intervención en la doble dirección de que la víctima es una figura construida e incómoda. Decimos construida en el sentido de que necesitan ser conceptualizadas como tales en un primer paso y aceptadas socialmente después si se pretende resarcirlas del padecimiento injustamente sufrido. A este respecto suele señalarse que la categoría de víctima viene determinada por el contexto social y político, que es el que permite o no la visibilidad de esta figura. Lo de incómodas viene dado porque las víctimas ponen tanto a los poderes públicos como a la sociedad frente a sus responsabilidades respectivas, son un espejo que les interroga sobre sus complicidades o pasividad ante situaciones injustas. En el caso del País Vasco puede decirse que el tránsito de su opacidad a la visibilidad ha tenido que ver con el hecho de que se les ha dejado de tratar como una consecuencia del “conflicto” político que enfrentaría, según esta interpretación, a los vascos frente al opresor Estado español, para pasar a considerarlas como un colectivo al que se le ha inferido un daño injusto e ilegítimo. Es un cambio de perspectiva que, como una derivada, ha creado la figura del perpetrador, si bien sectores de la población vasca en lugar de darles este tratamiento lo siguen considerando como un héroe. Por ello las víctimas son figuras polémicas, difíciles de integrar en el *establishment* político, porque sus demandas de recuerdo y reparación, su legítimo *rencor* en algunos casos (Amery, 2001), no encajan en una sociedad que prefiere el olvido. Son, al fin y al cabo, un indicio de una “involución cívica”, a la par que su propia presencia pública lleva a inquirir por los causantes de ese daño, los perpetradores, y por la ideología que les sostiene. Además, en el caso del País Vasco, la centralidad de las víctimas hace más difícil mantener el relato

del conflicto España-Euskadi como clave explicativa de nuestro pasado, tan del gusto de los nacionalismos (Alonso, 2106: 166-119).

Ahora bien, la figura de la víctima, al haber recuperado una extraordinaria dimensión social en la sociedad occidental, corre el riesgo de diluir su sentido, su significado, al menos en la que aquí tratamos, de víctima política. Ya hemos comentado esa “cultura del victimismo” en la que estamos instalados, que ha motivado que, si antes esta condición era rehuida, ahora se reivindique en tanto que legitima al que así es considerado. Hay una rentabilidad social y política para el que logra ser considerado víctima, bien personal bien colectivamente, y es una dinámica que conduce a una pugna por ver quién logra esa condición. Es el caso, por ejemplo, de judíos y palestinos, que se reivindican como víctimas de sus mutuas agresiones. En palabras del historiador Charles S. Maier, esto ha provocado, por ejemplo, que la política contemporánea de Estados Unidos se caracterice por la “competencia de consagrar agravios. Todos los grupos reclaman una parte del honor y los fondos públicos insistiendo en minusvalías e injusticias” (Nocick, 2007: 21). Este uso o apelación indiscriminada para alcanzar el estatus de víctima conduce a su banalización y, en definitiva, a la pérdida de su comprensión. Por eso, entre otras cosas, la finalidad de este encuentro de la Fundación Fernando Buesa, que busca delimitar qué queremos decir cuando hablamos de víctimas, a quiénes nos referimos y la necesidad de distinguir a unas de otras.

Llama también la atención que algunos de los aspectos comentados como dominantes en las políticas de la memoria en Europa se reproducen en Euskadi y son canalizados por los responsables de este apartado en el Gobierno Vasco. Nos referimos señaladamente a la idea de que todas las formas de victimización colectiva son comparables unas con otras, un enfoque que viene propiciado por el hecho de que el acento está puesto en el daño sufrido, en tanto que se omite la causa que lo produce, su etiología o a sus causantes. Es un tipo de reflexión que lleva a la privatización de la víctima, a su descontextualización, a su consideración en razón de factores personales y psicológicos, en este caso el sufrimiento, y que obvia las razones por las que lo son. Es la idea de dejar la historia fuera en tanto que esta, por su propia función, está en la obligación de indagar y profundizar en las motivaciones que produjeron esas situaciones de violencia. De aquí que desde la Administración nacionalista se promueva un relato sin Historia, sin que entendamos el sustento ideológico o lo que impelia a cometer sus actos a los perpetradores, y en cambio se sustente un discurso anodino y exento de responsabilidades basado en el “todos hemos sido víctimas”.



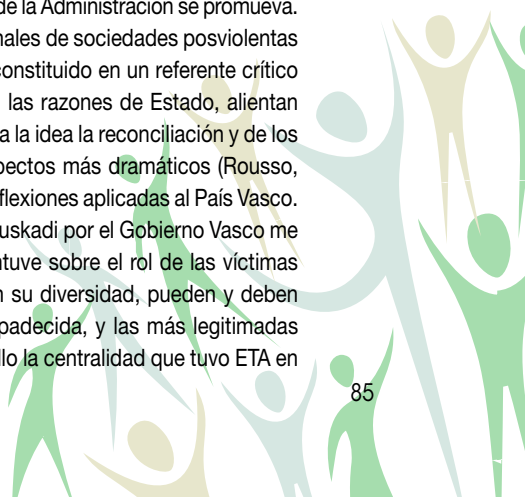
Aunque sea una referencia muy conocida, conviene recordar la atinada reflexión de Hannah Arendt cuando en la Alemania de la posguerra se decía “todos somos culpables, lo que en realidad solo servía para exculpar en gran medida a los que realmente eran culpables. Donde todos son culpables nadie lo es” (2015: 151). En el caso del País Vasco, el discurso alentado desde la Secretaría de Paz y Convivencia incide en ese genérico todos somos víctimas, lo que se acompaña de otro mantra sostenido, el de todas las víctimas son iguales, en una mezcla confusa en la que se juntan sin distinción víctimas de muy distinto origen y consideración, con el añadido efecto perverso de que se produzca una competencia entre ellas. Tal hecho se refleja de modo palmario en una de las actividades más importantes y de mayor calado social de la Secretaría, la Plaza de la Memoria, exposición itinerante que recorre Euskadi, que recuerda a las víctimas de situaciones muy diferentes (guerra civil y franquismo, violencia policial, terrorismo de ETA y GAL...), sin que haya voluntad de enmarcar y explicar la violencia de cada caso, ni su entidad. Lo que vale es el criterio de que todas las víctimas son iguales. Frente a esta idea uniformizadora que iguala todas las violencias, con el resultado final de que “todo es nada y todos nadie” (Arregi, *El Diario Vasco*, 25 de noviembre de 2015), conviene recordar las palabras de un judío superviviente del levantamiento del gueto de Varsovia, Marek Edelman, con ocasión de su rechazo a edificar un museo que recordara a los alemanes expulsados después de la II Guerra Mundial:

“¿Qué clase de memoria es esta! ¿Acaso sufrieron tanto porque se quedaron sin casa? Evidentemente, es triste que te obliguen a abandonar tu casa y abandonar tu tierra. Pero los judíos perdieron sus casas y a todos sus familiares. Las expulsiones producen sufrimientos, pero hay tanto sufrimiento en este mundo. Los enfermos sufren y nadie levanta monumentos para rendirles homenajes” (Judt, 2006: 1.181).

El propósito de la Secretaría de Paz y Convivencia del Gobierno Vasco es propiciar un relato sincrético y funcional, cuyo objetivo debe ser el encuentro de la sociedad, remarcando fundamentalmente los consensos y obviando las diferencias. De este modo, desde esta institución se alude a la memoria para evitar la historia, se apela al recuerdo para en realidad practicar el olvido y no tener que historizar un pasado que por su propia naturaleza es conflictivo, más en este caso que se está hablando de hechos traumáticos. Se pretende un cierre neutral del pasado, una operación que suele ser común cuando se trata de sociedades posviolentas que buscan su reconstitución. Es el caso incluso de las *comisiones*

de la verdad creadas internacionalmente: algunos autores señalan que, tras la retórica oficial y un guiño a un recuerdo inmediato, en realidad despliegan una retórica amnésica con el fin de lograr la reconciliación social, dentro de un concepto de ruptura tajante entre el pasado y el presente. En este modelo ideal, el pasado sería la violencia y el presente el reencuentro. La dificultad de esta operación es, como señalábamos antes, que cuando nos estamos refiriendo a pasados traumáticos, los hechos que lo forman son vividos como irrevocables, como una experiencia persistente, duradera, que no se puede zanjar. Así, en las sociedades posviolentas el recuerdo de las muertes y ultrajes suelen mantenerse vivos, pues por su dramatismo no pueden obviarse, de manera que se cuelan en el presente y forman parte constitutiva de él, quebrando así la línea divisoria entre el pasado y el presente (Bevernage: 2016).

Para que el olvido no gane la batalla al recuerdo historizado es fundamental el papel dinámico de las víctimas que contrarreste la tendencia social a pasar página y a obviar los hechos dramáticos del pasado. Si las víctimas se organizan y son activas pueden llegar a sensibilizar a la sociedad y a desempeñar un relevante papel como emprendedoras de la memoria. Por esta misma razón, las autoridades públicas suelen estar tentadas a neutralizarlas a través de su cosificación. Es lo que se ha escrito para el caso de Colombia, pero también podemos aplicarlo para Euskadi, en el sentido de que se tiende a la construcción de una víctima “razonable”, que pasa por su despolitización, su rechazo al rencor y su capacidad de adaptación a las políticas de la memoria que se impulsan desde la administración (Lecombe, 2015). Se construye la “buena víctima” que reproduce esa idea de la reconciliación como su objetivo sustantivo, a la vez que desde esos medios institucionales se margina a aquellas víctimas y asociaciones más díscolas con el discurso memorial que desde la Administración se promueva. El análisis de distintas experiencias internacionales de sociedades posviolentas pone en evidencia cómo las víctimas se han constituido en un referente crítico ante las políticas oficiales que, escuchadas en las razones de Estado, alientan un relato acomodaticio y blando, subordinado a la idea la reconciliación y de los consensos nacionales y depurado de sus aspectos más dramáticos (Rousso, 2006: 326). Podemos reproducir todas estas reflexiones aplicadas al País Vasco. Las políticas de la memoria desarrolladas en Euskadi por el Gobierno Vasco me han llevado a corregir algunas ideas que mantuve sobre el rol de las víctimas y me han hecho ver que son ellas las que, en su diversidad, pueden y deben mantener un testimonio fértil de la violencia padecida, y las más legitimadas para mantener vivo ese pasado. Y dentro de ello la centralidad que tuvo ETA en





nuestro pasado violento frente a ese intento amparado desde la Administración de diluir su entidad en un revoltijo de violencias. Así el recuerdo se ciñe a las víctimas, casi se podría decir a algunas de ellas, omitiéndose de modo clamoroso a la otra parte de la ecuación: al perpetrador. No hay víctimas sin perpetradores, pero indagar sobre estos implica hablar de historia, con todos sus matices, y supone hablar de ETA. Algo que no está en la hoja de ruta de las políticas de la memoria de la Secretaría de Paz y Convivencia.

Son además las víctimas las que pueden con más fuerza reclamar ese recuerdo cabal y complejo de nuestra historia reciente, que haga inteligible no solo lo que ocurrió sino también el porqué. Es lo que señalaba la viuda de un *ertzaina* asesinado por ETA:

“Yo no necesito que se recuerde a Montxo Doral como si fuera un héroe. Lo que necesito es que se recuerden los hechos históricos, pero no víctima a víctima, bueno, también, sino lo que sucedió en esta sociedad, se llamen como se llamen. Nosotros, la familia, sus amigos, le recordaremos y ya está. Nada más” (Cristina Sagarzazu, *El Diario Vasco*, 28 de febrero de 2016).

Bibliografía citada:

ALONSO, M. (2016), "Un repudio que se hace esperar. El terrorismo de ETA y la verdad de la víctima", en J. A. Zamora, M. Reyes Mate y J. Maiso (eds.), *Las víctimas como precio necesario*, Madrid: Trotta.

AMERY, J. (2001), *Más allá de la culpa y la expiación: tentativas de superación de una víctima de la violencia*, Valencia: Pretextos.

ARENDT, H. (2015), *Responsabilidad y juicio*, Barcelona: Paidós.

BEVERNAGE, B. (2016), "Un pasado desde el presente. La historia y la política del tiempo en la justicia transicional", *Revista Colombiana de Educación*, 71, pp. 25-51.

BERGER, S. (2005), "A Return to the National Paradigm? National History Writing in Germany, Italy, France, and Britain from 1945 to the present", *The Journal of Modern History*, 77, pp. 629-678

— (2006), "On Taboos, Traumas and other Myths: Why the Debate about German Victims of the Second World War is not a History Controversy", en B. Niven (ed.), *Germans as Victims*, London: Palgrave.

CAPARRÓS, M. (2017), "La guerra por la guerra", *El País Semanal*, 22 de junio de 2017 (<http://elpaissemanal.elpais.com/confidencias/segunda-guerra-mundial/>).

CONAN, E. y ROUSSEAU, H. (1996), *Vichy. Un passé qui ne passe pas*, Paris: Gallimard.

CREET, J. (2013), "The House of Terror and the Holocaust Memorial Centre: Resentment and Melancholia in post-89 Hungary", *European Studies*, 30.

DELTORO, M. (2009), "La memoria del holocausto en Alemania: la memoria dividida", *Historia Social*, 65.

ELIACHEFF, C. y LARMIERE, D. S. (2009), *El tiempo de las víctimas*, Madrid: Akal.

FAINBERG, S. (2103), "Memory at the margins: The Shoah in Ukraine (1991-2011)", en *History, Memory and Politics in Central Europe and Easter Europe*. Memory Games, United Kingdom: Palgrave.

FOCARDI, F. (2009), "El debate sobre la resistencia en Italia: legitimación política y memoria histórica de la Primera a la Segunda República", en R. Vinyés (ed.), *El Estado y la memoria. Gobiernos y Ciudadanos frente a los traumas de la historia*, Barcelona: RBA.

HAHN, E. y HAHN, H. H. (2008), "The Holocaustizing of the Transfer-Discourse: Historical Revisionism or Old Wine in New Bottles?", en M. Kopecek (ed.), *Past in the making. Historical revisionist in central Europe after 1989* (online), Budapest: Central European University Press, pp. 39-55.

JASPERS, K. (1998), *El problema de la culpa: sobre la responsabilidad política de Alemania*, Barcelona: Paidós.

JUDT, T. (2000), "The past is another country: myth and memory in postwar Europe", en I. Deák, J. T. Gross y T. Judt (eds.), *The politics of retribution in Europe. World War II and its aftermath*, Princeton (New Jersey): Princeton University Press.

— (2006), *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid: Taurus.

— (2007), "Desde la casa de los muertos. Sobre la memoria europea moderna", *Sociedad*, 26 (<http://docplayer.es/29954395-Desde-la-casa-de-los-muertos-sobre-la-memoria-europea-moderna.html>).

— (2012), *Pensar el siglo XX*, Madrid: Taurus.





KOPECEK, M. (2008), "Historiography of Communism in the Czech Republic and the East Central Europe", en *Past in the making. Historical revisionist in central Europe after 1989*, pp. 75-92 (hay edición castellana).

KOSELLECK, R. (2011), *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

LECOMBE, D. (2015), "Entre douleur et raison: sociologie de la production de figures de victimes en contexte colombien", *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*.

LEVI, P. (2002), *Los hundidos y los salvados*, Barcelona: El Aleph.

MOSES, A.D. (2007), "Stigma and Sacrifice in the Federal Republic of Germany", *History & Memory*, 19/2, pp. 139-180.

NOVICK, P. (2007), *Judíos, ¿vergüenza o victimismo? El Holocausto en la vida americana*, Madrid: Marcial Pons.

REYES MATE, M. (2008). *Justicia de las víctimas. Terrorismo, memoria, reconciliación*, Barcelona: Anthropos.

—(2016), "Prólogo", en *Las víctimas como precio necesario*, Madrid: Trotta.

ROBIN, R. (2009), "El nuevo devenir victimario de Alemania", en *El Estado y la memoria*, Barcelona: RBA.

RODRIGO, J. (2016), *Una historia de violencia. Historiografía del terror en la Europa del siglo XX*, Barcelona: Siglo XXI.

ROUSSO, H. (1987), *Le syndrome de Vichy, 1944-198...*, París: Seuil.

— (2006), "La memoria de Vichy o la ilusión de la excepción francesa", en J. Aróstegui y F. Godicheau (eds.), *Guerra Civil. Mito y memoria*, Madrid: Marcial Pons.

STARGARDT, N. (2016), *La guerra alemana. Una nación en armas*, Barcelona: Galaxia Gutenberg.

SNYDER, T. (2016), "Poland vs. History", *The New York Review of Books*, 3 de mayo.

TABET, X. (2015), "Resistencia y revisionismo en Italia: las revelaciones de Gianpaolo Pansa", en C. Forcadell, I. Peiró y M. Yusta (eds.), *El pasado en construcción. Revisionismos historiográficos en la historiografía contemporánea*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico.

TRAVERSO, E. (2009), *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, Valencia: PUV.

VV.AA. (2004), *Final Report of the International Commission on the Holocaust in Romania* (http://czernowitz.ehpes.com/stories/chapter_05.pdf).

VINYÉS, R. (2015), "Los usos públicos del pasado en Europa: hacia una memoria sincrética", *Años 90, Porto Alegre*, 22/42, pp. 21-51.





MESA 2. "TAN IGUALES COMO DIFERENTES"

Modera: Miren Ortubay Fuentes *Patronato de la Fundación Fernando Buesa Blanco*

- **José María Ruiz Soria**
Doctor en Derecho y Licenciado en Ciencias Políticas
- **Enrique Echeburúa Odrizola**
Catedrático de Psicología Clínica en la UPV/EHU
- **Gemma Varona Martínez**
Investigadora Doctora Permanente IVAC-KREI
- **Imanol Zubero Beaskoetxea**
Doctor en Sociología y profesor en la UPV/EHU



Para acceder al vídeo de esta ponencia:

<https://goo.gl/RLFhuP>



JOSÉ MARÍA RUIZ SOROA

Doctor en Derecho y Licenciado en Ciencias Políticas. Profesor Numerario de Derecho Marítimo (jubilado) en la Universidad del País Vasco. Abogado especializado en asuntos marítimos y autor de varios manuales sobre la materia. Colaborador habitual de *El País* y *Claves de Razón Práctica*. Autor de *Tres ensayos liberales: foralidad, lengua, autodeterminación* (2008) y *El esencialismo democrático* (2010).





Las víctimas: ¿iguales o diferentes? **(Una aproximación desde el Derecho)**

Se me ha solicitado una reflexión desde un punto de vista jurídico -por mucho que yo no soy, ni de lejos especialista en Derecho Penal o en Criminología- sobre la cuestión que se formula en el título como pregunta: las víctimas de la violencia que genéricamente podríamos caracterizar como conectada directa o indirectamente con el terrorismo habidas en nuestro pasado, ¿son todas iguales, ya se trate de las víctimas de actos terroristas como de las de los excesos represivos de algunos aparatos policiales o de respuestas ilegales por parte de grupos más o menos incontrolados?, ¿o son diferentes entre sí?

Planteada así, lo primero que llama la atención del jurista es la banalidad o insignificancia de la pregunta: preguntarse por la igualdad de las víctimas es como preguntarse por la igualdad de los delitos o la igualdad de los delincuentes. Es obvio que todos los delitos, todos los delincuentes y todas las víctimas de actos delictivos son iguales en un cierto sentido: en lo que el concepto de delito, de delincuente o de víctima tiene de común o abstracto, y son muy diferentes en otro: en las determinaciones concretas con las que el delito, el delincuente y la víctima aparece en la realidad. Pero si tan obvia es la respuesta, ¿por qué la pregunta?, ¿por qué se reúnen muchas personas a discutir sobre la cuestión y su respuesta?, ¿por qué la igualdad o desigualdad de las víctimas aparece como una cuestión importante y dotada de relevante significado?

Contado desde la hermenéutica “gadameriana”, el sentido de esta pregunta no está en la respuesta que se le proponga, sino en las razones por las que una tal pregunta se plantea. Y esas razones, que anticipan el verdadero significado de la pregunta misma, no son de naturaleza jurídica sino de naturaleza plenamente política. En concreto: ¿qué se busca al declarar “iguales” a todas las víctimas pasadas?, ¿qué se trata de impedir al declararlas substancialmente diversas?, ¿cómo es que se ha llegado a la situación actual de la política vasca en que delicadas cuestiones atinentes a la comprensión y descripción del pasado reciente terminan por depender de la respuesta a una abstrusa pregunta sobre la igualdad/desigualdad de las víctimas?

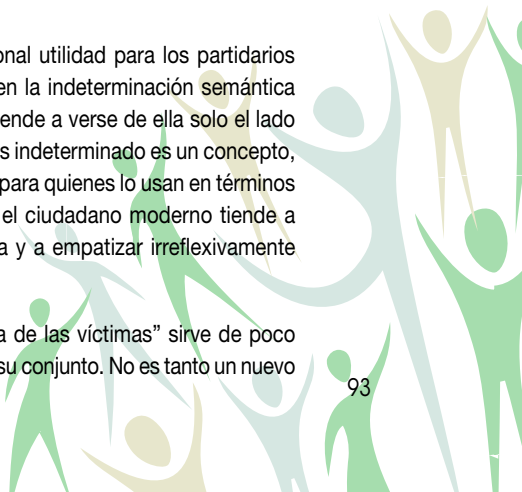
No voy a entrar en el análisis del nudo político que hay detrás de la cuestión, en primer lugar, porque no me corresponde, y en segundo porque creo que está clamorosamente presente en esta jornada sin necesidad de explicarlo más.

Sí me interesa, en cambio, destacar un aspecto jurídico que tiene relación con la forma de plantearse la pregunta, y es el de que haga referencia exclusiva a “las víctimas” como factor relevante para igualar o desigualar el relato del pasado. En efecto, no se cuestiona si los delitos cometidos en el pasado fueron en sí mismos iguales o diversos. Tampoco se pone el foco sobre los delincuentes respectivos y sus motivaciones. No, se habla solo de las víctimas. Es llamativo. Vivimos hoy en día en lo que pretende constituirse como un nuevo paradigma del Derecho Penal: el paradigma de las víctimas. El Derecho Penal moderno estaba construido -de manera muy diversa- sobre el paradigma del delito como acción humana contraria al orden pacífico, con la derivada de atender ante todo a la subsiguiente lucha entre el Estado y el delincuente en la tensión (juicio y castigo) entre la pena y la defensa. La víctima ocupaba un lugar excéntrico o subsidiario en ese modelo. Pero hoy en día este paradigma está siendo insistentemente atacado y sustituido por quienes ponen a las víctimas de los delitos como nodo de la criminología desde donde podría y debería explicarse la función del Derecho Penal (la justicia restaurativa).

Es significativo en este sentido, por poner un ejemplo, el cambio de perspectiva que adoptan los discursos (interesados) sobre la igualdad a lo largo del período de violencia terrorista. En los años 70 y 80 del pasado siglo el “discurso ecualizador” de entonces ponía su acento sobre la acción: “estamos en contra de todas las violencias, vengan de donde vengan”, decían los que hoy proclaman que “todas las víctimas son iguales”. Aunque la intención (política) era la misma, el foco se ponía en el pasado sobre el delito; hoy se pone sobre la víctima. Y ello se debe a que estas se han convertido, no solo en la dogmática jurídica, sino sobre todo en la comprensión pública del fenómeno del delito, en los protagonistas absorbentes del espectáculo público.

El paradigma de las víctimas tiene una adicional utilidad para los partidarios del discurso ecualizador: utilidad que radica en la indeterminación semántica del concepto de víctima, sobre todo cuando tiende a verse de ella solo el lado sufriente o herido (y no el genético). Cuanto más indeterminado es un concepto, más potente y hermenéuticamente rico resulta para quienes lo usan en términos políticos interesados. Probablemente porque el ciudadano moderno tiende a autoidentificarse instintivamente como víctima y a empatizar irreflexivamente con el sufrimiento de las personas.

En cualquier caso, el denominado “paradigma de las víctimas” sirve de poco cuando pretende aplicarse al Derecho Penal en su conjunto. No es tanto un nuevo





paradigma completo como algo más humilde, una simple llamada de atención a la circunstancia de que el Derecho Penal, en su aplicación práctica, tenía demasiado relegadas a las víctimas. Pero la figura de la víctima no es capaz de explicar por sí sola el Derecho Penal en su conjunto, porque no se es víctima *in genere*, sino que se es *víctima de algún delito concreto y de algún delincuente particular*, y son precisamente las concretas categorías de los delitos soportados los que explican las diferencias entre las víctimas. Al final, inevitablemente, cuando se habla de víctimas se debe terminar hablando de delitos, a no ser que se prefiera un discurso mutilado de parte de su sentido.

Y con ello me introduzco en la consideración más propiamente jurídica de la cuestión: hablemos ya de la igualdad o desigualdad de las víctimas.

Lo primero que conviene es hacer alguna precisión sobre lo que el Derecho quiere decir cuando habla de la igualdad de las personas como valor superior de nuestro Ordenamiento Jurídico (art. 1. 1º CE). La igualdad que proclama la norma jurídica no es una igualdad empírica o real (es claro que las personas no son iguales), sino que es una igualdad de trato: las personas deben ser tratadas igualmente por la ley. Lo contrario de la igualdad, para el Derecho, no lo es la diferencia o la diversidad, sino la discriminación o el privilegio. Viene al caso la llamada “regla de Perelman”: la justicia consiste en tratar de la misma manera a los seres situados en una misma categoría esencial.

Ahora bien, de la misma formulación de esta regla formal se desprende que la igualdad de trato depende de que las personas afectadas estén incluidas en una misma categoría sustancial. Como decía Aristóteles, la justicia consiste en tratar igual a los iguales y desigual a los desiguales. De manera que la norma jurídica puede, sin violar el principio de igualdad, dar un trato distinto, en cuanto a sus derechos y obligaciones, a las personas que se encuentren en una situación objetivamente distinta. Lo relevante es que exista como justificación para ello una diferencia objetivamente relevante y significativa entre las situaciones o categorías, de manera que el trato distinto no pueda considerarse arbitrario.

Si aplicamos estas nociones al asunto que nos ocupa hoy, la proposición inicial diría algo así: las víctimas deben recibir el mismo trato de los poderes públicos (del Derecho Positivo) en tanto que víctimas de una violación injusta de sus derechos humanos en todo lo que componga su situación básica. Por ejemplo, las instituciones y las leyes deberán garantizar a todas las víctimas de un delito un idéntico derecho a la jurisdicción y a obtener una reparación del daño sufrido.

Lo contrario sería discriminatorio.

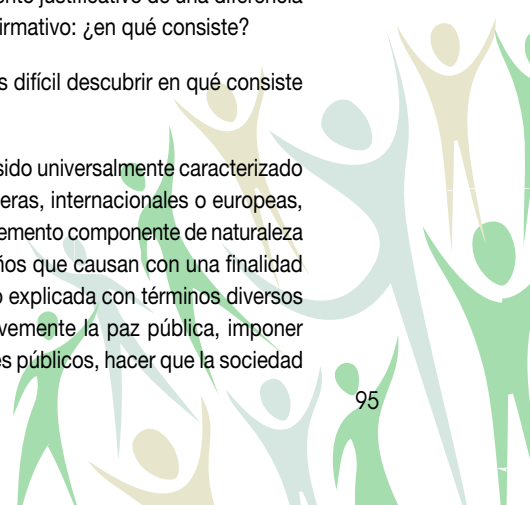
Ahora bien, sentado lo anterior, ¿es posible -es legítimo- que la norma jurídica establezca categorías distintas de víctimas y les otorgue un trato distinto precisamente en función de esa categorización? Lo hemos dicho: si existe una causa objetiva relevante, es legítimo.

Pues bien, esa causa objetiva relevante se encuentra, inevitablemente en nuestro caso, en el tipo de delito de que han sido sujetos pasivos las víctimas. Porque no se es víctima en abstracto, sino que se es víctima en concreto de un cierto tipo de delito. Sea un delito de asesinato o de violencia de género, de un delito de terrorismo o de un delito de violación, la naturaleza del delito es la que distingue a las víctimas y, en ciertos casos, proporciona al Derecho justificación bastante para establecer diferencias específicas de trato. Esto es algo que con toda naturalidad presenciamos de continuo en la actualidad: las víctimas de cierto tipo de delitos reciben más atención, más protección, más cuidado, que las de otros, y lo aceptamos como algo que, hasta cierto punto, deriva de la propia naturaleza de las cosas, de las particularidades de cada tipo de delito. La apreciación social de los valores atacados por según qué tipo de delito, la necesidad de prevenir más eficazmente determinadas conductas especialmente reprobadas, los costes económicos asociados a la reparación de cada tipo de daños, la función simbólica de la condena, etcétera, son todos ellos factores asociados a los tipos delictivos concretos que explican y justifican tratos parcialmente diversos de las víctimas de los delitos.

Vayamos entonces a nuestro caso concreto, que es el de la posible especialidad categorial del delito de terrorismo como elemento justificativo de una diferencia de trato a sus víctimas. ¿Existe? Y en caso afirmativo: ¿en qué consiste?

La respuesta es claramente afirmativa, y no es difícil descubrir en qué consiste la especialidad en cuestión.

En efecto, el delito de terrorismo, tal como ha sido universalmente caracterizado (tanto en las normas nacionales como extranjeras, internacionales o europeas, legales o jurisprudenciales), se integra por un elemento componente de naturaleza teleológica: el o los terroristas causan los daños que causan con una finalidad muy particular. Una finalidad que viene siendo explicada con términos diversos (subvertir el orden constitucional, alterar gravemente la paz pública, imponer una acción/inacción determinada a los poderes públicos, hacer que la sociedad





accepte determinadas concesiones, etcétera) que tienen todos en común la noción de que el terrorismo tiene como objetivo esencial el imponer su poder fáctico al orden democrático constitucional mediante actos dañinos concretos que buscan instaurar un estado generalizado de terror¹. Es decir, que por mucho que el bien jurídico inmediato afectado por el delito de terrorismo sea el de la vida, la integridad física o la dignidad de la víctima concreta, el bien jurídico en último término atacado por el terrorismo es la comunidad política democrática misma (la seguridad y el orden público).

Para el terrorismo, la víctima particular del daño tiene una “utilidad” puramente simbólica, como portadora de un mensaje cuyo destinatario es masivo, es la sociedad misma.

De este elemento teleológico que integra necesariamente el delito de terrorismo se desprenden dos consecuencias relevantes para el punto que examinamos ahora:

- La primera, la de que las víctimas del terrorismo son víctimas “vicarias” o “simbólicas”; es decir, que no son atacadas solo por su propia personalidad, sino también por su capacidad de convertirse en transmisoras del mensaje de terror a la sociedad. Expuesto en otros términos, son víctimas “en representación de la sociedad”, utilizadas por el terrorismo como simples medios para conseguir sus fines primordiales. No por su voluntad, claro está, sino por la del delincuente.
- La segunda consecuencia es la de que el terrorismo ataca directamente a la comunidad democrática misma; ella y no la víctima concreta es la destinataria del mensaje. En ese sentido, el terrorismo es un delito que afecta a la sociedad en una forma especial que no le afectan otros delitos: porque en su caso no se trata solo de una infracción singular de las leyes de la convivencia o de los derechos humanos de unas personas concretas, no; se trata ante todo y sobre todo de un ataque a la posibilidad misma de existencia de una comunidad jurídica.

1 Baste al efecto la cita de la Decisión Marco del Consejo 2002/475/JAI de 13 de junio de 2002 que define el delito de terrorismo caracterizando el fin perseguido por su autor como: “Intimidar gravemente a una población; obligar indebidamente a los poderes públicos o a una organización internacional a realizar un acto o abstenerse de hacerlo; o desestabilizar gravemente o destruir las estructuras fundamentales políticas, constitucionales, económicas o sociales de un país o de una organización internacional”. De esta definición deriva directamente la actualmente vigente en el art. 573 del Código Penal español (L.O. 10/2015 de 30 de marzo).

Pues bien, creo que estas dos características necesarias del delito de terrorismo justifican, sin necesidad de mayor desarrollo argumentativo, que la sociedad otorgue un trato distinto y particular (obviamente favorable) a las víctimas del delito de terrorismo. El trato distinto a su favor, si así se quiere contemplar, está justificado por una causa perfectamente objetivable y más que suficientemente provista de valor democrático. El mismo sentido de conservación de la sociedad democrática justifica (y creo que hasta exige) un trato especial para las víctimas de un delito que constituye ante todo un desafío y un atentado a la propia sociedad.

Por si la cuestión no está clara todavía, añadamos en este punto una observación complementaria: las víctimas de los excesos represivos que se han producido -no cabe desconocerlo- en la lucha contra el terrorismo etarra, por mucho que víctimas de violaciones de derechos humanos, no son “víctimas del terrorismo”. Sencillamente, porque en los delitos cometidos contra ellas no concurrió esa finalidad de subvertir el orden constitucional mediante la implantación de un terror social generalizado. No se trata de valorarlas más o menos, no se trata de atenuar o disminuir la repugnancia o el reproche ético y jurídico que merecen esos delitos, se trata simplemente de constatar un hecho objetivo: no son víctimas del terrorismo porque en ningún sentido propio puede hablarse del “terrorismo del GAL” o de “el terrorismo de Estado”, igual que no existe jurídicamente hablando el “terrorismo machista”. Y puesto que no son víctimas del terrorismo no están incluidas en la categoría que justifica un trato especial y distinto por el legislador.

Bien, tenemos una respuesta al asunto desde el plano del Derecho: la sociedad democrática puede perfectamente distinguir a las víctimas del terrorismo de las que no lo son en el trato jurídico otorgado por sus normas, siempre que respete la igualdad de derechos básicos de todas las víctimas.

Ahora bien, desde el plano de la norma positiva concreta, desde el “aquí y ahora” legal, ¿existe esa distinción?, ¿se ha plasmado legalmente?

La respuesta, una vez examinado el conjunto normativo de alcance nacional y de alcance autonómico promulgado en los últimos años, no es fácil. No es fácil porque las normas existentes son bastante imprecisas o imperfectas en sus categorizaciones de los sujetos a los que se dirigen, algo a lo que el Derecho español nos tiene acostumbrados desde hace tiempo: su baja calidad técnica. Pero el mayor obstáculo para la respuesta clara deriva, no tanto de imprecisiones técnicas, cuanto del hecho de que la divisoria de naturaleza política entre los “igualitarios” y los “distincionistas” se ha trasladado también al terreno legislativo.



Algo que, hasta cierto punto, era previsible que sucediera.

Sucede entonces que los textos legales contemporáneos se podrían agrupar en torno a los dos polos igualitario o distincionista:

a) El primero de estos polos vendría constituido por la Ley 29/2011 de 22 de septiembre de Reconocimiento y Protección Integral a las Víctimas del Terrorismo, cuyo art. 3 establece con nitidez que sus destinatarios son “quienes sufran la acción terrorista, definida esta como la llevada a cabo por personas integradas en organizaciones o grupos criminales que tengan por finalidad o por objeto subvertir el orden constitucional o alterar gravemente la paz pública”. Es decir, que recoge el llamado “elemento teleológico” como componente esencial del concepto mismo de víctimas del terrorismo², a las que por ello distingue de cualesquiera otras.

b) El polo opuesto, partidario encubierto de englobar en un trato común a todas las víctimas de la violencia conectadas de alguna forma con el terrorismo etarra, con independencia de que se tratase de víctimas del terrorismo o de víctimas de otros hechos vagamente considerados como “políticos”, viene constituido por la Ley 4/2008 de 3 de septiembre (Euskadi), cuyo ámbito protector incluye “a aquellas personas que sufran o hayan sufrido la acción terrorista o la acción de personas que, integradas en bandas o grupos armados, actuaran con la finalidad de alterar gravemente la paz y seguridad ciudadanas (...) o incluso cuando los responsables de esas acciones no estén formalmente integrados en grupos o bandas constituidas con tal fin pero tengan el mismo propósito”. Cierta vaguedad del texto sugiere una rebaja en la caracterización del elemento teleológico al desaparecer el ataque al orden constitucional como objetivo final del terror, y substituirse la “paz pública” por la “paz y seguridad ciudadanas”. Igualmente, al admitirse la posibilidad de la acción individual sin integración en organización o banda.

2 La anterior Ley 32/1999 de 8 de octubre de Solidaridad con las Víctimas del Terrorismo definía a sus destinatarios de manera más amplia, al incluir su art. 2 a “las víctimas de actos de terrorismo o de hechos perpetrados por persona o personas integradas en bandas o grupos armados o que actuaran con la finalidad de alterar gravemente la paz y seguridad ciudadanas”. La referencia a los hechos perpetrados por bandas o grupos armados (sin requisito finalista alguno) permitió incluir en su ámbito a víctimas del “Batallón Vasco-español” o del GAL.

En este mismo polo, el elemento finalista desaparece totalmente en la Ley 12/2016 de 28 de julio (Euskadi) que pretende otorgar un trato jurídico particular a “las víctimas de vulneraciones de derechos humanos en el contexto de la violencia de motivación política en la Comunidad Autónoma del País Vasco entre 1978 y 1999”, expresión borrosa que parece que se refiere a las víctimas de excesos policiales o represores del terrorismo. Y digo “parece” porque la categorización que hace el texto legal acerca de las víctimas a las que la ley atiende es marcadamente imprecisa.

Esta imprecisión categorial es el más acusado defecto del texto en cuestión, un defecto que hace imposible para el jurista determinar si el trato especial que la norma establece está justificado o no en razones objetivas y valiosas.

En efecto, el art. 2 de la Ley establece como categoría a la que ampara la de las “víctimas de vulneraciones de derechos humanos producidas en un contexto de violencia de motivación política”, pero no consigue precisar con mínima claridad qué se entiende por tales, puesto que su definición normativa es tautológica y autorreferente: art. 2.2º: “Se considera vulneración de derechos humanos producida en un contexto de violencia de motivación política aquella que se haya producido (...) a) en un contexto de violencia de motivación política y (...) b) que haya sido llevada a cabo en un contexto de actuación o actuaciones con fines de motivación política”³. La magia de las palabras, en este caso del término “contexto”, perfectamente desprovisto de sentido jurídico alguno⁴. Puesto en términos más claros: son víctimas de esta clase las que el órgano gubernamental encargado de aplicar la norma decida considerar como tales. La posible arbitrariedad nace de la insuficiente caracterización legal del destinatario del trato especial.

3 No mejor juicio merece la delimitación que pretende hacer el texto legal en referencia a los requisitos sobre la autoría de las violaciones. En efecto, el mismo art. 2. 2º b) establece que para ser incluida en la protección de la norma es necesario que en la violación de derechos “hubiera podido participar o bien personal funcionario público en el ejercicio de sus funciones o fuera del ejercicio de sus funciones, o bien particulares que actuaban en grupo, o de forma aislada, individual e incontrolada”. La lista incluye al final a cualquier autor humano posible y solo deja fuera a los seres extraterrestres, lo que demuestra su incapacidad categorizadora.

4 El Derecho conoce y trabaja con conceptos perfilados por siglos de dogmática tales como “acción”, “causa”, “móvil” o “finalidad”, entre los cuales no aparece el de “contexto”. Intentar caracterizar la acción humana por el contexto en que ocurre puede tener sentido literario o antropológico, pero no funciona en Derecho.



Por otro lado, no se atisban con nitidez las razones por las que las víctimas de violaciones de derechos humanos en ese contexto político al que se alude debieran merecer un trato distinto de las víctimas de violaciones de derechos humanos fuera de ese contexto. Por ejemplo, parece que un delito de tortura o malos tratos a un detenido policial recibiría distinta consideración legal según el contexto político o no de la motivación de los delincuentes. ¿Por qué razón?

No es de extrañar que, ante tal cúmulo de imprecisión y ausencia de justificación normativas, se estén produciendo casos sorprendentes, como la inclusión de personas muertas en situaciones que ni de lejos guardan relación con ETA o las acciones antiterroristas.



ENRIQUE ECHEBURÚA

Es Catedrático de Psicología Clínica en la Universidad del País Vasco y miembro de la Academia Vasca de las Ciencias, las Artes y las Letras (*Jakiunde*). Miembro fundador del Instituto Vasco de Criminología. Asimismo, ha formado parte, desde su constitución, del Consejo Asesor del Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia. Ha sido profesor invitado en las universidades de Calgary y Québec (Canadá).

Autor de treinta y dos libros (entre ellos, *Personalidades violentas*, 1994; *Manual de violencia familiar*, 1998; *Abuso sexual en la infancia*, 2000; *Celos en la pareja*, 2001; *Abuso de alcohol*, 2001; *Vivir sin violencia*, 2002; *Superar un trauma*, 2004; *Manual de victimología*, 2006; *Predicción del riesgo de homicidio y de violencia grave en la relación de pareja*, 2009; o *¿Por qué víctima es femenino y agresor masculino?*, 2010) y de más de cuatrocientos trabajos en libros y revistas científicas. Sus líneas actuales de investigación se centran en el trastorno de estrés postraumático, la violencia familiar y el juego patológico, así como en los trastornos de personalidad y la psicología clínica forense. Es asimismo codirector de la *Revista de Victimología/Journal of Victimology*.



Introducción

Una víctima de terrorismo es un ser humano que sufre un malestar emocional (resultado, a su vez, de una pérdida humana, de un daño físico o psicológico irreversible, de unas amenazas o de un atentado a sus propiedades) como consecuencia de una conducta violenta generada por supuestos móviles políticos. A diferencia de otro tipo de víctimas (de accidentes, de desastres naturales, de errores médicos, etcétera), se trata de un daño intencionado provocado por otro ser humano. Este carácter de intencionalidad contribuye a agravar el daño psicológico sufrido por la víctima y a restringir su calidad de vida (Rojas Marcos, 2002).

Hay, fundamentalmente, tres tipos de víctimas de terrorismo:

- a) Víctimas escogidas por sus verdugos por su responsabilidad profesional (policías, militares, jueces, políticos no nacionalistas, etcétera).
- b) Víctimas escogidas por sus verdugos por su responsabilidad moral y política (intelectuales, periodistas, profesores, etcétera).
- c) Víctimas escogidas por sus verdugos arbitrariamente para demostrar que nadie está a salvo del terror.

Un atentado terrorista puede compararse a una piedra arrojada en un estanque. Así, origina ondas que no solo afectan a las víctimas propiamente dichas, sino también a aquellas personas que están cerca de ellas. La onda expansiva actúa en círculos concéntricos. En el primer círculo se encuentran las víctimas directas, afectadas por la amenaza a la propia vida, una lesión física o psíquica grave y la percepción del daño como intencionado. El segundo círculo está constituido por los familiares, que tienen que afrontar la pérdida o el dolor de sus seres queridos y readaptarse a la nueva situación. Y puede haber un tercer círculo, correspondiente a los compañeros de trabajo, a los vecinos o, en general, a los miembros de la comunidad, que pueden quedar afectados por el temor y la indefensión ante acontecimientos futuros (Echeburúa, 2007).

Junto a la victimización *primaria*, derivada directamente del hecho violento, puede existir la victimización *secundaria*, ligada a la relación posterior existente entre la víctima y el sistema jurídico-penal o un apoyo institucional o social (indemnización económica, asistencia psicológica, apoyo psicoeducativo a los hijos, afrontas

a las víctimas, etcétera) defectuoso. Es decir, el maltrato institucional puede contribuir a agravar el daño psicológico de la víctima o a cronificar las secuelas psicopatológicas.

Las víctimas deben aspirar a dejar de serlo. El componente *objetivo* de una víctima (el daño sufrido o la pérdida experimentada) es, como resulta obvio, para siempre, pero el componente *subjetivo* (es decir, las reacciones emocionales negativas) puede y debe desaparecer con un tratamiento psicológico adecuado (en los casos necesarios), con el apoyo familiar y con el respaldo social. En este último sentido la responsabilidad actual de la sociedad es evitar la victimización secundaria de las víctimas y contribuir con las medidas adecuadas a diluir el componente subjetivo de las víctimas. Las víctimas, a su vez, tienen la obligación de no confundir el papel de víctimas con el victimismo porque, al margen de la degradación moral de su condición de víctima, agrava su recuperación psicológica e impide el restablecimiento progresivo de su vida cotidiana para reconstruir sus vidas e implicarse en un proyecto de vida enriquecedor (Baca y Cabanas, 2003).

1. Daño psicológico en las víctimas de terrorismo

Las acciones terroristas generan terror e indefensión en la víctima, ponen en peligro su integridad física o psicológica al quebrar su sentimiento de seguridad y la dejan en tal situación emocional que puede volverse incapaz para afrontar la realidad con sus recursos psicológicos habituales.

Más allá de las reacciones inmediatas -malestar emocional, aislamiento, pérdida de apetito, insomnio, etcétera-, que tienden a remitir a las pocas semanas, las víctimas pueden experimentar síntomas de ansiedad y de depresión, con una pérdida de autoestima y una cierta desconfianza en las demás personas y en los recursos propios para encauzar su vida futura. Los sentimientos de culpa existentes derivan de la atribución sesgada de lo ocurrido a los errores cometidos por la víctima, de la omisión de las conductas adecuadas (por ejemplo, no haber ayudado lo suficiente a otras víctimas) e incluso del hecho de sobrevivir entre tanta desgracia (la *culpa del superviviente*). Esta autoinculpación puede dañar seriamente la autoestima de los pacientes y dificultar la readaptación emocional posterior (Echeburúa, 2004).

Más a medio y largo plazo pueden aparecer, si bien no en todos los casos, ciertos trastornos de conducta, como irritabilidad, dependencia emocional excesiva, actitudes victimistas, pasividad, etcétera, e incluso una mayor tendencia a la



introversión y al embotamiento afectivo, que pueden enturbiar las relaciones familiares. La irritabilidad es resultado de una baja tolerancia a la frustración ante los contratiempos cotidianos (los problemas con los hijos, el apoyo insuficiente de las autoridades, la incomprensión de la sociedad, etcétera) y puede traducirse en reacciones agresivas, normalmente dirigidas a los familiares (a quienes tiene más próximos y cuentan con una mayor capacidad de aguante) o hacia sí mismos (en forma de ideas de suicidio, de abuso de alcohol o incluso de adopción de conductas de riesgo) (Baca y Cabanas, 2003).

Las repercusiones emocionales de un acto terrorista requieren ser evaluadas también en las *víctimas indirectas*, que son las personas que, sin estar directamente concernidas por el atentado, sufren por las consecuencias del mismo. Es el caso, por ejemplo, de la pareja o de los hijos que se ven obligados bruscamente a readaptarse a una nueva vida tras el asesinato de su padre en una acción terrorista.

El daño psicológico se refiere, por un lado, a las *lesiones psíquicas* agudas producidas por un delito violento, que, en algunos casos, pueden remitir con el paso del tiempo, el apoyo social o un tratamiento psicológico adecuado; y, por otro, a las *secuelas emocionales* que persisten en algunas personas de forma crónica como consecuencia del suceso sufrido y que interfieren negativamente en su vida cotidiana (Esbec, 2000) (tabla 1).

TABLA 1
DAÑO PSÍQUICO EN VÍCTIMAS DE DELITOS VIOLENTOS
(Esbec, 2000, modificado)

- Sentimientos negativos: humillación, vergüenza, culpa o ira.
- Ansiedad.
- Preocupación constante por el trauma, con tendencia a revivir el suceso.
- Depresión.
- Pérdida progresiva de confianza personal como consecuencia de los sentimientos de indefensión y de desesperanza experimentados.
- Disminución de la autoestima.
- Pérdida del interés y de la concentración en actividades anteriormente gratificantes.
- Cambios en el sistema de valores, especialmente la confianza en los demás y la creencia en un mundo justo.
- Hostilidad, agresividad, abuso de alcohol y de drogas.
- Modificación de las relaciones (dependencia emocional, aislamiento).
- Aumento de la vulnerabilidad, con temor a vivir en un mundo peligroso, y pérdida de control sobre la propia vida.
- Cambio drástico en el estilo de vida, con miedo a acudir a los lugares de costumbre; necesidad apremiante de trasladarse de domicilio.
- Alteraciones en el ritmo y el contenido del sueño.
- Disfunción sexual.

El daño generado suele ser mayor cuando hay una victimización secundaria (una actuación inadecuada del sistema judicial o una falta de apoyo institucional o social) y cuando las consecuencias del hecho violento son múltiples, como ocurre, por ejemplo, en el caso de un atentado con secuelas físicas, en donde una persona se ve obligada a abandonar su trabajo anterior o sus aficiones habituales, o en el de un secuestro finalizado con el pago de un cuantioso rescate por parte de la familia de la víctima (Echeburúa, Corral y Amor, 2002 y 2004).

Objetivamente una víctima va a serlo para siempre. Pero por lo que se refiere al componente subjetivo (el malestar emocional), que es el que resulta más significativo psicológicamente, las víctimas deben dejar de ser víctimas lo antes posible, como el depresivo o el cardíopata deben dejar de serlo. La identidad de víctima a perpetuidad es contraproducente porque prolonga su duelo y le impide comenzar un nuevo capítulo de su vida.



En este sentido hay que combatir ciertos sentimientos irracionales en las víctimas, como la construcción del enemigo o la perpetuación como víctimas. El enquistamiento de una persona como víctima supone un pesado lastre que la debilita y la estanca en el ayer doloroso, manteniéndola esclava del miedo, del rencor y del ajuste de cuentas. De lo que se trata, en definitiva, es de que la víctima comience de nuevo a *vivir* y no meramente se resigne a *sobrevivir* (cfr. Baca y Cabanas, 2003).

2. ¿Cuándo una víctima de terrorismo requiere tratamiento psicológico/médico?

Los sucesos traumáticos desbordan, con frecuencia, la capacidad de respuesta de una persona, que se siente sobrepasada para hacer frente a las situaciones cotidianas. La frecuente aparición de emociones negativas, como el odio, el rencor o la sed de venganza, puede complicar aún más el panorama. Como consecuencia de ello, la persona, incapaz de adaptarse a la nueva situación, puede sentirse indefensa, perder la esperanza en el futuro y encontrarse paralizada para emprender nuevas iniciativas y, en definitiva, para gobernar con éxito su propia vida (Navarrete, 1998).

Sin embargo, hay personas que han sufrido un atentado y que no necesitan un tratamiento psicológico o farmacológico. El equilibrio psicológico previo, el transcurso del tiempo, la atención prestada a los requerimientos de la vida cotidiana y el apoyo familiar y social contribuyen muchas veces a digerir el trauma. De este modo, estas personas, aun con sus altibajos emocionales y con sus recuerdos dolorosos, son capaces de trabajar, de relacionarse con otras personas, de disfrutar de la vida diaria y de implicarse en nuevos proyectos.

Por el contrario, otras personas se encuentran atrapadas por el suceso sufrido, no recuperan sus constantes biológicas en relación con el sueño y el apetito, viven atormentadas con un sufrimiento constante, tienen dificultades para controlar sus emociones y sus pensamientos, se aíslan socialmente y se muestran incapaces de hacer frente a las exigencias de la vida cotidiana, adoptando a veces conductas contraproducentes (beber en exceso, comer más o menos de la cuenta, automedicarse, etcétera). Son estas personas las que, al sentirse desbordadas por el trauma, requieren una ayuda específica psicológica y, en algunos casos, también farmacológica (Echeburúa y Corral, 2005).

Entre estas personas necesitadas de ayuda se encuentran especialmente aquellas que cuentan con antecedentes psicopatológicos, que han sufrido secuelas graves tras un atentado terrorista, que se sienten solas, que tienen hijos pequeños a su cargo, que quedan en unas condiciones económicas precarias o que son inmigrantes en una situación irregular o inestable (Echeburúa, Corral y Amor, 2005).

3. Fases del tratamiento

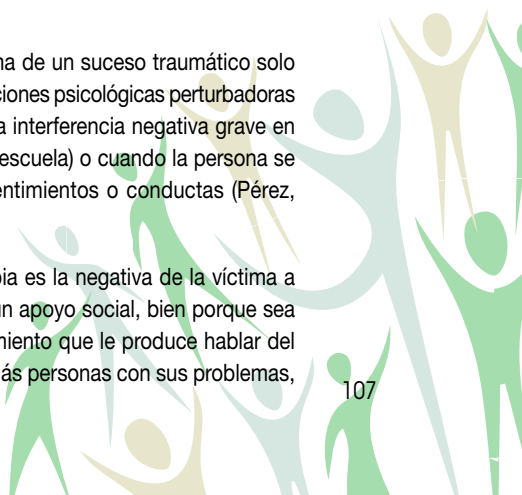
a) Intervención en crisis inmediata

En los días posteriores al suceso traumático las víctimas pueden beneficiarse de una intervención psicológica temprana, que puede ser proporcionada en las Oficinas de Atención a la Víctima. Se debe prestar atención a los siguientes aspectos: a) evaluación inicial del daño psicológico, de las variables facilitadoras del trauma (factores predisponentes, precipitantes y mantenedores), del grado de resistencia al estrés y de las estrategias de afrontamiento; b) intervención en crisis que permita hacer frente a los síntomas más inmediatos y establecer unas medidas de higiene psicológica, basadas en la regularización de la comida y del sueño, en la recuperación de las rutinas de la vida cotidiana y en la expresión compartida de los sentimientos experimentados con amigos y familiares; y c) derivación a aquellas víctimas que muestren una mayor vulnerabilidad a padecer una cronificación de los síntomas del trastorno de estrés postraumático, o de otros cuadros clínicos, a programas terapéuticos más especializados, como los ofrecidos por los Centros de Salud Mental. De este modo, se puede prevenir, al menos en muchos casos, la aparición o cronificación de trastornos psicológicos (Robles y Medina, 2003).

b) Tratamiento psicológico posterior

Más allá de la asistencia inmediata, una víctima de un suceso traumático solo debe buscar ayuda terapéutica cuando las reacciones psicológicas perturbadoras duran más de 4 a 6 semanas, cuando hay una interferencia negativa grave en el funcionamiento cotidiano (familia, trabajo o escuela) o cuando la persona se siente desbordada por sus pensamientos, sentimientos o conductas (Pérez, García y Sainz, 2002).

Otra indicación de la conveniencia de la terapia es la negativa de la víctima a hablar con nadie del trauma y la carencia de un apoyo social, bien porque sea ella misma la que se aísla (para evitar el sufrimiento que le produce hablar del suceso traumático, para no molestar a las demás personas con sus problemas,





porque su estado anímico se encuentra bajo mínimos, etcétera), o bien porque las personas de su entorno la eviten. En estos casos se corre el riesgo de un aislamiento emocional (relaciones íntimas) y social (red social de apoyo).

Sin embargo, muchas personas necesitadas de terapia pueden mostrarse reacias a buscar ayuda profesional. En cierto modo, recurrir a un tratamiento puede suponer para la persona afectada reconocer una cierta *debilidad* personal. El cambio brusco de una situación de normalidad habitual a ser víctima de un suceso traumático puede dificultar, paradójicamente, la búsqueda de ayuda terapéutica, que, en cierto modo, supone el reconocimiento de la incapacidad por sí misma para superar unas circunstancias difíciles (Baca y Cabanas, 2003).

4. Conductas facilitadoras y emociones obstaculizadoras en la recuperación de la víctima

Hay algunas emociones que facilitan la transición del revivir al recordar y otras, sin embargo, que la obstaculizan. Así, por ejemplo, el perdón al agresor es un acto de generosidad de la víctima y supone la cancelación voluntaria de una deuda. Perdonar no es olvidar, y mucho menos aceptar la conducta o actitud del otro: es, sobre todo, librarse del dolor. Otorgar el perdón es más fácil cuando el ofensor muestra arrepentimiento y presenta disculpas sinceras por el mal generado. Perdonar es colaborar conscientemente a que la herida se cicatrice, sin cerrar la herida en falso, y luego aprender a vivir con esa cicatriz. Nada puede modificar el pasado, pero el perdón puede cambiar el futuro. La memoria sin ira, sin afanes vengativos, proyecta una luz hacia el porvenir (Beristáin, 2004; Kalayjian y Paloutzian, 2009).

Implicarse en nuevas experiencias y en proyectos ilusionantes (es decir, diseñar el presente y el futuro) facilita el olvido de los recuerdos dolorosos porque las nuevas experiencias debilitan a las antiguas. No se trata de un *olvido pasivo* o *amnésico*, sino de un *olvido activo*, que olvida la deuda pero no los hechos, que no destapa la revancha sino que entierra aquella situación desde el reconocimiento expreso de su existencia. Por eso, una cosa es recordar y otra muy distinta vivir en el rencor de la amargura. Gracias al olvido -y al olvido de que se ha olvidado- se pueden pasar por alto numerosas amenazas y agresiones a la identidad personal (Villa, 2004).

Por el contrario, hay algunas emociones que interfieren en el proceso de recuperación de las víctimas. En el corazón del ser humano anida una tendencia

natural a la venganza, que está basada en la memoria (el recuerdo de la agresión o de la afrenta), cuando se siente agraviado y humillado. Toda víctima, por el mero hecho de serlo, siente un deseo de venganza y no puede evitar el sentirlo. No se debe a una víctima impedir expresar su deseo de venganza. Los sentimientos de venganza son tan psicológicamente necesarios como socialmente inadmisibles. La venganza está excluida de la civilización, pero no está excluida de los corazones de las víctimas.

En último término, el odio o la venganza son un mecanismo adaptativo negativo, sobre todo cuando no son fruto de una mera reacción inicial, sino que se mantienen en el tiempo. La mordedura de la serpiente no mata; lo que mata es el veneno (odio) que deja dentro. Los odios se aprenden tempranamente y pueden transmitirse incluso de generación en generación. Es más, el círculo diabólico del odio y de la venganza puede llegar a implicar la venganza de sangre, que se puede transmitir generacionalmente, como ha ocurrido entre gitanos o entre familias en los pueblos rurales.

La renuncia al deseo de venganza es una obligación social inevitable en una sociedad civilizada, pero la negación social de su necesidad psicológica es una segunda agresión. No hay víctima que no quede desgarrada por el conflicto entre la necesidad psicológica de la venganza directa y el imperativo social de resignarse a la justicia (Mullet, 2012; Worthington, 2005).

5. Función psicológica del perdón en las víctimas

El perdón, y la reconciliación que este puede facilitar, son ingredientes fundamentales de la vida en grupo y de la vida social en general. No se puede cambiar lo que nos ha ocurrido en la vida, pero sí se puede modificar nuestra mirada y nuestra actitud hacia esos mismos sucesos para reinterpretar su significado de una forma más positiva.

Sin embargo, cuando se culpa a los demás por lo que nos ha sucedido y se les responsabiliza de nuestro sufrimiento, se puede caer en las garras del rencor. El odio o el rencor son, de hecho, un motor para la acción humana, pero tienen un efecto destructor porque le impiden a la víctima implicarse en proyectos positivos. El odio enquistado al agresor (el rencor) absorbe la atención, encadena al pasado, impide cicatrizar la herida y, en último término, dificulta la alegría de vivir. El odio es un sentimiento negativo que solo hace daño a quien lo siente, se vuelve contra uno mismo y puede llegar a generar culpa y autodesprecio; a los ofensores no



les alcanza nada de ese rencor. El odio supone un reconocimiento doloroso de la impotencia ante la persona odiada. El desprecio alivia con frecuencia, pero no consuela nunca. Estar anclado en el resentimiento produce una insatisfacción con la vida y un empobrecimiento de la vida personal y, en algunos casos, puede intensificar los síntomas de depresión y ansiedad preexistentes.

Por el contrario, el perdón puede tener unos efectos psicológicos positivos: no vivir atormentado, sacudirse el yugo del pasado, mejorar la salud (por ejemplo, dormir mejor, estar más relajado, consumir menos fármacos), reconciliarse consigo mismo y recuperar la paz interior. En cierto modo, perdonar no es hacer ningún favor a nadie, sino hacérselo a uno mismo. Perdonar es sinónimo de liberación. La persona que perdona experimenta una disminución del grado de resentimiento frente al otro. De este modo, sus comportamientos frente a la persona ofensora se vuelven menos negativos y sus actitudes menos distantes o menos agresivas. Sin perdón no hay presente ni futuro; solo un pasado que clama desagravio y que genera resentimiento o ira contenida. De este modo, deshacerse del rencor contribuye a deshacerse de una carga que puede resultar insoportable. La memoria sin ira, sin afanes vengativos, no abre, sino que cierra las heridas.

Además, el perdón es una carretera de doble sentido: siempre que perdonamos a alguien también nos estamos perdonando a nosotros mismos. Si somos tolerantes con los otros, nos resulta más fácil aceptar los propios errores.

A un nivel filogenético, la tendencia humana a perdonar es una cualidad genética favorecida por la fuerza evolutiva de la selección natural, porque permite a los miembros de nuestra especie hacer las paces con el ayer, reponerse y perpetuarse (Enright y Fitzgibbons, 2000).

6. Superación del trauma

Una primera señal de recuperación básica es que la persona recobre las constantes biológicas en relación con el sueño y el apetito. Asimismo, un indicador positivo del proceso de mejoría de la víctima es cuando se recupera la expresión verbal de los sentimientos y se pone orden en el caos de las imágenes y recuerdos del suceso traumático. A veces, y más allá de las palabras, la reaparición de expresiones de afecto gestuales, como sonrisas, o físicas, como abrazos o besos, es una señal de recuperación.

La sociedad debe prestar atención a las necesidades de las víctimas: verdad, justicia y reparación. No hay mañana sin ayer ni un proyecto de futuro válido

sin memoria histórica de lo ocurrido con las víctimas. El olvido no significa reconciliación, ni la memoria significa necesariamente venganza. La convivencia no es amnesia del pasado, sino lectura crítica del mismo. Hay un *deber de memoria*. Como decía Aristóteles en la *Ética a Nicómaco*, el deber de memoria es el deber de hacer justicia, mediante el recuerdo, a la persona que ha sido objeto de injusticia. Las víctimas deben recibir una reparación moral y obtener una indemnización económica justa. Pero lo más importante es restablecer la dignidad y la memoria de la persona afrentada.

Las personas no son marionetas en manos de sus recuerdos y deben aprender a modular emocionalmente los recuerdos. Las vivencias dramáticas insufribles pueden tiranizar a una persona, pero también pueden transformarse en recuerdos dolorosos tolerables que forman parte de su biografía, sin que interfieran negativamente en su vida cotidiana actual y futura. Es decir, se trata de convertir un *pasado traumático* en un *pasado biográfico*, de modo que las víctimas no queden atrapadas en el túnel del tiempo (Echeburúa, 2004).

Perdonar puede ser la única posibilidad que posee el ser humano para modificar el pasado, para cambiar un hecho ya inmodificable. La fuerza del perdón permite romper con la irreversibilidad de lo ya sucedido y reconstruir con los escombros un nuevo edificio (Beristáin, 2004; Echeburúa, 2004).

Sin embargo, cuando la ofensa reviste el carácter de un delito, en el Estado de derecho hay una sustracción de la venganza al ofendido y una apropiación por el sistema judicial (el castigo y la pena). El Estado impone y ejercita el castigo con mayor racionalidad y objetividad que las que son exigibles a quienes han padecido directamente el delito. Esto no quiere decir que se eliminen los sentimientos de venganza. La renuncia al deseo de venganza es una inevitable obligación social, pero la negación social de su necesidad psicológica puede convertirse en una segunda agresión. No hay víctima que no quede desgarrada por el conflicto entre la necesidad psicológica de la venganza directa y el imperativo social de resignarse a la justicia.

En definitiva, un trauma se supera cuando la persona, aun con dolor, es capaz de integrar el suceso traumático como algo pasado que forma parte de su historia personal, sin la presencia excesiva de emociones negativas (como odio, rabia o impotencia); es capaz de vivir con normalidad el día a día y utiliza unas estrategias de afrontamiento positivas (Trujillo, 2002).



En resumen, la superación del trauma sigue una secuencia peculiar. Concretamente, un primer paso es aceptar la realidad de la pérdida. La experiencia compartida del dolor y de la pena es un segundo paso para la superación del duelo. Un tercer paso es proceder a la reorganización del sistema familiar asumiendo la nueva situación. Y un cuarto paso es establecer nuevas relaciones y metas en la vida, lo cual no es siempre fácil por el sentimiento de lealtad al fallecido y por el temor a nuevas pérdidas. En ocasiones, la resignación y el consuelo religioso, así como el apoyo emocional de otros seres queridos (familiares, amigos, etcétera), contribuyen a acelerar este proceso de recuperación (Echeburúa y Corral, 2008).

No es función de las víctimas, en su condición de tales, participar ni en la política legislativa ni en la política criminal ni en la política penitenciaria. Sin embargo, las víctimas tienen una obligación moral de dar testimonio de memoria de lo que ocurrió para que no vuelva a suceder. Por eso, hay que avanzar en curar las heridas del pasado a través de más justicia, más verdad y más reparación. No se puede mancillar la memoria de las víctimas, que deben dar fe de la deslegitimación social, moral y política del terrorismo, y levantar acta de que no hubo, ni hay, ni habrá justificación para el asesinato de nadie. La reinserción de los terroristas siempre debe ser individual y no colectiva, activa por parte del afectado y no pasiva o impuesta, y debe tener como ingrediente imprescindible el reconocimiento del daño infligido por parte del agresor. El fin reinsertador también exige una serie de obligaciones que impone la Justicia y que después de la excarcelación pueden incluir, por ejemplo, la reparación económica hacia la víctima y en su caso el alejamiento de la misma (Íñigo, Caballero, Echeburúa y Herraiz, 2008).

7. Conclusiones

Como hemos dicho, el trauma se supera al ser integrado en la biografía personal, al ser capaz de ser asumido en la vida diaria (Trujillo, 2002).

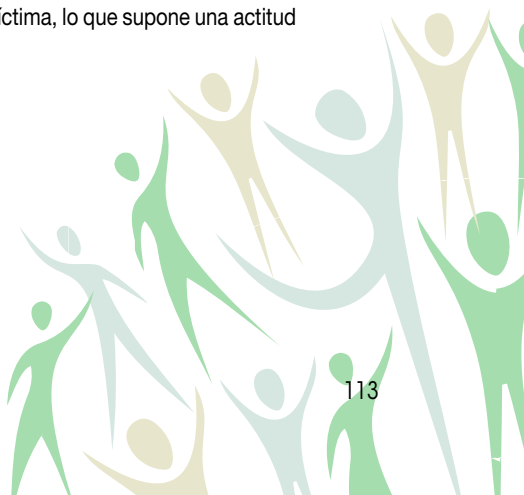
En general, el factor más problemático para la recuperación de la víctima es la inestabilidad emocional anterior al suceso. Además, cuando ocurre un atentado, el riesgo más alto de sufrir una cronificación de los síntomas es cuando las víctimas muestran respuestas de embotamiento afectivo (*anestesia emocional*). Aunque las conductas de sobresalto y de hiperactivación pueden ser las más espectaculares en los primeros momentos, lo peor que le puede suceder a una persona afectada por un suceso de este tipo es que se cierre en sí misma y se vuelva como un *zombi*, es decir, que pierda su capacidad de atender y responder

emocionalmente a su entorno habitual. Son asimismo indicadores negativos de recuperación del trauma el haber sido hospitalizado por heridas relacionadas con el suceso traumático y el haber padecido un trastorno ansioso-depresivo grave, así como haber sido victimizado anteriormente y haber mostrado una mala capacidad de adaptación a diferentes situaciones estresantes en la vida anterior (Echeburúa, 2012).

Pero, en general, la evolución de la recuperación depende de las estrategias de afrontamiento utilizadas para superar el trauma. En concreto, el pronóstico es más sombrío cuando la víctima, en lugar de encarar el problema adecuadamente, adopta estrategias de afrontamiento negativas (como beber alcohol en exceso, automedicarse con tranquilizantes o volcarse en el trabajo de una forma compulsiva), mantiene una baja laboral indefinida, se implica en una serie de reclamaciones judiciales sin fin, se refugia en el pasado o alienta sentimientos de venganza. Otras veces la evolución negativa depende de la presencia de sentimientos intensos de odio o de venganza, de la aparición de circunstancias vitales adversas (divorcio, pérdida de empleo, etcétera) o de la persistencia de secuelas físicas que le impiden retomar la vida anterior (Medina, 2015).

Un reto de futuro es detectar a las personas realmente necesitadas de tratamiento, establecer programas eficaces protocolizados de intervención para víctimas de terrorismo e integrar los recursos terapéuticos existentes (Centros de Salud Mental, Asociaciones de Víctimas, asistencia privada, etcétera).

Un tratamiento psicológico requiere el establecimiento de una relación de empatía, de confianza básica, entre el paciente y el terapeuta, porque de lo que se trata es de recuperar la seguridad perdida. Por ello, hay que ser cálido y especialmente respetuoso con el sistema de creencias de la víctima, lo que supone una actitud de neutralidad por parte del terapeuta.





Referencias bibliográficas:

BACA, E. y CABANAS, M. L. (eds.) (2003). *Las víctimas de la violencia. Estudios psicopatológicos*, Madrid: Triacastela.

BERISTÁIN, A. (2004), "Las víctimas y el perdón...: hacia la superación del trauma", en E. Echeburúa, *Superar un trauma. Tratamiento de las víctimas de sucesos violentos*, Madrid: Pirámide, pp. 191-199.

ECHEBURÚA, E. (2004). *Superar un trauma. Tratamiento de las víctimas de delitos violentos*, Madrid: Pirámide.

— (2007), "Víctimas del terrorismo: del trauma a la superación", en C. Cuesta y R. Alonso (eds.), *Las víctimas del terrorismo en el discurso político*, Madrid: Dilex, pp. 197-212.

— (2012), "Intervención con víctimas de terrorismo", en A. Sainz y L. Nomen (eds.), *Tratando... situaciones de emergencia*, Madrid: Pirámide, pp. 223-232.

ECHEBURÚA, E. y CORRAL, P. (2005), "Tratamiento psicológico del trastorno de estrés postraumático en una víctima de terrorismo", en J. P. Espada, J. Olivares y F. X. Méndez (eds.), *Terapia psicológica: casos prácticos*, Madrid: Pirámide, pp. 159-178.

— (2008), "Superación del duelo en víctimas de delitos violentos", en L. Nomen (ed.), *Tratando el proceso de duelo y de morir*, Madrid: Pirámide, pp. 239-254.

ECHEBURÚA, E., CORRAL, P. J. y AMOR, P. J. (2002), "Evaluación del daño psicológico en las víctimas de delitos violentos", *Psicothema*, 14 (supl.), pp. 139-146.

— (2004), "Nuevos enfoques terapéuticos del trastorno de estrés postraumático en las víctimas de terrorismo", *Clínica y Salud*, 15, pp. 273-292.

— (2005), "Terrorismo y trastorno de estrés postraumático: psicopatología y tratamiento", en A. Blanco, R. del Águila y J. M. Sabucedo (eds.), *Madrid 11-M. Un análisis del mal y sus consecuencias*, Madrid: Trotta, pp. 257-279.

ESBEC, E. (2000), "Evaluación psicológica de la víctima", en E. Esbec y G. Gómez-Jarabo, *Psicología forense y tratamiento jurídico-legal de la discapacidad*, Madrid: Edisófer.

ÍÑIGO, E., CABALLERO, J., ECHEBURÚA, E. y HERRÁIZ, R. (2008), "Víctimas y terrorismo", en M. Vázquez de Prada (ed.), *Terrorismo y magnicidio en la historia*, Pamplona: Eunsa, pp. 319-350.

KALAYJIAN, A. y PALOUTZIAN, R. F. (2009). *Forgiveness and reconciliation: Psychological pathways for conflict transformation and peace building*, New York: Springer.

MEDINA, J. L. (2015). *Trauma psíquico*, Madrid: Paraninfo.

MULLET, E. (2012), "Perdón y terapia", en F. J. Labrador y M. Crespo (eds.), *Psicología clínica basada en la evidencia*, Madrid: Pirámide, pp. 132-152.

NAVARRETE, M. (1998), "Trastorno de estrés postraumático en las víctimas de terrorismo en España", *Revista Española de Psiquiatría Forense, Psicología Forense y Criminología*, 5, pp. 29-34.

PÉREZ, K., GARCÍA, L. y SAINZ, A. (2002). *Guía de atención psicológica a las víctimas del terrorismo. Manual de autoayuda psicológica*, Bilbao: Asociación para la Defensa de la Dignidad Humana.

ROBLES, J. I. y MEDINA, J. L. (2003). *Intervención psicológica en las catástrofes*, Madrid: Síntesis.

ROJAS MARCOS, L. (2002), *Más allá del 11 de septiembre. La superación del trauma*, Madrid: Espasa Calpe.

TRUJILLO, M. (2002), *Psicología para después de una crisis*, Madrid: Aguilar.

VILLA, I. (2004), *Saber que se puede. Recuerdos y reflexiones de una víctima de terrorismo*, Barcelona: Martínez Roca.

WORTHINGTON, E. L. (ed.) (2005), *Handbook of forgiveness*, Londres-Nueva York: Routledge.

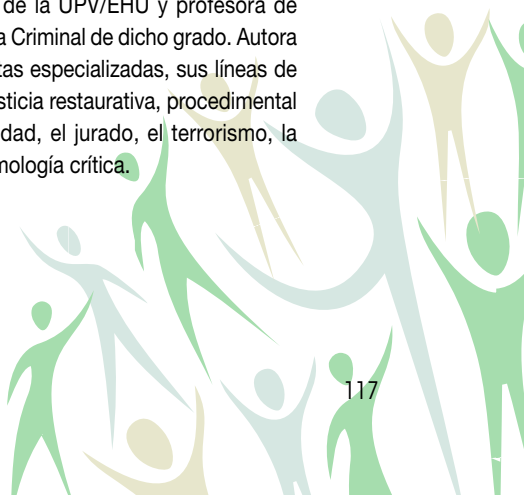




GEMA VARONA MARTÍNEZ

Es doctora investigadora permanente en el Instituto Vasco de Criminología/ Kriminologiaren Euskal Institutua (UPV/EHU). Doctora en Derecho, Diplomada en Criminología y Master en Sociología Jurídica. Ha recibido, entre otros, el Premio extraordinario de Doctorado, el Primer Premio del I Congreso de Estudiantes de Derecho Penal de la Universidad de Barcelona y el Premio *Junior Scholar* de la Sociedad Internacional de Criminología.

Es coordinadora del Grado de Criminología de la UPV/EHU y profesora de Política Criminal, Victimología y Fenomenología Criminal de dicho grado. Autora de monografías, capítulos y artículos en revistas especializadas, sus líneas de investigación son los derechos humanos, la justicia restaurativa, procedimental y terapéutica, las políticas locales de seguridad, el jurado, el terrorismo, la interdisciplinariedad en Criminología y la Victimología crítica.





Muchísimas gracias a mis compañeros de mesa por esta oportunidad de compartir y debatir nuestras ideas. Muchísimas gracias a los asistentes. Voy a intentar ser breve porque me parece que se están discutiendo cuestiones muy relevantes y complejas, por lo que el debate puede ayudar a clarificarlas, aprovechando la riqueza y diversidad de nuestro público. También debo agradecer a la Fundación Fernando Buesa su invitación porque me he beneficiado en muchas ocasiones de sus magníficas publicaciones, en un tema que ahora se aborda más, al contrario de lo que sucedía hace unos años. En particular, quiero agradecer a Eduardo Mateo su trabajo para colaborar con el IVAC/KREI cuando hemos tenido la posibilidad de solicitar proyectos europeos en relación con las prácticas de memoria. Finalmente, me gustaría referirme a algo que puede parecer anecdótico, pero que recuerdo con muchísimo cariño. Mis becas de investigación predoctoral venían firmadas por Fernando Buesa y, sin conocerle personalmente, su nombre va ligado al apoyo a la investigación, tan importante en el desarrollo de una sociedad y en mi propia biografía.

El hecho de que cada persona que participa en esta mesa proceda de una disciplina y/o profesión diferente, quizá, hace que parezca que damos respuestas muy diversas y contradictorias, aunque, en realidad, no lo son tanto. Las víctimas son diferentes. Son diferentes como personas, son diferentes como titulares o beneficiarios de derechos y son diferentes en sus experiencias y expresiones de sufrimiento. Más allá de que cada víctima sea un mundo, se han puesto en práctica políticas victimales diferentes que impliquen leyes de reconocimiento de derechos específicos, así para las víctimas del terrorismo, de otros delitos violentos y contra la libertad sexual, de violencia de género, de trata de personas o cuando las víctimas son menores.

Desde un punto de vista victimológico y de justicia social, podríamos refinar la pregunta para interrogarnos sobre la existencia de discriminación, es decir, en los términos de Aristóteles: ¿se está tratando desigual lo igual?, ¿existe discriminación?, ¿existe, como dicen algunos autores, una jerarquía injusta en el reconocimiento de la condición de víctima? Por otro lado, ¿se está regulando adecuadamente en el Derecho ese reconocimiento, en concreto, respecto de las víctimas del terrorismo?

Este es un tema que vivimos en el País Vasco con mucho interés y pasión, y a veces confusión. Por ello conviene acudir a la Victimología comparada y ver que esto que nos produce tanta inquietud, y que es una diatriba política, jurídica y

social, se está dando también en otros países, con diferentes tipos de víctimas de diversos delitos. Con este breve texto intentaré realizar consideraciones generales, abarcando el ámbito de la Unión Europea, asumiendo el riesgo de caer en imprecisiones, por no poder matizar, pero acudiré también a ejemplos concretos.

II. La Victimología como plataforma para plantear y abordar preguntas

La plataforma desde la que me acerco a esta cuestión es la Victimología, como ciencia social, empírica e interdisciplinar que estudia los procesos de victimización y de desvictimización, o, tal vez, de recuperación y reparación. Es una ciencia que busca acercarse a la realidad que experimentan las personas víctimas, más o menos visibles y/o reconocidas. En el seno de la Victimología encontramos teorías normativas, pero lo que se pretende, fundamentalmente, no es, como el jurista, saber qué derechos tienen las víctimas. Aunque se debe considerar el marco jurídico de sus derechos, se busca entender cómo experimentan las víctimas esos derechos en la realidad, qué nos dicen las víctimas de cómo están viviendo esa emergencia en el Derecho. La Victimología tendría un fin social y, aunque el infierno está lleno de buenas intenciones, ese fin sería el de minorar el sufrimiento, en el sentido de poder, estudiando la realidad, ver realmente si se está respondiendo bien a las necesidades y derechos de las víctimas, de diferentes tipos de víctimas, más o menos ocultas.

Sin embargo, conviene recordar que esta Victimología moderna tiene como antecedente la llamada Victimología etiológica que comenzó en los años cuarenta del siglo pasado con la perspectiva de examinar en qué medida las víctimas contribuyen al delito. Era la idea de la víctima como co-causante del delito. Para autores como Mendelsohn o Von Hentig, considerando su vocación criminológica, se trataba de encontrar las causas del delito para poder erradicarlo. En esa búsqueda, un tanto miope desde nuestros ojos del siglo XXI, se centran en la víctima como una posible causa. En definitiva, aunque son los primeros en realizar estudios empíricos que consideran la figura de la víctima, estamos ante una Victimología injusta con ella porque lo único que le interesa de ella es en qué medida podemos culpabilizarla de su propio delito.

Con la Victimología moderna el foco se va poniendo más en la prevención y reparación. Pero tuvimos que esperar muchos años hasta que la normativa internacional e interna contemplase a las víctimas como sujetos de derechos frente a la victimización primaria, ocasionada por el delito, y secundaria, ocasionada de



forma generalmente no intencionada por todos los agentes, públicos y privados, en relación con ella tras la comisión delictiva (policía, médicos forenses, letrados, fiscales, jueces, psicólogos, servicios sociales, amigos, compañeros, vecinos, sociedad, medios de comunicación, compañías de seguros...).

Una pregunta muy importante reside en explicar la invisibilidad de las víctimas para el legislador cuando su sufrimiento siempre ha sido más o menos visible, si bien no considerado en Derecho. Una primera respuesta a esta pregunta residiría en la lógica del Derecho Penal. Se trata de una lógica que tiene un gran sentido garantista, porque todos podemos ser acusados de un delito, y que nace como reacción a lo que fue el sistema irracional y cruel imperante antes de la Ilustración. El Derecho Penal moderno pretende poner freno a un Derecho discriminatorio, cruel, abusivo y arbitrario, y se crea alrededor de las garantías de la persona acusada y, en su caso, condenada.

Lo que algunos sectores de la Victimología demandan en la actualidad es que ese sistema de Derecho se pueda repensar, manteniendo las garantías consolidadas, para encontrar un balance, un equilibrio, donde los derechos de personas acusadas y víctimas no funcionen como vasos comunicantes. Todavía cuesta admitir, en algunos sectores doctrinales, que los derechos de las víctimas son también derechos humanos y que su concepción no puede ser de carácter excluyente o antagonista. No se trata de derechos absolutos, ni de derechos por oposición a otros, sino de derechos humanos interdependientes, concibiendo a las víctimas más allá de una categoría esencialista o patológica (Tamarit, 2013). Aunque, en ocasiones, se produzcan conflictos de intereses, el sistema jurídico está concebido precisamente para resolver esos conflictos de intereses y derechos, permitiendo, en el caso de los derechos fundamentales, respetar su contenido básico o esencial. Hacer un sistema penal mejor, introduciendo los intereses de las víctimas, no significa necesariamente hacer un sistema más punitivo, como han escrito varios autores, sino hacerlo más complejo, con un entendimiento más interdependiente de las garantías, también para las víctimas, considerando los intereses de todos los sujetos implicados.

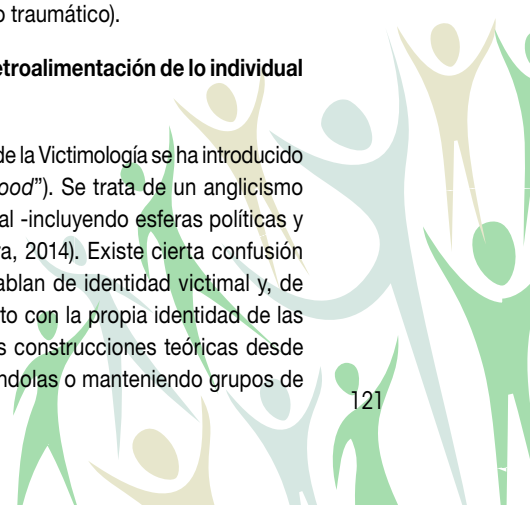
Por desgracia, aunque advertimos un incremento de normas que hablan sobre los derechos de las víctimas, se ha producido un cierto derecho victimal simbólico. Sin negar los avances alcanzados, particularmente en la esfera normativa, la realidad nos muestra que, cuando entrevistamos a las víctimas de diferentes delitos, incluyendo las de terrorismo, podemos apreciar su descontento con la administración de justicia y otros agentes sociales que influyen en su percepción de la realización de los derechos reconocidos en la letra de la ley.

Por tanto, en primer lugar, debemos escuchar a las víctimas y a los profesionales que las acompañan, antes de hacer más leyes. Estemos alerta ante las voces que hablan de “todo para las víctimas”, pero sin las víctimas, así como ante una excesiva profesionalización que cubre de palabrería, más o menos técnica, las experiencias reales y únicas de victimización. Como bien indica Reyes Mate (2011), las víctimas iluminan parcelas de realidad que otros, incluso cuando nos autodenominamos “expertos”, no podemos ver. Esta visión es aún más difícil si queremos contemplar a las víctimas en toda su pluralidad, en toda su complejidad y en todo su dinamismo, porque las víctimas no son las mismas hoy, mañana, pasado, dentro de cinco, diez o veinte años. Esta observación presenta, simultáneamente, un problema epistemológico y metodológico. Recoger la subjetividad variable y trabajar con las víctimas no imposibilita hacer ciencia social si somos conscientes y hacemos explícitas las limitaciones de toda investigación, tratando de limitarlas en la medida de lo posible y exponiendo nuestros trabajos al debate (Varona et al., 2015). Así, con mayor o menor éxito, en las orientaciones de las investigaciones del IVAC/KREI, en esta materia, tratamos de hablar de las víctimas con las propias víctimas.

La ausencia de interdisciplinariedad favorece caer en reduccionismos, como cuando contemplamos a la víctima solo desde el Derecho, desde la Psicología, la Sociología, el Trabajo Social, la Antropología, la Economía, etcétera. La misma Victimología, que aspira a dicha interdisciplinariedad, puede resultar un saber tan específico que termine perdiendo la conexión real con otros procesos individuales y sociales. No obstante, las últimas tendencias han permitido observar numerosos procesos, individuales y sociales, como procesos de victimización, yendo más allá de las definiciones del Derecho (centradas en el delito) o la Psicología (centradas en el suceso traumático).

III. Víctimas, victimización y victimidad: la retroalimentación de lo individual y lo social

Para complicar un poco más las cosas, dentro de la Victimología se ha introducido un nuevo término, el de victimidad (“*victimhood*”). Se trata de un anglicismo que viene a significar el reconocimiento social -incluyendo esferas políticas y jurídicas- de la condición de víctima (Herrera, 2014). Existe cierta confusión porque también hay algunos autores que hablan de identidad victimal y, de alguna manera, equiparan ese reconocimiento con la propia identidad de las víctimas. Cuando tratamos de abordar estas construcciones teóricas desde el trabajo cualitativo con víctimas, entrevistándolas o manteniendo grupos de





discusión, se pone de relieve que, en ocasiones, son más bien constructos de la propia disciplina que, en lugar de aportar luz a esa realidad, siempre con sombras, complican más su entendimiento.

En todo caso, el problema que tenemos con el término de víctima es que, cada vez más, está perdiendo su carácter descriptivo para convertirse en un término fundamentalmente valorativo. Evidentemente, para poder mantener un debate (interdisciplinar) fructífero y para poder investigar la realidad de las víctimas, habrá de definirse de forma descriptiva qué se quiere decir por “víctima”, aunque toda definición entrañe limitaciones y simplificaciones.

A este barullo entre expertos se suman las voces de colectivos de víctimas y de víctimas individuales que nos dicen que no les gusta el término “víctima” por su carácter pasivo, estático y/o paternalista, y que prefieren adoptar otros términos, como los de supervivientes, perjudicados, afectados, personas victimizadas, etcétera. Algunas víctimas se sienten encapsuladas en ese término, olvidando que debe tratarse más como adjetivo que como sustantivo, para evitar el riesgo de trabajar con un concepto esencialista y centrar su identidad en haber sufrido una victimización, obviando que su vida es mucho más que eso, por mucho que la pueda haber roto y condicionado.

Para poner un poco de orden debemos recordar que sí existe una definición jurídica de víctima. Así, aunque no tiene efecto jurídico vinculante⁵, la primera norma en recoger esta definición es de carácter internacional: la Resolución 40/34 de 1985 de la Asamblea General de las Naciones Unidas, que aprueba la Declaración sobre los principios fundamentales de justicia para las víctimas de delitos y de abuso de poder. La Resolución diferencia entre las víctimas de delitos y las víctimas de abuso de poder. Estas últimas serían las víctimas de violaciones graves de derechos humanos reconocidos internacionalmente, independientemente de la normativa interna del Estado donde se producen.

Según dicha Declaración, por víctimas de delitos se entenderán “las personas que, individual o colectivamente, hayan sufrido daños, inclusive lesiones físicas o mentales, sufrimiento emocional, pérdida financiera o menoscabo sustancial de los derechos fundamentales, como consecuencia de acciones u omisiones

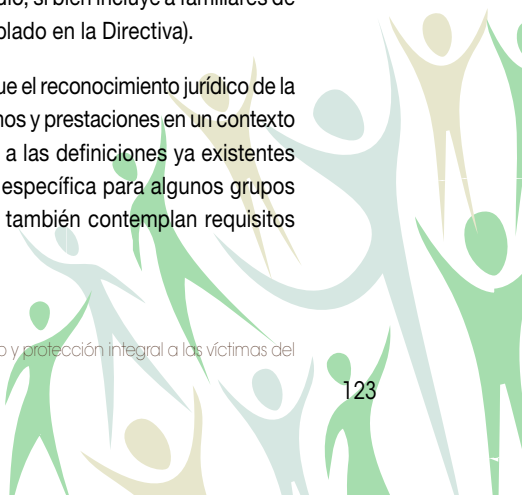
5 A pesar de los intentos y proyectos de aprobación de un convenio que pueda ser ratificado por los Estados, lo cual implica un nivel de consenso internacional sobre la definición de víctima y de los derechos aparejados que no se ha dado hasta la actualidad.

que violen la legislación penal vigente en los Estados Miembros, incluida la que proscribe el abuso de poder”. Además, “podrá considerarse “víctima” a una persona, con arreglo a la presente Declaración, independientemente de que se identifique, aprehenda, enjuicie o condene al perpetrador e independientemente de la relación familiar entre el perpetrador y la víctima. En la expresión ‘víctima’ se incluye, además, en su caso, a los familiares o personas a cargo que tengan relación inmediata con la víctima directa y a las personas que hayan sufrido daños al intervenir para asistir a la víctima en peligro o para prevenir la victimización”. Asimismo, las disposiciones de la Declaración “serán aplicables a todas las personas sin distinción alguna, ya sea de raza, color, sexo, edad, idioma, religión, nacionalidad, opinión política o de otra índole, creencias o prácticas culturales, situación económica, nacimiento o situación familiar, origen étnico o social, o impedimento físico”.

Muchos años después, lo cual es un dato en sí mismo respecto de las dificultades en el reconocimiento jurídico de los derechos de las víctimas (Wemmers, 2012), se aprobaron dos normas que sí tienen un carácter jurídicamente vinculante. Así, la Directiva 2012/29/UE, de 25 de octubre, por la que se establecen normas mínimas sobre los derechos, el apoyo y la protección a las víctimas de los delitos, que sustituyó a una Decisión marco más modesta de 2001, ha obligado a España a la aprobación de la Ley 4/2015, de 27 de abril, del Estatuto de la Víctima del Delito, desarrollada por el Real Decreto 1109/2015, de 11 de diciembre. La normativa española, siguiendo la europea, recoge una definición más restrictiva de víctima, que solo contempla a la persona física individual, unida a la definición de delito (no de abuso de poder) y limitativa de la condición de víctima indirecta a determinados familiares de delitos de homicidio, si bien incluye a familiares de personas desaparecidas (aspecto no contemplado en la Directiva).

Estas restricciones se entienden si pensamos que el reconocimiento jurídico de la condición de víctima implica una serie de derechos y prestaciones en un contexto de austeridad que, quizá, ha afectado menos a las definiciones ya existentes en nuestra legislación dentro de la normativa específica para algunos grupos de víctimas, como las de terrorismo⁶, si bien también contemplan requisitos

6 Ley 29/2011, de 22 de septiembre, de reconocimiento y protección integral a las víctimas del terrorismo. Vid. también el Reglamento 67/2013.





de prueba y limitaciones que siguen produciéndose por diferentes motivos⁷, a pesar de las mejoras introducidas a lo largo de los años. En definitiva, las definiciones del Derecho siempre son demasiado estrechas a los ojos de las víctimas, siempre hay algo que dejan fuera, y no pueden contemplar todas las situaciones, más o menos similares.

IV. ¿Qué hay detrás del derecho victimal simbólico o de la suspicacia ante el reconocimiento de los derechos de las víctimas?

Cuando, por parte de algunos sectores, se acusa a las asociaciones de víctimas de estar politizadas, de ser vengativas, etcétera, tiende a olvidarse que el reconocimiento progresivo de sus derechos se ha alcanzado gracias a ellas, no por voluntad espontánea del legislador o por presión de colectivos más o menos difusos de derechos humanos que, hasta épocas muy recientes, no las han contemplado en su defensa.

Por otra parte, también se corre el riesgo de convertir en terapia los derechos de las víctimas. La normativa internacional e interna recoge los derechos de información, protección, asistencia, justicia, reparación, verdad, memoria y participación. La misma asistencia psicológica, social y de acompañamiento se configura como un derecho que puede reivindicarse, en su caso, ante los tribunales, única manera de asegurar su cumplimiento. Decir que las víctimas lo único o lo principal que necesitan es terapia o compasión implica no reconocer sus derechos legítimos y su visibilidad en la esfera pública, lo cual no significa que sean las únicas o principales protagonistas de la misma.

Asimismo, el reconocimiento jurídico de sus derechos no significa que su realización deba darse exclusivamente en el ámbito de los tribunales. Por ejemplo, en relación con el derecho a la verdad, aunque la verdad judicial es muy importante⁸, dado el valor fundamental del principio de presunción de inocencia, la verdad judicial siempre va a ser una verdad minúscula. Por lo tanto, creo que las personas que mejor podrían ayudar a ejercitar el derecho a la verdad son los historiadores. Este puede ser un ejemplo de cómo la realización

7 Cfr. el auto del Tribunal Constitucional, de 27 de febrero de 2017, así como su voto particular, respecto de la inadmisión del recurso de amparo interpuesto en el caso Zabala, y la posible futura decisión del Tribunal Europeo de Derechos Humanos en este caso.

8 Así, la Asociación de Víctimas del Terrorismo está desarrollando un proyecto muy interesante sobre verdad judicial, recopilando todas las sentencias, con sus hechos probados, así como la documentación relativa a la instrucción para aquellos casos en que no se ha llegado a una condena.

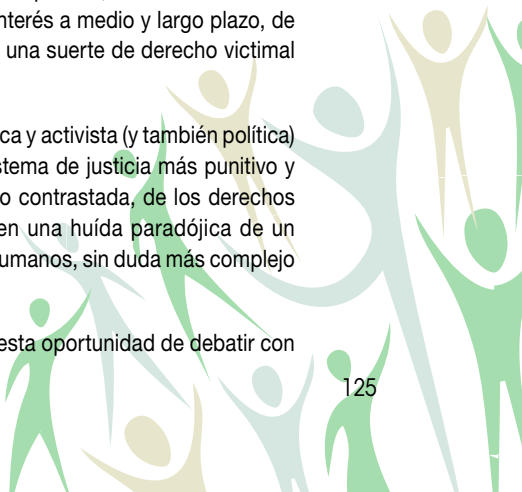
de los derechos de las víctimas puede encontrarse en otros contextos (sociales, académicos, etc.), más allá del jurídico.

En el camino por el reconocimiento jurídico, debe indicarse que, a pesar de los avances -aunque, en ocasiones, meramente formales-, las víctimas se ven muy dolidas cuando no se acompaña de un reconocimiento social y/o político que, finalmente, implicaría un cambio cultural para abarcar víctimas sociales o sufrimientos injustos que no se desean ver ni reconocer. En esta línea, cuando se recrimina, también por parte de colectivos de víctimas de otros delitos graves, que las víctimas del terrorismo son unas privilegiadas y que, con su legislación específica, tienen derechos que no han sido reconocidos a otras víctimas, independientemente de cuestiones jurídicas más técnicas, creo que se debe hacer pedagogía social para entender que el terrorismo provoca daños no solo personales, interpersonales y sociales, sino también políticos, porque supone la eliminación de las personas de la comunidad política, su exclusión violenta, como instrumento de una estrategia de amedrentamiento y presión política, lo cual añade un gran desvalor a la acción y provoca una fuerte victimización donde la víctima es cosificada.

Respondiendo a la última pregunta planteada en este subepígrafe: ¿qué hay detrás de esos dos extremos, del derecho victimal simbólico o de la suspicacia ante el reconocimiento de los derechos de las víctimas? Creo que hay desconocimiento y falta de trabajo interdisciplinar con las víctimas, así como manipulación de sus intereses legítimos, sin perjuicio de que algunas víctimas puedan expresar otros intereses que no lo sean en Derecho. Esa manipulación se expresa de dos maneras:

- a) Por algunos sectores, con la proclamación política, meramente estética porque no se invierte en servicios de su interés a medio y largo plazo, de que ellas serán lo primero, creándose así una suerte de derecho victimal simbólico.
- b) Por otros, con la proclamación académica y activista (y también política) de que las víctimas están haciendo el sistema de justicia más punitivo y menos racional, reforzando así la idea, no contrastada, de los derechos antagónicos de víctimas y victimarios, en una huida paradójica de un concepto interdependiente de derechos humanos, sin duda más complejo de articular en la práctica.

Termino así con esta reflexión, agradeciendo esta oportunidad de debatir con ustedes.





Bibliografía citada

HERRERA, M. (2014), "¿Quién teme a la victimidad? El debate identitario en Victimología", *Revista de Derecho Penal y Criminología*, 12, pp. 343-404.

REYES MATE, M. (2011), *Tratado de la injusticia*, Barcelona: Anthropos.

TAMARIT, J. M^º (2013), "Paradojas y patologías en la construcción social, política y jurídica de la victimidad", *InDret*, 1, pp. 1-31.

VARONA, G., DE LA CUESTA, J. L., MAYORDOMO, V. y PÉREZ MACHÍO, A. I. (2015), *Victimología: un acercamiento a través de sus conceptos fundamentales como herramientas de comprensión e intervención. Unidades didácticas para el Grado en Criminología y cursos de especialización*, Donostia-San Sebastián: UPV/EHU.

WEMMERS, J.-A. (2012), "Victims' rights are human rights: The importance of recognizing victims as persons", *Temida*, pp. 71-84.



IMANOL ZUBERO BEASKOETXEA

Doctor en Sociología por la Universidad de Deusto. Desde 1996 es profesor titular de Sociología en la Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación de la UPV-EHU y director del Grupo de investigación CIVERSITY-Ciudad y Diversidad. En la actualidad es Presidente de la Asociación Vasca de Sociología y Ciencia Política. Fue impulsor y participante de la Coordinadora Gesto por la Paz de Euskal Herria. Ha sido concejal en el Ayuntamiento de Alonsotegi (2001-2007) y Senador electo por Bizkaia en la IX Legislatura (2008-2012).





Entre el reconocimiento y la apropiación: Autonomía y heteronomía en la relación entre víctimas y sociedad

La idea fuerza que estructura mi reflexión es la tensión que se establece entre a) la necesidad de reconocimiento de la víctima (sentir que es “uno de los nuestros”) para que esta pueda entrar a formar parte del universo moral de quienes son espectadores del dolor ajeno (el “resto” de la sociedad, quienes no son ni víctimas ni victimarios), y b) el riesgo de que este reconocimiento se transforme en una operación de apropiación (o expropiación) de la autonomía de la víctima, de su capacidad de agencia y de sus contradicciones, por la vía de su reducción o reconducción a una imagen estereotipada (la víctima “inocente”, pasiva, silente, agradecida, no problemática...).

Esta tensión constituiría, dramáticamente, una segunda operación de homogeneización de las víctimas y de reducción de su diversidad, ulterior a la operación de homogeneización aplicada por los perpetradores y que las ha reducido a población sobrante, a obstáculos en la construcción de un orden social ideal. Empiezo por esta.

Homogeneización 1

Las víctimas *ex terminus*.

Las víctimas de las que me ocupo en esta breve reflexión son aquellas que se caracterizan por haber sido exterminadas. Lo digo en el sentido en el que el ensayista Sven Lindqvist utiliza el concepto “exterminio”: poner al otro lado de la frontera, *terminus*. Las víctimas son, desde esta perspectiva, personas que, porque están de sobra, deben ser puestas más allá *-ex terminus-* de la frontera moral que define un determinado Nosotros. Desde esta perspectiva, las víctimas constituyen una comunidad caracterizada por el hecho de que todas ellas han sido asesinadas, heridas o violentadas, tras haber sido previamente definidas como población sobrante. Esto es lo que las hace iguales.

Zygmunt Bauman reflexiona sobre el “asesinato categorial” como uno de los más oscuros legados del siglo XX. Este tipo de asesinato consiste en “la aniquilación física de hombres, mujeres y niños por su simple pertenencia (real o atribuida) a una categoría de personas indigna del orden pretendido y contra la que, por ese motivo, se dicta (por vía sumaria) una sentencia de muerte”. Como señala Bauman, “la asignación de categoría hizo caso omiso de la diversidad de características personales de las personas asignadas”. Y concluye: “El asesinato categorial es,

de principio a fin, una *trama unilateral*. Se toman precauciones para asegurarse de que las víctimas están y permanecen en el lado de los destinatarios de la operación, plenamente planeada y administrada por sus perpetradores”.

Es el perpetrador el que reduce la diversidad de las víctimas a un único común denominador: están de sobra. Cualquier otra circunstancia es despreciada. Y este estatuto adscrito unilateralmente es innegociable porque es la mejor manera de evitar la necesidad de argumentar su eliminación. La normalización de la diferencia supone siempre su reducción, una simplificación que la haga manejable. Manejable en un sentido técnico: así es más fácil organizar procesos de exterminio en masa, en la mejor tradición fordista. Manejable, sobre todo, en un sentido moral: desaparece así la humanidad concreta de cada víctima y, con ella, cualquier posibilidad de identificación entre esta y su victimario.

Como señalaba el escritor húngaro Imre Kertész: “Judío es aquel del que se puede hablar en plural, que es como suelen ser los judíos, cuyas características se pueden resumir en un compendio, como las de una especie animal no demasiado compleja”. Lo mismo cabe decir, en boca del “jardinero *abertzale*”, del español: la asignación de esta categoría a una potencial víctima (de asesinato, de extorsión, de amedrentamiento) despoja a la persona que la recibe de todas sus singularidades, de su condición misma de individuo.

¿Son las víctimas del terrorismo de ETA víctimas exterminadas, víctimas categoriales? Mi respuesta es que sí. Lo testimoniaba Sara en la apertura de esta jornada. Todas las personas asesinadas o violentadas por ETA lo han sido tras ser categorizadas como obstáculos para la construcción del orden social y político pretendido por los terroristas. Ninguna de ellas tenía cabida en ese orden ideal.

Salvo su condición compartida de víctima categorial (factor de homogeneización radical), lo cierto es que las víctimas concretas han sido enormemente diversas, aunque con algunas evidentes concentraciones: 506 miembros de las Fuerzas de Seguridad, 58 empresarios, 39 políticos, nueve miembros de la judicatura, siete relacionados con instituciones penitenciarias, tres periodistas... De ellas, 576 personas en el País Vasco, 123 en Madrid, 54 en Barcelona, 42 en Navarra, 10 en Francia.

Es verdad que ETA ha violentado (aterrorizado, amedrentado, coaccionado) mucho más de lo que ha asesinado, con lo que la expansión de su acción categorizadora también va mucho más allá de esas agrupaciones. Por eso, se



decía, “cualquiera” podía convertirse en víctima. Aunque no cualquiera lo ha sido, en la práctica. El terrorismo etarra no se ha movido en el espacio indeterminado del azar: la probabilidad de ser (o no ser) víctima variaba enormemente en función de diversos factores.

Por eso, frente al “algo habrá hecho” dirigido en cierto tiempo a las víctimas de ETA, hoy deberíamos pensar en “algo no habrá hecho” cuando reflexionamos sobre aquellos grupos sociales que siempre se han sabido vacunados frente a la categorización excluyente por parte del terrorismo. ¿Cómo se adquiriría la naturaleza de “no sobrante”?

Muchas veces, la víctima potencial se ha librado de serlo en la práctica por la vía de la autoexclusión del espacio ordenado. Desplazarse solo unos pocos kilómetros (a Cantabria, Burgos o La Rioja) parecía, en cambio, asegurarse la suspensión de la condena. Porque ya nos habíamos puesto “voluntariamente” *ex terminus*. Por el contrario, regresar a este lado “prohibido” de la frontera imaginada ha tenido como consecuencia el asesinato.

En todo caso, las víctimas del terrorismo son, tras haber sido asesinadas, tan diversas como lo eran antes de ese hecho. Ni una sola de las características o pertenencias que las configuraban como individuos únicos queda anulada por el hecho de su conversión en víctimas.

Y estas características diferenciales operan tras el acontecimiento. Las víctimas supervivientes continúan siendo, además de víctimas, todo lo demás que eran antes. Es entonces cuando se pone en marcha un segundo proceso de homogeneización.

Homogeneización 2

“Todas las víctimas son iguales, pero unas son más iguales que otras”. ¿Iguales en relación a qué?

Iguales en relación a determinadas expectativas, necesidades o intereses presentes en la sociedad de las que las víctimas forman parte. También aquí nos encontramos ante una trama unilateral, una nueva imposición de sentido a las víctimas, desde fuera de ellas mismas.

En una serie de trabajos durante los años 40 y 50 del siglo XX, el criminólogo Benjamín Mendelsohn, considerado uno de los padres de la victimología, construyó

una clasificación de las víctimas en función de la correlación de culpabilidad entre víctima y perpetrador, distinguiendo entre:

1) Víctima completamente inocente (*completely innocent victim*) o víctima ideal: es la que nada ha hecho para desencadenar la situación criminal por la que se ve damnificada. Ejemplo: las y los niños.

2) Víctima de culpabilidad menor (*victim with minor guilt*) o víctima por ignorancia: aquella que de manera involuntaria se coloca a sí misma en una situación comprometida.

3) Víctima tan culpable como el infractor (*victim as guilty as offender*) o víctima voluntaria: aquella voluntariamente implicada en actos que pueden causarle daño.

4) Víctima más culpable que el infractor (*victim more guilty than offender*): aquella que, con su propia conducta, provoca o incita la acción que le causa daño.

5) Víctima más culpable o víctima únicamente culpable (*most guilty victim*): aquella que sufre un daño como consecuencia de haber iniciado una acción en la que ella misma actuaba como infractora o perpetradora.

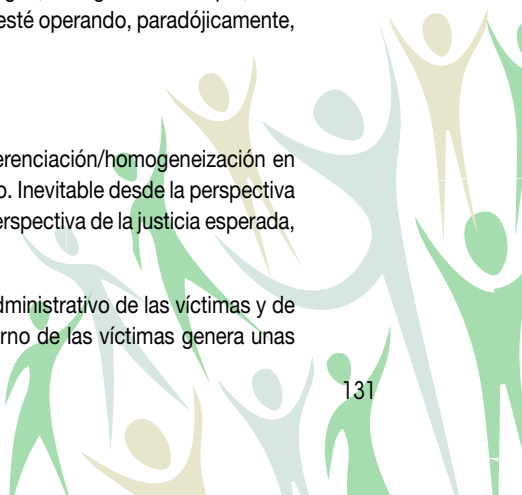
6) Víctima imaginaria (*imaginary victim*): aquella que por interés o desequilibrio se hace pasar por víctima o se siente víctima sin serlo.

Leída hoy, y en el contexto de ese seminario, esta tipología nos provoca incomodidad y hasta rechazo. Pero lo cierto es que los seres humanos no podemos liberarnos de esa que Richard Dawkins denomina “tiranía de la mente discontinua”. Necesitamos diferenciar, distinguir, categorizar. Aunque, casi siempre, bajo esa operación de diferenciación esté operando, paradójicamente, la aspiración a una ulterior homogeneización.

Definición administrativa

Una de las operaciones más decisivas de diferenciación/homogeneización en relación a las víctimas es la que realiza el Estado. Inevitable desde la perspectiva de la justicia penal, pero lamentable desde la perspectiva de la justicia esperada, sentida, vivida, experimentada.

En mi reflexión me distancio del tratamiento administrativo de las víctimas y de sus consecuencias, pues creo que este gobierno de las víctimas genera unas importantes distorsiones.





La primera y fundamental: la construcción de una categoría jurídico-política (la víctima) convertida en deseada etiqueta por parte de cualquiera que se sienta injustamente tratado, ya que es la única (o la mejor) vía de acceso al reconocimiento institucional y a la reparación (moral y en ocasiones económica).

Acabamos de verlo hace unos meses con el caso de las personas afectadas por la talidomida. Rechazada su demanda colectiva en los tribunales, una de las personas afectadas declaraba en la televisión: “Los daños están a la vista, es evidente”, mostrando a la cámara sus brazos atrofiados. Y sin entender por qué un daño tan injusto no era evidente para los tribunales.

Una investigación reciente sobre los “mundos de las víctimas” (<http://www.identidadcolectiva.es/victimas/index.php>) recoge discursos, entre distintas víctimas, relativos a la existencia de víctimas reconocidas y canónicas (las del terrorismo de ETA), junto a otras víctimas que lo son (accidentes de tráfico) o que desean serlo (robos de bebés). Discursos que acaban confrontando dolores, experiencias de sufrimientos incomparables, pero por lo mismo iguales.

Es verdad, por otro lado, que esta definición administrativa de la víctima puede servir para dar sentido a una particular experiencia de injusticia.

Recuerdo, en este sentido, mi participación en un seminario organizado por Manuel Reyes Mate en el inmenso cuartel de la Dirección General de la Guardia Civil en Madrid: una ciudad dentro de la ciudad, 4.000 guardias y 250 rostros de agentes asesinados por ETA presidiendo la sala donde se celebraba el seminario (<https://www.fundacionguardiacivil.es/wp-content/uploads/2011/03/Abstract-ponencias.pdf>). En el transcurso del seminario me impresionó el testimonio de Javier Gómez Segura, herido en 1986 cuando era un cadete en el atentado de la plaza de la República Dominicana, en el que murieron catorce agentes. Él mismo ayudó a recoger los cuerpos de sus compañeros y, tras una corta baja, volvió al servicio. Sufrió depresión, tuvo problemas de alcoholismo, conflictos emocionales y relacionales. Estudia y se doctora en Psicología en la Universidad Complutense y a partir de ahí empieza a pensarse como víctima (y no como un “afectado” por el terrorismo, o como un caído en acto de servicio), y desde esta categoría reconstruye su experiencia y retoma las riendas de su vida: “Yo no había pensado nunca que lo que me había sucedido me convertía en una víctima del terrorismo. Por aquel entonces yo creía que era algo normal por mi trabajo”⁹.

9 Revisando este texto para su publicación he conocido la noticia del fallecimiento de Javier Gómez Segura en enero de 2016 (<https://sepadem.com/2016/01/18/javier-gomez-segura-in-memoriam/>). Mi más sentido pésame.

Aquí aparece otra perspectiva que puede explicar la democratización de la categoría de víctima: parece que a las personas nos sirve para resituarnos tras un acontecimiento traumático, catastrófico. Es la única gramática que tenemos a nuestro alcance. O la más reconocida y reconocible. De ahí el afán de tantas personas y colectivos, afectadas por las más diversas situaciones, de ser consideradas como víctimas.

Pero me preocupan los efectos perversos que esta definición administrativa entraña: genera diferencias entre las víctimas (entre las que son reconocidas como tales y las que no), que son experimentadas como agravios injustificados por estas.

Un ejemplo de esta potencial deriva perversa lo encontramos en el artículo titulado “Auténticas víctimas”:

“Cualquier víctima de un hecho violento tiene derecho al reconocimiento del mismo por el Estado y, en su caso, a la indemnización que proceda, pero hay que darle toda la razón al ministro del Interior cuando dice tener claro cuáles han sido aquí las víctimas del terrorismo, que fundamente son las de ETA. Es verdad que hubo víctimas del GAL y del denominado Batallón Vasco-Español, y que como tales han de ser reconocidas, pero en ningún caso podemos equiparar unas con otras, porque el daño causado por la banda a la democracia y a las personas es tan brutal que no admite ni la más leve equiparación”¹⁰.

O en esta otra noticia: “La presidenta de la AVT medió ante Interior para hacer pasar por víctima a su ‘número dos’”¹¹.

¹⁰ <http://paralalibertad.org/autenticas-victimas/>

¹¹ <http://www.elmundo.es/espana/2014/02/04/52f049d8268e3e24358b4588.html>





Las víctimas como “uno de los nuestros”

Confrontadas con las víctimas, también las sociedades se abren a estas y a su realidad. En uno u otro momento, todas las sociedades acaban tomando conciencia de la injusta realidad sufrida por tantas personas en su seno. Personas que fueron exterminadas por los perpetradores, pero que tampoco encontraron el reconocimiento, el apoyo y la protección del conjunto de la sociedad. Y cuando las sociedades se hacen conscientes de esta realidad (siempre demasiado tarde), ponen en marcha operaciones de “reintegración” de las víctimas al espacio social del que fueron expulsadas.

Pero para que las víctimas antes exterminadas y ahora recuperadas se vuelvan realmente “uno de los nuestros”, hay una cuestión previa que raramente nos planteamos: ¿quiénes somos nosotros?

Hay victimizaciones cuyo reconocimiento y reconstrucción como ser humano completo no exige una transformación de la estructura de la sociedad. Son mutilaciones parciales (sin quitar un ápice de importancia) de la condición ciudadana. La reintegración de estas víctimas a la sociedad puede hacerse con relativa facilidad.

No es así en el caso de las víctimas categoriales. Es imposible reconocerlas sin afrontar una reconstrucción en profundidad de la sociedad, justamente para que puedan tener cabida aquellas que habían sido expulsadas. Y esto es lo que hace tan problemática la relación ciudadanía-víctima.

No tengo suficiente capacidad para afirmarlo con rotundidad, pero sí me parece que la violencia contra la mujer -las violencias contra la mujer, pues son muchas- sí tiene esa dimensión categorial. También seguramente podríamos decirlo de las situaciones de refugio, migración. La “categorialidad”, en el caso tanto de las víctimas de violencia terrorista como en las víctimas de las políticas de inmigración y refugio, tiene que ver con la modernidad estatocéntrica, con el papel esencial que juegan las fronteras políticas, en el fondo auténticas fronteras morales; y en el caso de la violencia contra la mujer, la categorialidad es en última instancia fruto de una modernidad patriarcal, construida sobre una desigualdad sexual estructural. Si esto fuera cierto, no es posible una reintegración real de las víctimas de la violencia machista o de las políticas de inmigración sin una transformación de las condiciones estructurales (el patriarcado, la frontera nacional) que las explican y las posibilitan.

¿Cómo reintegrar a la sociedad a las víctimas exterminadas? Si podemos asegurar que el agente exterminador ha sido solo una parte pequeña y limitada de la sociedad, puede parecernos una operación sencilla: eliminado el agente eliminador, ya no hay ningún obstáculo para el reconocimiento pleno de las víctimas. Pero, ¿y si no es así?, ¿y si el mecanismo exterminador responde a factores estructurales?, ¿y si el proyecto exterminista ha desbordado la acción directa de los perpetradores, contaminando al conjunto de la sociedad y a todas sus instituciones, a su sistema político, a su marco moral, a sus instituciones religiosas, a su vida cotidiana?

En este caso, se opta muchas veces por su reintegración por la vía de la reconducción a la normalidad: “Este Gobierno está trabajando para buscar fórmulas de consenso de todas las fuerzas políticas para que todos podamos sentirnos cómodos en un reconocimiento a todas las víctimas”, declaraba Juan Karlos Izagirre, alcalde de San Sebastián, de EH Bildu. ¡Sentirnos cómodos en el reconocimiento de las víctimas!, cuando por su condición de exterminadas las víctimas deberían incomodarnos de manera permanente...

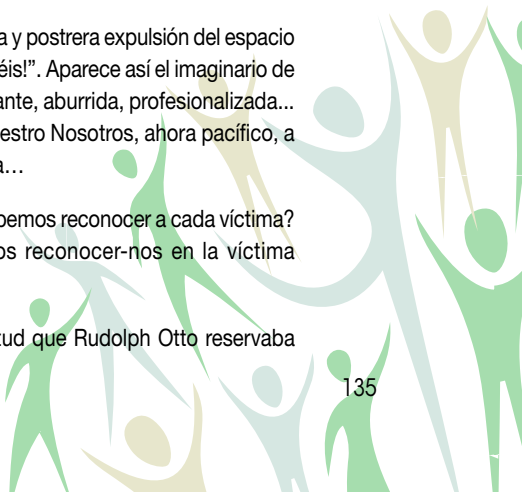
Pero, aunque esta vía de escape es particularmente tentadora para quienes más cerca han estado de los perpetradores, también las instituciones hegemónicas quieren unas víctimas cómodas. Y aquí se recurre a la vía de la sacralización, a su conversión en héroes.

Pero las víctimas no se contienen ni en la comodidad ni en la sacralidad. Son humanas, demasiado humanas. No encajan en nuestros diseños “post-conflicto”, que buscan reducir la experiencia de las víctimas a recurso pedagógico o museístico, a historia pasada.

Y esta incontenencia acaba generando una nueva y postrera expulsión del espacio de la ciudadanía “normalizada”: “¡qué más queréis!”. Aparece así el imaginario de la víctima insaciable, vengativa; la víctima cargante, aburrida, profesionalizada... La víctima que definitivamente no encaja en nuestro Nosotros, ahora pacífico, a pesar de todo lo que hacemos por reconocerla...

¿Son las víctimas un grupo a reconocer? ¿O debemos reconocer a cada víctima? ¿Reconocer qué, exactamente? ¿O debemos reconocer-nos en la víctima concreta? ¿Podemos hacerlo?

Tal vez ante la(s) víctima(s) solo quepa la actitud que Rudolph Otto reservaba para lo santo: temor y temblor.





Dar la palabra a la víctima es dejar la nuestra en suspenso. La víctima como sujeto marcado por un acontecimiento extraordinario permanentemente nos interpela: ¿Por qué yo? ¿Por qué tú no? ¿Sabías lo que me estaba pasando? ¿Qué has hecho para impedirlo?





MESA 3. "DE INVISIBLES A PRESENTES"

Modera: **Bárbara Van der Leeuw** *Doctora en Historia Contemporánea UPV/EHU*

- **Florencio Domínguez Iribarren**
Director del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo
- **Henry Patterson**
Catedrático de Ciencias Políticas - Universidad del Ulster
- **José Antonio Pérez Pérez**
Historiador especialista en memoria del franquismo y la transición



Para acceder al vídeo de esta ponencia:
<https://goo.gl/NaVdPm>

ponencias



FLORENCIO DOMÍNGUEZ IRIBARREN

Licenciado en Ciencias de la Información (1979) y Doctor en Comunicación Pública por la Universidad de Navarra (1997). Ha sido profesor colaborador en la Universidad Internacional de La Rioja, donde ha impartido la asignatura “Nacionalismo y terrorismo en perspectiva comparada”, en el Máster de Estudios del Terrorismo. Premio Javier Bueno de la Asociación de la Prensa de Madrid al periodismo especializado (2009).

Ha sido redactor jefe de la Agencia Vasco Press y columnista de *El Correo*, *La Vanguardia* y *Diario de Navarra*. Fue presidente de la Comisión de Expertos para la definición del Centro para la Memoria de las Víctimas del Terrorismo (2014 -2015) y hoy en día es el director de dicho Centro Memorial.

Autor de varios libros, entre los que destacan: *De la negociación a la tregua. ¿El final de ETA?* (1998), *Las raíces del miedo. Euskadi, una sociedad atemorizada* (2003), *Las conexiones de ETA en América* (2010), (con M. García Rey y R. Alonso) *Vidas Rotas. La historia de los hombres, las mujeres y los niños asesinados por ETA* (2010) o *La agonía de ETA* (2012).



Las víctimas, visibles por su propio esfuerzo

El escritor Fernando Aramburu, en su última y exitosa obra titulada *Patria*, cuenta, casi al principio de la novela, cómo la viuda de Txato, el empresario asesinado por ETA, regresa a la casa del pueblo, donde residía la familia hasta que se produjo el crimen. Tras la muerte de Txato, la viuda, Bittori, se trasladó a San Sebastián. Muchos años más tarde, decide regresar al pueblo. Cada día coge el autobús y vuelve a la vieja casa abandonada. En el pueblo la noticia se extiende rápidamente y llega a los oídos de Miren, la madre del miembro de ETA implicado en el asesinato.

Miren va enseguida a hablar con el cura para que este vaya a hablar con la viuda para convencerla de que se quede en San Sebastián. “Me pone los nervios de punta, padre -dice la madre del etarra al cura-. Por las noches no pego ojo. Yo me huelo que viene a crear problemas, eso seguro, a crisparnos. Somos víctimas del Estado y ahora somos víctimas de las víctimas. Nos dan por todas partes”.

Aramburu, en esta escena, refleja perfectamente la irritación del mundo de ETA por la llegada de las víctimas al espacio público. La viuda de Txato sale del anonimato de la vida en la capital en el que se sumergió tras el asesinato y regresa al pueblo, a recuperar la visibilidad que perdió por la acción terrorista, y eso es visto como una provocación por el mundo de ETA, como un acto de chulería. Y los victimarios se ven a sí mismos ahora como “víctimas de las víctimas”.

La escena de la novela refleja fielmente la realidad, como luego expondré al citar algunas reacciones de ETA ante el papel público de las víctimas. Pero antes, quiero subrayar cómo ha sido el proceso que ha llevado a las víctimas a tener un importante lugar en el debate público en todo lo que concierne al terrorismo. Es un espacio que han conseguido con su trabajo, que nadie les ha regalado.

Las víctimas fueron durante mucho tiempo los protagonistas ignorados del terrorismo. ETA cometía sus atentados y los asesinados, los heridos y sus familiares apenas si tenían presencia pública un par de días. Luego desaparecían olvidados por todos, incluso por las instituciones que debían de haberse ocupado de su atención.

Haciendo un poco de historia, el camino de visibilización de las víctimas del terrorismo comenzó en 1981 con la creación de lo que inicialmente se llamó Hermandad de Víctimas del Terrorismo, que luego pasó a ser la AVT. Las fundadoras

de esta asociación, Ana María Vidal-Abarca, viuda del comandante Jesús Velasco Zuazola, jefe de los miñones, asesinado el 10 de enero de 1980, Isabel O'Shea y Sonsoles Álvarez de Toledo relataron en el décimo aniversario de la fundación las dificultades de los primeros años de la asociación, en las que los afectados por la violencia carecían del menor apoyo político e, incluso, asistencial¹².

La tarea de las tres fundadoras de la AVT encontró incompreensión en la administración, y no fue hasta la llegada de José Barrionuevo al Ministerio del Interior cuando encontraron una mano tendida: “Desde el primer momento nos recibió con los brazos abiertos. Nos concedió una subvención y siempre atendió nuestras peticiones. Tenemos muy buen recuerdo de Barrionuevo”.

Pero todavía faltaba mucho para que se aceptara socialmente el papel de las víctimas en la vida pública y, particularmente, en la vida política.

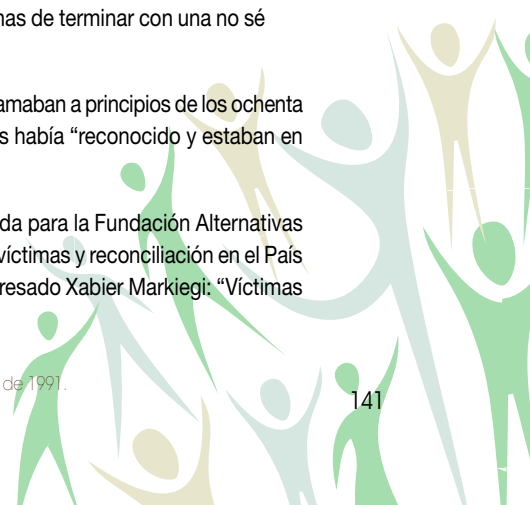
Hace diez años, en unas jornadas celebradas en San Sebastián por la Fundación Fernando Buesa para estudiar el proceso que había llevado a la desaparición de la rama “político-militar” de ETA, intervino el que fuera dirigente de Euskadiko Ezkerra, parlamentario vasco, Ararteko y director del Instituto Cervantes en Rabat, Xabier Markiegi. Este comenzó destacando que, en aquel proceso, las víctimas no tuvieron ninguna participación y estuvieron absolutamente silenciadas.

“En este momento somos muy conscientes de que las víctimas son más visibles, se han hecho muy visibles, y tenemos el conjunto de la sociedad más concienciada de que les debemos mucho, de que les debemos reconocimiento, más memoria, les debemos justicia y restitución. En aquel momento –añadía Markiegi-, esto no estaba en el horizonte de aquella joven democracia, en aquellas ganas de terminar con una no sé si segunda, tercera o cuarta amnistía”.

Markiegi recordó que tampoco las víctimas reclamaban a principios de los ochenta ese reconocimiento, porque la sociedad no las había “reconocido y estaban en su propia clandestinidad”.

Manuel Reyes Mate, en una ponencia elaborada para la Fundación Alternativas en noviembre de 2006 titulada “Justicia de las víctimas y reconciliación en el País Vasco”, partía de la misma idea que había expresado Xabier Markiegi: “Víctimas

12 *La Razón*, boletín de la AVT, 5, año II, primer trimestre de 1991.





ha habido siempre, pero hasta ahora eran invisibles porque se las consideraba el precio obligado de la marcha de la historia. Ahora se han hecho visibles y eso significa que entienden su situación, no como algo natural o inevitable, sino como una injusticia que espera respuesta”.

Quiero llamar la atención sobre la fecha en que está elaborada la reflexión de Reyes Mate, en 2006, en pleno proceso de negociación con ETA. Estos procesos, igual que ocurrió en 1998 con otra tregua de la banda terrorista, han provocado recelos en las asociaciones de víctimas por el temor de que se volvieran a producir situaciones como en el pasado, en el que en nombre de la paz se sacrificaba siempre la justicia debida a las víctimas.

No es casual que Covite naciera en 1998 y que, en su manifiesto fundacional, presentado el 28 de noviembre de ese año, dos meses después de otra de las treguas de ETA, se opusiera a la reclamación de olvido para superar la violencia. Consideraban básico “conocer la verdad de lo que ha sucedido”. El manifiesto precisaba que, sin el abandono definitivo de la violencia y el terrorismo, “sin el reconocimiento del daño causado y sin atención a las víctimas, es imposible la reconciliación”. Ni es casual que, en noviembre de 2010, en otro momento con expectativas de final de ETA, un total de veintidós fundaciones y asociaciones de víctimas suscribieran un documento titulado “Principios rectores para un modelo de fin de ETA sin impunidad”. En ese documento, además de prevenir contra la tentación de la impunidad jurídica, se indicaba que era preciso “tener muy claro que una narrativa que justifique a posteriori el terror de ETA significa tanto como justificar cada uno de los asesinatos que componen esa historia de terror. Significa tanto como decir que cada uno de esos asesinatos estaba bien, que había que cometerlo o que cometerlo no tiene valor. Sería tanto como volver a asesinar a cada una de las víctimas asesinadas”. La idea de memoria deslegitimadora recorre el documento suscrito por la práctica totalidad de asociaciones de víctimas.

En el pasado, no solo en España, sino en la comunidad internacional, la paz parecía ir de la mano del olvido, de la amnistía en términos penales, que no es sino otra significación del olvido. Por eso, frente a esa tentación, Covite reclamaba la memoria, asociada a la verdad de lo ocurrido y al reconocimiento de las responsabilidades de los terroristas. No era muy distinta la actitud de Covite de la que, en otro contexto, planteaba el poeta argentino Juan Gelman, padre de un desaparecido por la dictadura militar de su país.

Gelman, al recibir el Premio Nacional de Poesía el 19 de junio de 1997, denunciaba que “los esbirros de la dictadura militar prolongan sus terrores paseando impunemente por las calles del país y por los cargos públicos, perdonados por dos presidentes civiles a quienes, que se sepa, ninguna víctima les dio el mandato de perdonar a los asesinos en su nombre”. Recordaba a los asesinados y desaparecidos, para los que “solo podemos exigir justicia para ellos. Y verdad. Para los atenienses de hace veinticinco siglos –decía Gelman-, el antónimo de olvido no era memoria, era verdad. La verdad de la memoria es la memoria de la verdad”.

Hace veinte o treinta años podían plantearse cuestiones como el olvido y el sacrificio de la justicia para poner fin a conflictos violentos, pero la situación se ha modificado sustancialmente en este tiempo, como indicaba Reyes Mate en su ponencia. “El tiempo no ha pasado en balde para nadie, hasta el punto de que fórmulas que eran posibles hace diez o veinte años ya no lo son ahora, porque ha aparecido un elemento nuevo con el que no contábamos. Son las víctimas del terrorismo”, decía. Los violentos no contaban con ellas, pero tampoco las instituciones.

“Se acabó el tiempo en que matar, extorsionar, torturar o amenazar eran excesos circunstanciales que podían borrarse tan pronto como el ejecutor decidiera abandonarlos. Ahora son injusticias cometidas contra inocentes que piden justicia”, indicaba Reyes Mate. “Si basta dejar de matar para que se olviden las muertes causadas, ¿qué impide que el crimen se repita si basta dejar de matar para que todo se olvide?”, añadía con lógica implacable. En esa línea, sostenía que para desterrar la violencia en el futuro “hay que asumir toda la responsabilidad respecto a la violencia pasada”.

El proceso de paz de Colombia ha puesto de manifiesto las dificultades de llevar adelante una actuación de estas características si se consagra la impunidad ante las violaciones de derechos humanos. La organización *Human Right Wach* rehusó apoyar los acuerdos de paz porque no se garantizaba la justicia y esta misma percepción fue clave para que en el referéndum se rechazaran los acuerdos, aunque fuera por una mínima diferencia.

Incluso alguien como Brian Currin reconoce los cambios que se han producido en la esfera internacional en pocos años: “La amnistía es un asunto muy controvertido”, decía en una entrevista a Radio Euskadi en el año 2010. “Las leyes sobre derechos humanos en relación con la amnistía han evolucionado en



la última década y se ha llegado a un punto en el que el énfasis se pone en el derecho de las víctimas por encima de los causantes de la violencia”¹³.

La presencia pública de las víctimas ha sido fuente de problemas para todos los gobiernos, fueran del signo que fueran, pero en los últimos diez años lo ha sido también para ETA y para su mundo. Recupero aquí el hilo que dejé pendiente al principio de mi exposición, el de la actitud de la banda terrorista ante el protagonismo asumido por las víctimas.

ETA y su mundo han estado volcados en defender la justificación histórica de la violencia y la búsqueda de disculpas para el terrorismo en democracia. Más recientemente, desde el anuncio del fin del terrorismo etarra, han incorporado una nueva línea argumental: el reparto de responsabilidades por la violencia de forma que ETA no tenga que asumir en solitario la culpabilidad de sus actos, de sus crímenes, sino que su violencia sea solo una gota en un mar de responsabilidades compartidas por todos, violentos y no violentos.

Desde hace aproximadamente una década, ETA ha tenido que hacer frente a un problema nuevo, como ha sido la presencia de las víctimas y su reclamación de la memoria. Ya no se trata de justificar el asesinato con argumentos históricos o políticos, sino de enfrentarse a cada uno de los crímenes cometidos, de personas con nombre y apellidos.

El reconocimiento de las víctimas de ETA desnaturaliza las excusas políticas de los terroristas, los desnuda, los pone cara a cara con la realidad de los hechos. Y ellos, los etarras, son conscientes de este efecto. Así, por ejemplo, en 2004, en una declaración de protesta formulada contra el Gobierno vasco porque había realizado una campaña de propaganda en recuerdo de las víctimas, ETA decía lo siguiente:

“En la base de esa campaña está el propósito de desfigurar el conflicto político. Y al mismo tiempo, el de ocultar y amparar la violencia de los estados”¹⁴.

ETA se daba cuenta de que si se ponía el acento en aquellas personas que ellos han matado se “desfigura el conflicto político” y quedaba sin sentido su propia historia. La banda terrorista ha ido manifestando bastante inquietud por el

13 *Crónica de Documentación y Actualidad*, editado por la agencia Vasco Press, número 500.

14 *Zutabe*, 104, abril de 2004.

creciente protagonismo de sus víctimas y reaccionó mediante amenazas contra algunos de sus portavoces más cualificados con la esperanza de silenciarlos. En un comunicado de agosto de 2009, por ejemplo, ponía en el punto de mira a personas como Maite Pagazaurtundua, presidenta entonces de la Fundación Víctimas del Terrorismo, a Maixabel Lasa, directora de la Oficina de Víctimas del Gobierno vasco, a Txema Urkijo, asesor de esta misma Oficina, o a Iñigo Lamarka, el Ararteko.

No era la primera vez que, en pocos meses, ETA amenazaba a representantes de las víctimas. En otro comunicado la banda terrorista había atacado a los representantes de las víctimas: “Quieren despolitizar la lucha de este pueblo, quieren humillar a los militantes que han dado todo por este pueblo, quieren castigar hasta la muerte a los presos políticos. Los verdugos disfrazados de víctimas apoyan la caza de brujas en contra de la izquierda *abertzale*”¹⁵.

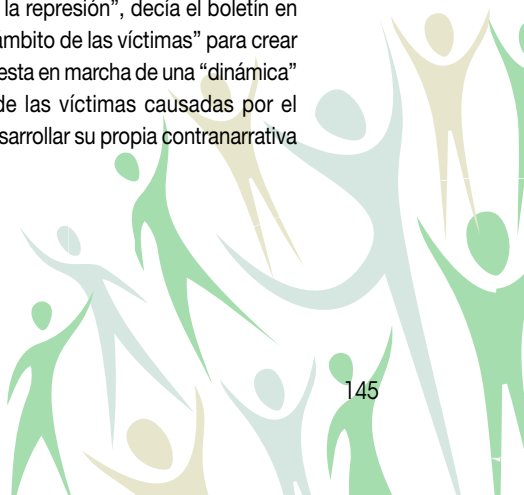
Como puede verse, los etarras volvían a respirar por la misma herida que cuatro años antes, conscientes de que la centralidad de las víctimas les dejaba a ellos sin coartadas políticas y ponía en evidencia su condición de asesinos antes que otra cosa. Y eso es lo que quieren evitar a toda costa.

Esa pugna se ha agudizado cuando se ha planteado la renuncia al terrorismo por parte de ETA. La banda terrorista reconocía que en este combate ideológico el Estado “ha ganado mucho terreno”. Así lo señala en un boletín enviado a los presos en noviembre de 2011, en el que ETA admite que “durante años” no han dedicado la atención que deberían a este asunto. La banda era consciente del papel que han desempeñado las víctimas en este terreno y les atacaba:

“Han convertido a sus víctimas en sherpas de la represión”, decía el boletín en el que se anunciaba que se iba a organizar “el ámbito de las víctimas” para crear contradicciones al Estado¹⁶. Se anunciaba la puesta en marcha de una “dinámica” de “reconocimiento, recuerdo y reparación de las víctimas causadas por el Estado”, poniendo de relieve el propósito de desarrollar su propia contranarrativa en el terreno de la memoria.

15 Gara, 6 de noviembre de 2008.

16 Boletín Ekia de 16 de octubre de 2011.





También Batasuna, en un documento en el que trazaba sus planes políticos para 2012, se refería a este asunto señalando que el Estado había llevado “una gran lucha ideológica durante largos años” en lo que llamaba “ámbito del dolor”¹⁷.

La primera línea de defensa puesta en marcha por la izquierda *abertzale* ha sido la de plantear la existencia de sufrimiento en todas partes. No solo han sufrido las víctimas de ETA, sino también mucha gente en el campo de la izquierda *abertzale*, empezando por los propios etarras. “Todo el sufrimiento soportado por nuestra parte continúa siendo invisible”, afirmaban.

Según ese punto de vista hay una responsabilidad compartida en el sufrimiento causado y, por tanto, se neutralizarían las culpas de ETA. “La izquierda *abertzale* no tiene ningún problema para reconocer lo que ha hecho dentro del crudo conflicto, pero ya sabemos que el Estado nunca reconocerá todo lo que ha hecho. Queremos poner al Estado frente al espejo de sus miserias, bajo la mirada de la sociedad vasca y de la comunidad internacional”, añadía el documento.

A pesar de que proclamaba que estaba dispuesta a “mostrar sin complejos lo que ha hecho”, la declaración de la antigua Batasuna en el Kursaal se limitó a una tímida manifestación de disculpa por si se había malinterpretado que era indiferente ante el dolor causado por ETA. Nadie les acusaba de indiferentes. No habían sido, por desgracia, tan benevolentes, sino que habían alentado el discurso del odio que alimentó el terrorismo. No han reconocido la ilegitimidad de lo que han hecho durante décadas. Ahí están, por citar unos pocos ejemplos, Arnaldo Otegi asegurando que no era consciente del dolor que provocaba ETA¹⁸, un ex alcalde de Ordizia afirmando que “sería injusto decir que aquello estuvo mal”¹⁹-aquello era el asesinato de Yoyes- o la cabeza de lista de EH Bildu por Álava señalando que no se puede responder con “un sí o no” a la pregunta de si matar estuvo mal²⁰.

El mundo de la antigua Batasuna está muy activo socialmente desarrollando iniciativas encaminadas a imponer su propio relato de la historia. Incluso, la propia

17 Documento titulado “2012 urteko ildo politikoa”.

18 *El Correo*, 21 de octubre de 2016.

19 *El País*, 22 de septiembre de 2016.

20 *El Mundo*, 22 de septiembre de 2016.

ETA se ha planteado participar de forma activa en tareas de memoria histórica. En un documento de 2012, que refleja el resultado del último debate relevante en las filas terroristas, ETA rechazaba la posibilidad de disolverse y anunciaba su intención de continuar para “hacer el seguimiento del proceso de liberación y del desarrollo de la estrategia”, además de hacer aportaciones ideológicas, “alimentar la naturaleza luchadora y revolucionaria del movimiento de liberación” y hacer “la transmisión del legado de la lucha de 50 años, trabajando la memoria histórica”.

Termino citando de nuevo a Reyes Mate cuando señala que la paz no es el silencio de las armas, sino “enfrentarse crítica y responsablemente con la injusticia causada”. “Sólo así, reparando la injusticia, quienes hayan sido violentos o quienes hayan tolerado la violencia podrán convertirse en sujetos que construyen la paz”, afirma. Cualquier relato que reparta las culpas o que difumine las responsabilidades de ETA, mediante el recurso que sea, estará haciendo una falsa contribución a la paz, estará contribuyendo más bien al olvido del responsable principal de los abusos cometidos.

Muchas gracias





HENRY PATTERSON

Es profesor emérito de Ciencia Política en la Ulster University de Belfast, Irlanda del Norte. Autor de diez libros y más de cincuenta artículos sobre la historia de Irlanda del Norte e Irlanda, el sectarismo y el nacionalismo, el sindicalismo del Ulster, el republicanismo irlandés y el terrorismo irlandés y sus víctimas. Su libro más reciente es *Ireland's Violent Frontier: The Border and Anglo-Irish Relations during the Troubles* (Palgrave Macmillan, 2016). Actualmente está escribiendo un libro sobre la propagación de narrativas terroristas en el debate sobre el pasado de Irlanda del Norte.





Las víctimas y el proceso de paz en Irlanda del Norte

En Irlanda del Norte nadie pone en duda que las cuestiones relativas a las víctimas y al pasado son el asunto pendiente del proceso de paz y que este no estará totalmente a salvo hasta que dichas cuestiones se hayan abordado. Lo que argumentaré en esta presentación es que esto es exactamente lo opuesto a la verdad. De hecho, veremos que ha habido un profundo distanciamiento entre la lógica política del proceso de paz y los intereses y necesidades de las víctimas. Un proceso que abordase plenamente el deseo de verdad y justicia por parte de la gran mayoría de las víctimas, aquellas que sufrieron a manos de organizaciones terroristas -incluso el deseo únicamente de “verdad”-, podía desestabilizar radicalmente las instituciones de gobierno basadas en el Acuerdo de Viernes Santo de 1998. Por supuesto, siguiendo ese razonamiento, podría decirse que los que más sufrieron no deberían opinar sobre cómo debería avanzar la sociedad. Algunos han dicho incluso que si el proceso de paz de Irlanda del Norte tuvo éxito fue precisamente porque decidió posponer un abordaje serio de las cuestiones relativas a las víctimas y al pasado. Los políticos de Irlanda del Norte no han acordado un “pacto de olvido” para evitar que el pasado sea explotado ahora con fines políticos. Por el contrario, el Sinn Féin, estrechamente ligado a la campaña de violencia del IRA, así como distintas ONG’s y abogados simpatizantes, han desplegado una guerra discursiva para justificar su activismo terrorista.

Desde el punto de vista de las víctimas, el principal desafío del Acuerdo de Viernes Santo fue la puesta en libertad anticipada de miembros de las principales organizaciones terroristas republicanas y lealistas: una garantía de excarcelación en un plazo de dos años²¹. Desde el punto de vista del Estado británico y de una escasa mayoría de la mayoría protestante unionista de Irlanda del Norte esto se consideró un requisito amargo para poner fin a la violencia. Sin embargo, pronto se hizo evidente que el compromiso ético de 1998 sería solo el primero de una serie, pues los líderes del Sinn Féin -el brazo político del IRA- iban a sacar el máximo beneficio por “consolidar la paz”.

21 El primer Comisario de Víctimas de Irlanda del Norte describió la libertad incondicional anticipada como “un terrible error y un incumplimiento del deber” (Kenneth Bloomfield, *A Tragedy of Errors The Government and Misgovernment of Northern Ireland (Una tragedia de errores. El gobierno y el desgobierno de Irlanda del Norte)*, Liverpool, 2007, p. 105).

Esto se hizo patente cuando se permitió al Sinn Féin entrar en el gobierno en el año 2000 sin ningún tipo de entrega de armas previa por parte del IRA; cuando se ignoraron las claras evidencias de participación del IRA en asesinatos y robos (incluyendo el atraco a un banco más importante en la historia de Gran Bretaña e Irlanda); cuando se enviaron “cartas de garantía” a doscientos miembros del IRA “huidos” asegurándoles que no estaban siendo perseguidos por la policía ni en Irlanda del Norte ni en Gran Bretaña; o cuando en distintas investigaciones oficiales se llegó a acuerdos sobre asesinatos atribuidos al Estado y alegaciones de connivencia entre miembros de las fuerzas de seguridad y paramilitares lealistas²².

El principal daño colateral lo sufrieron las víctimas y esto se puso de manifiesto en la definición oficial de “víctima”. La definición se elaboró en 2006 mientras el gobierno de Tony Blair realizaba importantes esfuerzos por restaurar un gobierno autónomo en Irlanda del Norte. La definición de “víctima” formó parte de una serie de concesiones del Estado británico para lograr la declaración de entrega de armas por parte del IRA en 2005. Expresa seca y burocráticamente la voluntad del Estado de adherirse a una serie de definiciones de la realidad, utilizadas por IRA Provisional: una víctima es “aquella persona que sufre o ha sufrido lesiones físicas o psicológicas como resultado o como consecuencia de un incidente relacionado con un conflicto²³”. Así, los terroristas muertos o heridos mientras perpetraban atentados son “víctimas” equiparables a los centenares de hombres, mujeres y niños inocentes asesinados o mutilados en ataques terroristas.

La ciénaga moral a la que a menudo personas bien intencionadas han sido arrastradas por la *realpolitik* del proceso de paz quedaba plenamente expuesta en un debate reciente en el que se hablaba del pasado ante un público que incluía a “ex combatientes”, un eufemismo usado por muchos en el ámbito de la resolución de conflictos y la justicia transicional para “suavizar” las actividades de los miembros de las organizaciones paramilitares. La Comisaria de Víctimas, Judith Thompson, declaró que era un “debate degradante” hablar de “víctimas buenas y malas o de víctimas dignas e indignas”, haciéndose así eco de la denuncia del Sinn Féin de una “jerarquía de víctimas”. Claramente en sintonía

22 Para saber más sobre esta serie de concesiones, véase Paul Bew, *The Making and Remaking of the Good Friday Agreement* (Elaboración y re-elaboración del Acuerdo de Viernes Santo), Dublin, 2007.

23 Orden relativa a Víctimas y supervivientes (Irlanda del Norte) 2006 (<http://www.cvsni.org/index.php/about-us>).



con la exigencia de “igualdad de víctimas”, la Comisaría lamentó que “algunas personas todavía no están en esa fase²⁴”.

El absurdo al que condujo este pensamiento se puso de manifiesto cuando Martin McGuinness, Vice-Primer Ministro de Irlanda del Norte, intervino en la Conferencia sobre Víctimas y Supervivientes de este año. McGuinness, al mando del Consejo del Ejército del IRA y del Comando del Norte en la década de 1980 (en la época del atentado con bomba durante la ceremonia del Día del Recuerdo, en Enniskillen, en el que murieron once civiles²⁵), aprovechó la oportunidad para exigir que el Estado británico abra todos sus archivos al escrutinio público (él mismo ha declarado que abandonó el IRA en 1974). Cuando un periódico se hizo eco de las quejas de la hermana de una de las víctimas del IRA sobre de la incongruencia de que alguien responsable de atentados tomase la palabra en una conferencia de víctimas, el periódico fue criticado por John Brewer, profesor de “estudios de post-conflicto” de la Universidad de Queens (Belfast) por ejercer un “periodismo de conflicto” centrado en el pasado y únicamente en un tipo de víctimas²⁶. En cambio, él abogaba por un “periodismo de paz” que “busque un equilibrio entre la obligación de abordar el pasado y la necesidad de convivencia en el futuro”. Aparentemente, informar sobre la incongruencia de que un ex-terrorista, que aún justifica la campaña del IRA, se dirija a un público entre el que se encuentran víctimas del IRA es perjudicial en un proceso de paz que exige que los periodistas den cuenta de las “narrativas múltiples” y no se concentren en las víctimas de la violencia paramilitar²⁷.

La perspectiva de Brewer la comparten algunas personalidades destacadas en el campo de la justicia transicional, donde la noción de “inocente” está vinculada a las narrativas unionistas y estatales del conflicto que ignoran la historia del Estado de Irlanda del Norte y apoyan un mito de “legalismo mágico” donde el Estado no

24 Finola Meredith: “Si no podemos ver la diferencia entre víctimas y verdugos es que hemos perdido el rumbo como sociedad”, *Belfast Telegraph*, 29 de abril de 2016.

25 Liam Clarke y Kathryn Johnston, *Martin McGuinness From Guns to Government* (Martin McGuinness, de las pistolas al gobierno), Edinburgh & London, 2001, p. 168.

26 “¿Cómo puede McGuinness dar conferencias a las víctimas sobre el pasado?”, *Belfast Newsletter*, 10 de marzo de 2016.

27 John Brewer, “Periodismo de paz no significa sacrificar la verdad”, *Belfast Newsletter*, 18 de marzo de 2016.

viola su propio derecho penal²⁸. De hecho, no es difícil señalar el papel que el unionismo y el Estado británico jugaron en la génesis y en el mantenimiento del conflicto, identificando el terrorismo como una fuerza autónoma y proactiva que, no solo en términos del número de muertes sino también en su determinación por mantener el conflicto durante el tiempo que fuera necesario para alcanzar sus objetivos, sobrepasa a cualquier otro en sus responsabilidades históricas.

A pesar de ello, esta metanarrativa del conflicto de Irlanda del Norte ya está bien establecida. Como resultado, el panorama actual está peligrosamente sesgado hacia una narrativa de culpa ampliamente compartida y a la equivalencia efectiva entre fuerzas estatales y no estatales. Por ejemplo, ha sido habitual referirse a modelos internacionales de comisiones de verdad y reconciliación como posibles soluciones para Irlanda del Norte. Sin embargo, hay una gran diferencia entre Irlanda del Norte y la gran mayoría de los ejemplos internacionales de procesos de recuperación de la verdad: mientras que en los ejemplos sudafricanos y latinoamericanos, que son los más citados por quienes abogan por una comisión local de la verdad, el Estado y sus agentes fueron responsables de la gran mayoría de las muertes y acontecimientos traumáticos, en Irlanda del Norte fueron organizaciones paramilitares las que asesinaron a la gran mayoría de las víctimas. Los paramilitares republicanos fueron responsables de casi el 60% de las muertes (el IRA Provisional fue responsable del 48,1%, los lealistas del 29,7% y las fuerzas de seguridad del 9,9%)²⁹. El Ejército británico fue responsable de 158 muertos civiles y las fuerzas policiales, la RUC (Gendarmería Real del Ulster), de 27. Los grupos paramilitares republicanos, en su mayoría los “Provisionales”, mataron a 644 civiles.

Estas cifras son un reto importante para las narrativas que se centran (al igual que las de los académicos y las ONG's que trabajan en el campo de la justicia

28 Véase, por ejemplo, K. McEvoy y K. McConnachie, “Victimology and transitional justice: Victimhood, innocence and hierarchy” (*Victimología y justicia transicional: Victimismo, inocencia y jerarquía*), *European Journal of Criminology*, 9 (5), 2012, y Kevin Hearty, “Legislating Hierarchies of Victimhood and Perpetrators: The Civil Service (Special Advisers) Act (NI) 2013 and the Meta Conflict”, (*Legislando las jerarquías de víctimas y agresores: La Ley de la función pública (Asesores especiales) (NI) 2013 y el Meta Conflicto*), *Social and Legal Studies*, 25 (2016).

29 Véase D. McKittrick, S. Kelters, B. Feeney, C. Thornton y D. McVea, *Lost Lives: The Stories of the Men, Women and Children who Died as a Result of the Northern Ireland Troubles* (*Vidas perdidas: las historias de hombres, mujeres y niños que murieron como resultado del conflicto de Irlanda del Norte*), Edinburgh: Mainstream Publishing, 2012, pp. 1.534-1.536.



transicional) en las transgresiones de los Estados y en los crímenes perpetrados durante *the Troubles*³⁰. Hay un regusto posmodernista en muchos de los debates donde todas las narrativas se tratan como epistemológicamente iguales, a pesar de la naturaleza obviamente tendenciosa y partidista de muchas de ellas. Una cosa es afirmar que todas las historias deben ser escuchadas y otra decir que todas deban valorarse igual. Puede ser legítimo argumentar que todas las familias que sufrieron una pérdida sufrieron igual, pero es ilegítimo afirmar que no se puede hacer distinción alguna entre víctimas inocentes y quienes han cometido un delito. El efecto político de no hacer estas distinciones implica desviar el movimiento de transición hacia terrenos ideológicamente ventajosos.

El recurso epistemológico para sostener esa tesis es acudir a la memoria y evitar la historia. Así, memoria se identifica con “verdad”, a pesar de las abundantes conclusiones de psicólogos e historiadores culturales que han determinado cómo la memoria constantemente construye y reconstruye el pasado en base a necesidades y preocupaciones del presente³¹. Gran parte del debate sobre cómo abordar el pasado en Irlanda del Norte se apoya en la idea de que una “verdad” global sobre el pasado surgirá de un proceso participativo de “recuperación de la verdad” en el que “todas las partes” puedan presentar sus perspectivas, sus “verdades”. Pero la multiplicidad de puntos de vista es más probable que produzca un choque estridente de memorias agravadas que no desafíen la narrativa estructuralista dominante.

Según esta narrativa, el IRA fue la consecuencia de la represión por parte del Estado del movimiento no-violento en favor de los derechos civiles en 1967-1969. El IRA Provisional se presenta como la continuación de un movimiento de masas reformista mediante medios violentos. Los dirigentes de los Provisionales dejaron claro desde el principio que su objetivo era la destrucción del Estado de Irlanda del Norte, no su reforma. Su crítica a los principales partidos nacionalistas fue que no habían logrado su objetivo de una Irlanda unida. Esto era obviamente cierto, pero la conclusión del IRA Provisional según la cual lo que no se podía obtener pacíficamente podía obtenerse violentamente era delirante. La violencia que inicialmente tenía por objeto forzar la retirada británica se convirtió en los años

30 Nota del Traductor: Término por el que se conoce el “conflicto” de Irlanda del Norte; literalmente, “los problemas”.

31 Julia Shaw, *The Memory Illusion: Remembering, Forgetting and the Science of False Memory* (*La ilusión de la memoria: recordar, olvidar y la ciencia de la falsa memoria*), Londres, 2016.

ochenta en un medio para bloquear cualquier arreglo político moderado, como el prefigurado en el Acuerdo de Sunningdale de 1974. A mediados de la década de 1980 Gerry Adams y la dirección del IRA se vieron obligados a reconocer algo de lo que moderados como John Hume se habían dado cuenta mucho antes: que el Estado británico no tenía objeción estratégica alguna a una Irlanda unida, siempre y cuando esta tuviese lugar sin la amenaza de la violencia y con el consentimiento de una mayoría en Irlanda del Norte. La violencia continuó en gran medida para garantizar al Sinn Féin un papel central en las futuras negociaciones políticas. Como algunos críticos republicanos de Adams han señalado, cientos de personas seguirían muriendo -y millares de personas seguirían sufriendo- por un acuerdo no mucho mejor, desde un punto de vista nacionalista, que el que se ofreció en Sunningdale en 1974³².

El Estado de Irlanda del Norte era discriminatorio y, durante cincuenta años, estuvo dirigido por el Partido Unionista del Ulster, con el apoyo de la mayoría protestante de la región. La crisis del Estado a finales de los años sesenta, con la presión reformista por parte del gobierno británico y la reacción excesiva ante las masivas movilizaciones de las organizaciones de derechos civiles en las calles, crearon las condiciones para el estallido de serios brotes de violencia sectaria, particularmente en Belfast. Pero, como diversos historiadores contemporáneos han demostrado, el IRA pretendía transformar estos enfrentamientos sectarios en una lucha armada dirigida a la policía y el ejército, y su objetivo era forzar la retirada británica de Irlanda del Norte³³.

Algunas de las decisiones más desastrosas del Estado británico se tomaron en este período: su apoyo a la entrada en vigor de la detención sin juicio en agosto de 1971, y el uso del Regimiento de Paracaidistas para vigilar la marcha de los derechos civiles en Londonderry, en enero de 1972, que concluiría con la “Matanza del Domingo Sangriento”. Sin embargo, estas decisiones no se tomaron en el vacío. En las dos semanas anteriores a la marcha, el IRA había disparado contra

32 Anthony McIntyre, “We, the IRA, have failed” (“Nosotros, el IRA, hemos fracasado”), en su *Good Friday: The Death of Irish Republicanism* (Viernes Santo, la muerte del republicanismo irlandés), New York, 2008, p. 8.

33 Thomas Hennessey, *The Evolution of the Troubles 1970-72* (La evolución de los Troubles), Dublin, 2007, y Simon Prince y Geoffrey Warner, *Belfast and Derry in Revolt: A New History of the Start of the Troubles* (Belfast y Derry en revuelta. Una nueva historia del comienzo del conflicto), Dublin, 2011.



las fuerzas de seguridad en ochenta incidentes en Londonderry, provocando la muerte de dos miembros de las fuerzas de seguridad y dos heridos³⁴. También hace falta una contextualización histórica para criticar la fijación actual que existe con las actividades colusorias de los miembros de las fuerzas de seguridad. Una definición exagerada del término “colusión” ha permitido que la participación indudable en actividades delictivas por parte de algunos miembros de las fuerzas de seguridad se amplíe hasta hablar de acusaciones de conspiración estatal generalizada de asesinato. Esto tiene un propósito claramente político: aumentar la culpabilidad del Estado en cuanto al número de muertes para incluir muchas de las perpetradas por paramilitares lealistas e incluso los asesinatos de informantes por parte del IRA.

Lo que falta en la literatura sobre la colusión es una contextualización histórica. Así, por ejemplo, algunos datos indican que esta actividad aumentó tras el fracaso del Estado irlandés de mejorar la cooperación en materia de seguridad transfronteriza contra el IRA a cambio del papel más destacado en el gobierno de Irlanda del Norte que le había conferido en 1985 el Acuerdo Anglo-Irlandés³⁵ y cuando, como consecuencia de las importaciones de armas a Libia por parte del IRA, se produjo una intensificación importante de su actividad. Por muy deplorables que fueran esas actividades colusorias, el hecho es que el enfoque unilateral sobre este tema por parte de las ONG's, los abogados y los medios de comunicación locales termina por tratar la violencia paramilitar como un subproducto de la criminalidad estatal.

El discurso justificativo, con su énfasis en las causas estructurales y en la colusión estatal, generó cierta resistencia por parte del gobierno conservador anterior cuando la ex Secretaria de Estado para Irlanda del Norte, Teresa Villiers, aludió a una “narrativa perniciosa”, “una versión de *the Troubles* que trata de desplazar la responsabilidad de las personas que perpetraron actos de terrorismo y situar al Estado en el centro de casi todas las atrocidades y asesinatos que tuvieron lugar”³⁶. El retorno de la descentralización ha generado cierta presión

34 Paul Bew, “The Bloody Sunday Tribunal and the role of the historian” (*El Tribunal del Domingo Sangriento y el papel del historiador*), en H. Jones et al., *Contemporary History on Trial: Europe since 1989 and the role of the expert historian* (*La historia contemporánea a juicio: Europa desde 1989 y el papel del historiador experto*), Manchester, 2007, p. 71.

35 Henry Potterson, *Ireland's Violent Frontier The Border and Anglo-Irish Relations during the Troubles*, (*La frontera violenta de Irlanda. La frontera y las relaciones anglo-irlandesas durante the Troubles*), 2016.

36 “Texto completo del discurso de Teresa Villiers”, *Derry Journal*, 11 de febrero de 2016.

por parte de los dos principales partidos unionistas en favor de un proceso más equilibrado, lo que ha tenido algunos efectos en el Acuerdo de Stormont House en cuanto a las propuestas relativas a cómo abordar el pasado. Esto queda particularmente patente en la disposición a favor de que el mundo académico participe en el establecimiento de una cronología histórica y se examinen ciertas cuestiones y pautas del conflicto, aunque esto no se haría hasta que una Unidad de Investigaciones Históricas (UIH) hubiese finalizado su tarea. Esta Unidad (UIH) es el elemento más importante del Acuerdo de Stormont House si tenemos en cuenta que el gobierno británico ha acordado abrir todos los archivos relacionados con los cientos de asesinatos sin resolver durante *the Troubles*.

Si esta propuesta sale adelante, va a haber gran cantidad de material nuevo disponible y, aunque esto pueda probar la participación de los agentes estatales en actividades delictivas, esta podría quedar eclipsada ante la envergadura del material relativo a los paramilitares republicanos y lealistas. George Hamilton, jefe de policía del Servicio de Irlanda del Norte, dio la bienvenida a la propuesta de la UIH aludiendo a los “millones de páginas de documentos de inteligencia” en los archivos policiales que, según sus palabras, “corregirían un enfoque parcial y aportarían una perspectiva más equilibrada y proactiva sobre lo que realmente sucedió durante ese período”³⁷. Junto con el trabajo sobre las cuestiones y las pautas, esto podría representar un avance y un re-equilibrio en las reglas de juego que en estos momentos están dominadas por las narrativas terroristas. Quizá esta sea la razón por la cual el Sinn Féin aún no ha dado su consentimiento al establecimiento de las nuevas estructuras. Como John Ware -periodista inglés que cubrió *The Troubles* durante décadas- dijo en referencia al potencial de la UIH: “Quizá podamos ser testigos del final del relato parcial que hasta ahora ha dominado la historia de *The Troubles*”³⁸.

37 Deborah McAleese, jefe de Policía del PSNI: “I want to hand over vault of secret police files on Troubles murders” (*Quiero entregar los archivos de la policía secreta sobre los asesinatos durante the Troubles*), *Belfast Telegraph*, 12 de junio de 2015.

38 John Ware, “Collusion cuts both ways” (*La colusión, un arma de doble filo*), *Standpoint*, julio/agosto de 2015.



JOSÉ ANTONIO PÉREZ PÉREZ

Es Doctor en Historia Contemporánea por la Universidad del País Vasco y premio extraordinario de doctorado (2002). Actualmente es profesor de las Aulas de la Experiencia de esta Universidad. Es especialista en el mundo laboral bajo el franquismo. Durante los últimos años ha investigado también sobre otros temas relacionados con la dictadura franquista, como la historia de género, la represión y la violencia política. Es autor de los libros: *Los años del acero*. (2001), *Los espejos de la memoria* (2004) y coautor, junto con Norberto Ibáñez Ortega, de otras dos obras, *Facundo Perezagua. El primer líder obrero de Bizkaia, 1860-1935* (2003) y *Ramón Ormazábal. Biografía de un comunista vasco, 1910-1982*. (2005). Ha coordinado, junto con José M^a Ortiz de Orruño, la edición de libro *Construyendo memorias. El relato histórico después del terrorismo en Euskadi* (2013).

Además, ha sido ponente en diversos congresos de historia y ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas. Es investigador y miembro del consejo de dirección del Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda. Ha participado como coautor en los últimos libros colectivos publicados por este centro: *País Vasco y España: identidades, nacionalismos y Estado (siglos XIX y XX)* (2007), *La autonomía vasca en la España contemporánea (1808-2008)* (2008) y *Los heterodoxos de la patria* (2011). Ha participado en la Comisión de



expertos para la elaboración de un proyecto sobre el Instituto de la Memoria del País Vasco y actualmente participa también en la Comisión creada para la revisión y reconocimiento de las víctimas producidas por los abusos policiales entre 1960 y 1978.

En la actualidad es Director científico del proyecto de investigación “Historia del terrorismo”, derivado de un convenio de colaboración entre el Instituto Valentín de Foronda y el Centro-Memorial de Víctimas del Terrorismo.

La tentación unificadora de la memoria de “todas las víctimas” en el País Vasco

El texto introductorio que sirve de presentación a este nuevo simposio sienta claramente las bases del debate sobre una cuestión que late con fuerza entre un sector de la sociedad vasca³⁹: la “injusticia de homogeneizar a las víctimas y equiparar su situación a través de un lenguaje unificador que maltrata a los afectados, manipula a la sociedad y evita abordar la cuestión con garantías”. ¿Cuál es la injusticia sobre la que alerta el simposio? ¿A qué responde el miedo que manifiestan algunas víctimas, y más en concreto las del terrorismo, sobre esta cuestión? ¿Está justificado este temor? ¿Se basa en hechos constatables y objetivos o son simples apreciaciones subjetivas e infundadas sobre un problema inexistente, agitado por determinados intereses partidistas, como en ocasiones se ha afirmado de forma despectiva?

Creemos sinceramente que se trata de un temor perfectamente justificado, de una inquietud compartida por otra serie de personas que, sin haber vivido ni sentido directamente la violencia, han tratado ampliamente sobre sus orígenes y sobre sus consecuencias desde diferentes perspectivas y disciplinas. Historiadores, filósofos, cineastas y escritores, entre otros profesionales, vienen denunciando desde hace años la orientación que se está dando al tratamiento de la *memoria* en el País Vasco y, más en concreto, a aquella que afecta a las víctimas del terrorismo⁴⁰. A lo largo de estos dos intensos días ya se han presentado algunos

39 Un sector, no nos engañemos, minoritario dentro de la sociedad vasca.

40 Sobre la pérdida de centralidad de las víctimas en los últimos años ya han advertido, entre otros, Martín Alonso (coord.), *El lugar de la memoria. La huella del mal como pedagogía democrática* (Bilbao: Bakeaz 2012) y, desde una perspectiva histórica, Luis Castells, “Las víctimas del terrorismo. La cuestión del relato”, *Huarte de San Juan. Geografía e historia*, 21 (2014), pp. 331-344.

argumentos de peso que nos permiten alertar sobre el peligro de un *relativismo buenista* que pretende, aunque se niegue en sus textos y pronunciamientos públicos, equiparar por la vía de los hechos a “las víctimas de todas las violencias”, como si el tipo de violencia que todas ellas sufrieron tuviera el mismo origen, se soportase sobre los mismos proyectos y hubiera tenido los mismos apoyos por parte de la sociedad vasca.

Las víctimas de la violencia política, en cada una de sus diversas expresiones, ya lo hemos apuntado en otras ocasiones, son iguales en cuanto a la injusticia sufrida, en cuanto a su dolor y padecimiento, y en relación a los derechos que legítimamente demandan. Aquellas personas que perdieron la vida como consecuencia de acciones derivadas de la violencia política deben tener el mismo reconocimiento social e institucional y deben ser objeto del mismo tipo de trato. La diferencia sustancial para establecer un tratamiento diferenciado de las víctimas se basa en la intencionalidad y consideración política que les otorgaron sus perpetradores, en las circunstancias que rodearon cada crimen, en los proyectos políticos que trataban de imponerse en cada caso, en los apoyos que tuvieron unos u otros hechos y en la respuesta social que generaron. En este aspecto, por ejemplo, existen diferencias importantes entre las víctimas del terrorismo de ETA y las producidas por las organizaciones terroristas de la extrema derecha⁴¹; también, por supuesto, con respecto a las provocadas por los abusos policiales, que en muchos casos poco tienen que ver con los anteriores, por más que algunas instituciones pretendan incorporarlas al mismo grupo de víctimas. Por ello es tan necesario analizar con rigor cada fenómeno y el contexto en que se produjo, aunque a las víctimas de todos ellos les asistan los mismos derechos.

Existen, al menos, dos visiones sobre el pasado que defienden la necesidad de abordar la cuestión de la memoria del País Vasco desde esta perspectiva unificadora. Se trata de una concepción que pretende cauterizar heridas por la vía de un reconocimiento global, sin distinciones ni jerarquías, con el fin de llegar

41 Mientras las víctimas de ETA, hasta bien entrados los años noventa del siglo XX, apenas tuvieron un respaldo social, la práctica totalidad de las víctimas de los atentados cometidos por los grupos de extrema derecha y parapoliciales, incluidos los formados por los mercenarios de los GAL, tuvieron en el País Vasco, en general, una amplia contestación social en forma de manifestaciones, paros, protestas y actos de homenaje de todo tipo. Véase a este respecto Raúl López: *Informe Foranda. Los efectos del terrorismo en la sociedad vasca*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2015.



a una convivencia pacífica y “normalizada” (alguien tendrá que explicar algún día lo que se entiende por normalización). Por un lado, están quienes apoyaron durante años la existencia de un “conflicto político” para justificar el ejercicio del terror⁴². Su actitud tras la derrota de ETA era la esperable. Nadie quiere pasar a la historia responsable directo, por acción, justificación u omisión, de una larga lista de asesinatos que, finalmente, tan solo sirvieron para extender el miedo y el dolor entre quienes los sufrieron, sin haber alcanzado ni uno solo de los objetivos que se propusieron sus victimarios. Para ello es necesario apelar a la existencia de un conflicto de naturaleza política que serviría para justificar/contextualizar los crímenes cometidos y el sacrificio de los verdugos, que se vieron obligados, a su pesar, a empuñar las armas contra sus víctimas.

Desde esta perspectiva, el reconocimiento de “las víctimas de la lucha armada” practicada por ETA solo será posible si conlleva también un reconocimiento de “todas las consecuencias del conflicto”, es decir, de todas las circunstancias derivadas de un enfrentamiento entre dos bandos. Y ello incluye a aquellas personas que perdieron su vida como resultado de las acciones cometidas por otros grupos de signo contrario, desde el Batallón Vasco Español a los mercenarios de los GAL, a las víctimas producidas por los abusos policiales y a los fallecidos en otro tipo de situaciones (suicidios, infartos o accidentes de tráfico sufridos por familiares de presos de ETA al viajar a visitar a estos en las cárceles...). A todas ellas, por supuesto, habría que añadir las muertes de los propios miembros de esta organización, producidas en enfrentamientos con las Fuerzas del Orden Público, e incluso aquellas provocadas por la explosión de los propios artefactos que portaban o se disponían a activar para asesinar a otras personas. Se trata, en definitiva, de equilibrar por acumulación la balanza de víctimas mortales provocadas por ETA (alrededor de 850) con un contrapeso similar que contribuya a visibilizar la ficción de un conflicto político con dos bandos perfectamente definidos, que tuvieron las mismas responsabilidades en la sangre derramada durante las últimas décadas⁴³.

42 Sobre la importancia del concepto “conflicto político”, véase: Fernando Molina: “El ‘conflicto político’: Relatos de historia, memoria y nación”, en Fernando Molina y José Antonio Pérez (eds.), *El peso de la identidad*, Madrid, Marcial Pons, 2015, pp. 181-223, y Gaizka Fernández Soldevilla, “Mitos que matan. La narrativa del ‘conflicto vasco’”, *Ayer*, 98 (2015/2), pp. 213-240.

43 El proyecto más ambicioso en este terreno es el impulsado por *Euskal Memoria*. <http://www.euskalmemoria.eus/es>

No es esta la única perspectiva unificadora que busca el reconocimiento de “todas las víctimas”, aunque existen importantes diferencias entre ambas. La Secretaría de Paz y Convivencia del Gobierno Vasco entiende y aborda esta cuestión tan delicada desde la perspectiva de los derechos humanos, un concepto que se ha convertido, afortunadamente, en uno de los paradigmas del Estado de derecho y frente al cual caben pocas críticas. La defensa de los derechos humanos y el necesario reconocimiento de las víctimas de la violencia política, en cada una de las formas en que esta se exprese, constituyen hoy en día algunos de los pilares fundamentales de una sociedad democrática, más aún en un caso como el que nos afecta, donde esos derechos y el más importante de ellos, el respeto a la vida, fueron vulnerados sistemáticamente durante décadas por el terrorismo con el beneplácito de quienes lo apoyaron.

La defensa de los derechos humanos ha calado incluso, a su manera, dentro de la izquierda *abertzale*, obligando a un cambio retórico en el tradicional discurso que ha mantenido hasta hace pocos años. De este modo, quienes se manifestaron durante décadas únicamente a favor de los derechos de los presos de ETA, defienden ahora la necesidad de reconocer “todos los derechos para todas las personas”, aunque ello implique, como ya se ha apuntado, poner en el mismo plano a las víctimas inocentes y a los victimarios que vulneraron esos derechos y acabaron con sus vidas. Resulta complicado reivindicar la memoria de las víctimas del terrorismo sin rechazar la utilización de este último como instrumento político al servicio de unas ideas políticas, como pretende hacer la izquierda *abertzale*. Y resulta más complicado aún creer en la sinceridad de ese reconocimiento de las víctimas cuando se sigue ofreciendo un caluroso apoyo a los victimarios.

De manera que existen importantes diferencias entre la perspectiva que mantiene el Gobierno Vasco en esta materia y la que defiende la izquierda *abertzale*. Por ejemplo, el primero no admite el reconocimiento de los terroristas muertos en enfrentamientos con las Fuerzas del Orden Público, ni tampoco el de aquellos que perdieron la vida cuando pretendían hacer explosionar los artefactos que portaban. Sin embargo, la necesidad de la Secretaría de Paz y Convivencia de cubrir todos los fenómenos de violencia política que produjeron víctimas (desde la guerra civil hasta la actualidad, nada menos) no puede caer en el exceso o en la falta de rigor a la hora de abordar esta cuestión.

Conviene en este caso encarar el tema desde la reflexión acerca de la consideración sobre un fenómeno tan específico como el de la violencia política y las víctimas



que esta ha generado⁴⁴. La incorporación a los diferentes listados y a los homenajes de personas que no corresponden al perfil específico de una víctima de la violencia política o, peor aún, la inclusión de algunos reconocidos victimarios que murieron en determinadas circunstancias, pueden provocar más dolor que aquel que pretende paliar. Vayamos con algunos ejemplos.

El 19 de septiembre de 2015 la Guardia Civil detuvo en Otxandiano a cuatro jóvenes acusados de enaltecimiento del terrorismo como responsables de un acto celebrado el 25 de julio en esa misma localidad, donde se rendía homenaje a la miembro de ETA Lucía Urigoitia, muerta en un piso de Trintxerpe-Pasajes, en el transcurso de una operación policial desarrollada por aquel mismo cuerpo en 1987 contra el comando *Donostia* de ETA. Pocos días después de la detención de los jóvenes de Otxandiano, el Ayuntamiento, apoyado por los ediles de EH Bildu y del PNV, expresó (citamos literalmente) su “miedo” por las repercusiones penales que (pudieran) acarrear los homenajes a las víctimas de la violencia y pidió al *Lehendakari* que “ofreciese amparo públicamente a los ediles del municipio a la hora de organizar actos de reconocimiento de ese tipo”. Para ello, el consistorio se apoyó en el documento que unos días antes había hecho entrega el propio *Lehendakari* a ciento treinta alcaldes vascos en un acto público, donde, según las palabras de los concejales de esta localidad, Lucía Urigoitia era reconocida como víctima.

El documento en cuestión, titulado *Retratos municipales de las vulneraciones del derecho a la vida en el caso vasco* (sic), *Otxandiano, 1960-2010*, ha sido uno de los numerosos informes que ha impulsado la Secretaría de Paz y Convivencia, y en gran medida se basa en otros informes anteriores que han sido convenientemente adaptados a la historia de cada municipio⁴⁵. Si atendemos a lo expresado literalmente por el citado informe no es cierto que el documento reconozca a Lucía

44 Una reflexión sobre esta cuestión, por ejemplo, en Julio Aróstegui, “Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia”, *Ayer*, 13 (1994), pp. 17-56; Santos Juliá, *Violencia política en la España del siglo XX*, Madrid, Taurus, 2000; Eduardo González Calleja, *La violencia en la política. Perspectivas teóricas sobre el empleo deliberado de la fuerza en los conflictos de poder*, Madrid, CSIC, 2002 y Antonio Rivera y Carlos Carnicero (eds.), *Violencia política. Historia, memoria y víctimas*, Madrid, Maia, 2010.

45 Entre otros hay que destacar el de Jon Mirena Landa, *Informe de víctimas de vulneraciones de los derechos humanos derivadas de la violencia política*, Vitoria-Gasteiz, 2008, y VV. AA., *Informe-base de vulneraciones de derechos humanos en el caso vasco, 1960-2013*, Vitoria-Gasteiz, 2013. Resulta significativa la supresión en los nuevos informes de los términos “víctimas” y “violencia política”.

Urigotia como víctima, pero su inclusión dentro de un apartado específico -y al mismo ambiguo-, titulado “Casos que merecen una mayor investigación”, puede inducir a error o, al menos, a determinadas interpretaciones interesadas⁴⁶. El texto de presentación de los citados retratos municipales dice lo siguiente:

“Cada uno de estos cuadernillos tiene carácter de base de datos local. Un retrato municipal que ofrece la información disponible hasta este momento. No se trata de un documento de reconocimiento oficial de víctimas, sino de un documento informativo sobre casos de vulneración del derecho a la vida. El reconocimiento institucional de las víctimas es todavía hoy un proceso inacabado y en discusión. No obstante, y aunque este no sea su objetivo, este trabajo quiere contribuir a esa tarea colectiva de un reconocimiento que debe llegar a todas las víctimas guiado por el principio de igualdad y no discriminación.

(...) El objetivo principal de estos retratos es ofrecer a los ayuntamientos vascos la información disponible sobre su municipio para contribuir al impulso de actuaciones memoriales y de reconocimiento a las víctimas en el ámbito local. El trabajo responde, en este sentido, a una necesidad expresada por ayuntamientos vascos que, al pretender promover actuaciones como el Mapa de la Memoria, se han encontrado con una insuficiente información sobre las víctimas que la violencia y el terrorismo han provocado en su municipio en los últimos 50 años.

(...) En definitiva, este documento pretende ser una herramienta útil para que los responsables municipales puedan abordar proyectos memoriales. Se trata de responder al deber institucional de impulsar una memoria crítica frente a la violencia padecida en el pasado. Una memoria que mantenga vivo el recuerdo de las víctimas y que proyecte al presente y al futuro un compromiso definitivo con los derechos humanos y, en especial, con el respeto al derecho a la vida y a la dignidad de las personas”.

46 El epígrafe ha sido cambiado recientemente (noviembre de 2016) en la nueva edición que se ha realizado del informe para la localidad de Otxandiano. En estos momentos, el caso de esta miembro de ETA aparece dentro de un apartado denominado: “Casos con insuficiente clarificación”, aunque sigue apareciendo con la antigua denominación en los retratos municipales correspondientes a Pasaja.



Como ya se ha apuntado, los autores del informe advierten de que no se trata de un documento oficial de reconocimiento de víctimas, sino de un texto informativo sobre “casos de vulneración del derecho a la vida (...) producidas en el caso vasco entre 1960 y 2010 por efecto del terrorismo o cualquier forma de violencia de pretexto político”. Con esta advertencia descargan en los ayuntamientos la responsabilidad de impulsar actuaciones memoriales y de reconocimiento de las víctimas en el ámbito local. Sin embargo, a partir de lo apuntado en esa presentación, resulta complicado no considerar víctimas a todas aquellas personas que aparecen en el listado, aunque sean incluidas dentro de epígrafes tan indefinidos y equívocos como el ya señalado. Si realmente estos casos, a juicio del Gobierno Vasco, merecen una mayor investigación -más adelante apuntaremos algunos ejemplos donde este asunto parece más que cuestionable-, ¿por qué son incorporados a un documento junto con un importante número de víctimas cuya condición, autoría y categoría están plenamente acreditadas, incluso judicialmente y con sentencia firme? Si se tienen dudas sobre algunos casos, ¿no hubiera sido más prudente la elaboración de un documento específicamente dedicado a ellos y no su inclusión dentro de un informe que recoge una relación de víctimas del terrorismo y de abusos policiales, que puede resultar hiriente para algunas de ellas?

Los citados retratos municipales presentan una serie de categorías o clasificaciones donde se ha sustituido el concepto de “víctimas” por el de “vulneraciones del derecho a la vida”. De este modo aparecen casos de “vulneraciones” provocadas por ETAm, ETApM y Comandos Autónomos Anticapitalistas, por la Triple A, BVE y grupos similares y los GAL. Una tercera categoría recoge las provocadas por diversos abusos policiales, una cuarta incorpora “casos de autoría confusa y otros”, y, por último, cierra una quinta denominada “otros casos que necesitan mayor contraste e investigación”.

Es decir, en los epígrafes de la clasificación se ha evitado deliberadamente la referencia a las “víctimas” y, por supuesto, se ha renunciado a incluir una categoría específica dedicada a los “asesinatos políticos”, que correspondería únicamente a los cometidos por las organizaciones terroristas (el 92% obra de ETA y grupos afines); es decir, a aquellas personas a quienes sus victimarios atribuyeron un carácter y/o consideración política al atentar contra sus vidas. A cambio, se utiliza un concepto que rebaja o directamente elimina la carga política del asesinato y se sustituye por uno mucho más “técnico” y supuestamente más descriptivo, y, por lo tanto, menos controvertido, como es el ya citado de “vulneración del

derecho a la vida”. El objetivo parece bastante claro: incluir dentro del listado otros muchos casos de personas que perdieron su vida en circunstancias que difícilmente podrían ser consideradas como víctimas de la violencia política y, mucho menos, de crímenes políticos. Vayamos también en esta cuestión con algunos ejemplos.

Un repaso a los citados retratos municipales desvela algunos datos sorprendentes, como la inclusión de una treintena de terroristas de las dos ramas de ETA y de los CAA muertos en diversas circunstancias. El grupo más importante es el compuesto por aquellos que perdieron la vida en el transcurso de operaciones contraterroristas, como la propia Lucía Urigoitia, José Luis Etxeberria Aguirre, Pedro Mari Isart, Dionisio Aizpuru, Rafael Delas, José María Izura, Nicolás Mendizabal o Sebastián Goikoetxea, Roque Méndez, José Luis Mondragón, Roberto Aramburu y José María Iturrioz. Más sorprendente aún resulta la inclusión de estos cuatro últimos casos, ya que fueron desestimados en su momento por la Comisión constituida por el propio Gobierno Vasco al amparo del decreto de julio de 2012 sobre víctimas de abusos policiales, al concurrir en ellos circunstancias especiales, como su participación directa en la comisión de atentados terroristas en el momento de su muerte, incompatibles con su consideración como víctimas. Y más llamativo aún resulta que esta información crucial -la de su implicación directa en atentados de los que huían tras haberlos cometido o que pretendían llevar a cabo de forma inminente- se haya omitido en el resumen de los casos que aparecen brevemente reseñados en los listados.

Otro tema significativo es el de los suicidios que son cuestionados en estos informes, donde aparecen los casos de José María Arizmendi Arbulu, Jon Lizarralde, Susana Arregui⁴⁷, José Luis Geresta o Josu Zabala Salegui⁴⁸, o el de terroristas

47 Como quedó acreditado en la investigación posterior, Lizarralde y Arregi se quitaron la vida al verse cercados por la Guardia Civil en la Foz de Lumbier (Navarra), el 25 de junio de 1990, como ratificó su compañero, el miembro de ETA Germán Rubenach, en declaración ante la juez y en presencia de su abogado, aunque posteriormente cambiase varias veces su versión de los hechos. Véase a este respecto Javier Marroán, Gonzalo Araluze, Rocio García de Leániz y María Jiménez, *Relatos de plomo en Navarra: 1987-2011*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2014, pp. 127-150.

48 El caso de Josu Zabala Salegui es especialmente significativo. El Gobierno Vasco parece ignorar la sentencia del Tribunal Europeo de Derechos Humanos del 2 de diciembre de 2012, que rechazó la apelación de la familia del fallecido y confirmó las sentencias que en su momento emitieron el Juzgado número 1 de Eibar y el Tribunal Constitucional.



fallecidos por muerte natural, como Jon Anza o José Luis Salegui Elorza⁴⁹. En estos y otros casos, el documento del Gobierno Vasco parece otorgar la misma consideración y veracidad sobre las circunstancias de las muertes a la versión oficial y a la sostenida por los entornos de los terroristas. Y no nos referimos a los casos que podrían ser más controvertidos, es decir, aquellos que ocurrieron durante la dictadura franquista, sino a otros muchos que tuvieron lugar a lo largo del periodo democrático, una cuestión que produce perplejidad.

También se incluyen en los listados muertes por posibles atropellos, como las de Fernando López de Aberásturi, Santiago Arbeo o Clemente del Caño Ibáñez⁵⁰, y fallecidos por ataques cardíacos sufridos en el transcurso de diversos registros policiales o de manifestaciones (Francisca Sizar Ureta, Imanol Lertxundi Kalzakorta, Ángela Benito, Conchi Sanchiz Corzo o Rosa Zarra)⁵¹.

Igualmente sorprende la incorporación a los listados de muertes producidas en el trascurso de incidentes ocurridos en bares, provocados por policías, incluidos aquellos donde participaron agentes de paisano o fuera de servicio y en estado de embriaguez, como los que hacen referencia a Francisco Caballero, Domingo Hernando, Luis Quintana Monasterio, Justo López, Félix Mingueta o Hank Erick Atton. Del mismo modo se incluyen en estos retratos los casos de otras personas que resultaron igualmente muertas en altercados o persecuciones policiales que, al parecer, nada tenían que ver con actos de terrorismo o violencia política, como los de Félix Arnaiz Maestro, Alfredo Sebastián Zaldivar, Gonzalo Pequeño Moyano o Felipe Carro Flores.

49 También resulta sorprendente su inclusión en el informe, ya que en ambos casos se procedió a la realización de las correspondientes autopsias y los resultados ratificaron la versión oficial que atribuyó su muerte a causas naturales. El caso de Salegui es bien significativo: fue sometido a cuatro autopsias diferentes, tres en México, donde murió, y una en España; todas ellas con idénticos resultados.

50 Los dos primeros fallecieron tras ser atropellados en 1974, aunque alguna publicación vinculada al mundo *abertzale* afirma que fueron detenidos, torturados y muertos por disparos de bala, sin presentar ninguna prueba de ello. En el caso de Clemente Caño, empleado en la autopista Bilbao-Behobia, falleció tras ser atropellado al retirar una barricada en 1977. La izquierda *abertzale* mantiene que fue obligado a ello por la Guardia Civil, pero tampoco ha presentado ninguna prueba que avale esta versión. En todo caso, parece excesiva su inclusión como una víctima de la violencia política.

51 Como se recuerda en *Crónica*, nº 1.377, *Vasco Press*, p. 11, varios de estos casos fueron investigados por la Consejería de Interior del propio Gobierno Vasco en su momento, sin encontrar pruebas que estableciesen una relación directa entre la muerte de estas personas y la actuación policial, ni siquiera en el caso de Rosa Zarra, muerta por infarto tras el impacto de una pelota de goma disparada por la Policía Autónoma Vasca.

Como era de esperar la inclusión de todos estos casos ha provocado las críticas de asociaciones de víctimas del terrorismo, como ha ocurrido en el caso de Covite, indignadas, sobre todo, por la incorporación de miembros de ETA a los listados que contienen los retratos municipales, pero también por la inclusión de casos que difícilmente corresponden a víctimas de la violencia política. En este sentido hay que destacar, por su contundencia, la respuesta de Jesús Altuna, hijo de Basilio Altuna, capitán de la Policía Armada, asesinado por ETA en septiembre de 1980⁵² o la expresada por la familia de Jesús Velasco Zuazola, comandante de Caballería y jefe del Cuerpo de Miñones de Álava, objeto de un atentado mortal de ETA que acabó con su vida el 10 de enero de 1980. Las hijas de Velasco y de Ana María Vidal-Abarca, presidenta de la AVT entre 1989 y 1999, se negaron a participar en el acto de homenaje organizado en enero de 2016 por el alcalde la Vitoria-Gasteiz, por su absoluto desacuerdo con la política memorialista impulsada por el Gobierno Vasco⁵³. Sus argumentos resultan especialmente significativos:

“El Gobierno Vasco realiza una equiparación injusta entre víctimas del terrorismo y víctimas de abusos policiales. (...) mezclar crímenes de ETA con muertes violentas no cometidas con premeditación y alevosía distorsiona gravemente la realidad de la estela de asesinatos, extorsiones, coacciones, miedo y dolor que ha provocado esa banda criminal y pone en el mismo plano a los terroristas y sus asesinatos, fríamente calculados, con las Fuerzas de Seguridad del Estado (...) las víctimas de ETA son merecedoras por sí solas de su propio reconocimiento y de una condena expresa y taxativa de partidos e instituciones de la organización asesina que les arrebató la vida, sin que se vean diluidas en un magma de violencias que pretende hacer a todos culpables o todos inocentes”

En otros casos han sido víctimas sin relación directa con asociaciones, quienes se han dirigido a la prensa y a la propia Secretaría de Paz y Convivencia para protestar por la deficiente información aportada acerca de sus familiares y así rechazar los actos de homenaje organizados por los ayuntamientos. Uno de los casos más sonados ha sido el de Eduardo José García López, hijo de José García Gastiain, asesinado por ETA el 26 de agosto de 1978 en Vitoria-Gasteiz⁵⁴.

52 Ver <https://covite.org/actualidad/las-heridas-siguen-abiertas-carta-de-fernando-altuna-a-su-padre/>

53 “De espaldas a las víctimas”, *El Español*, 11 de enero de 2016.

54 *El Correo*, 20 de agosto de 2016.



A pesar de que los autores del crimen, miembros de esta organización, fueron juzgados y condenados en 1980⁵⁵, su caso apareció en la primera versión de los retratos municipales de 2014 calificando su autoría como “confusa”, apoyándose para ello en el comunicado que ETA publicó pocos días después del crimen⁵⁶.

Toda esta serie de excesos puede incrementarse aún más en una próxima edición o actualización de los retratos municipales con la inclusión de nuevos casos, como los de Aitor Zabaleta o Íñigo Cabacas⁵⁷. La incorporación de ambos dentro de un documento “sobre vulneraciones del derecho a la vida en el caso vasco”, compuesto en su mayor parte por víctimas de un fenómeno tan específico y con un significado tan marcadamente político como el terrorismo, tan solo puede contribuir a incrementar la lista de errores que presentan y las interpretaciones sesgadas a que dan lugar estos documentos. Forzar la cronología, como se pretende en el caso de Cabacas, y sobre todo la interpretación sobre las circunstancias de su muerte, para incluirla dentro de un listado que aspira a convertirse en un documento de referencia en la política de reconocimiento a las víctimas de la violencia política, constituye, en nuestra opinión, un absoluto despropósito.

El problema de todos estos casos que hemos apuntado no se basa únicamente en el discutible rigor del trabajo ni en el precario contraste de las abundantes fuentes que se citan y que, al parecer, se han consultado para su elaboración, sino en la orientación y objetivos que se desprenden de su lectura y análisis, los mismos que ya se vislumbraban en otros informes anteriores⁵⁸. El documento no diferencia entre los periodos y contextos históricos que trata a lo largo de un recorrido que arranca en 1960 y termina en 2010, es decir, entre la dictadura y el régimen democrático, algo sorprendente cuando se trata de un informe, en teoría, centrado en las víctimas de violencia política. El paraguas argumental de los derechos humanos está por encima de estos detalles y todo lo cubre. Ello permite, si es necesario, forzar las cronologías, introducir dudas sobre determinados casos cerrados y con sentencia judicial o considerar episodios de intencionalidad

55 Sentencia nº 52. Sumario 52/1979, Juzgado Central número 1, del 13.06.1980

56 Agradecemos a Eduardo José García el dossier aportado para el esclarecimiento de este caso

57 Aitor Zabaleta, hincha de la Real Sociedad, fue asesinado en Madrid por un grupo de ultras del Atlético de Madrid en 1998 e Íñigo Cabacas, seguidor del Athletic de Bilbao, resultó muerto por el impacto de una pelota de goma disparada por la *Ertzaintza* en unos incidentes surgidos tras un partido de fútbol en abril de 2012.

58 Véase *Crónica*, nº 1.377, de *Vasco Press*.

política a hechos que difícilmente podrían merecer tal clasificación, si al menos se hubiera tomado la precaución de definir previamente y de forma clara lo que se entiende por “violencia política”.

Como ya se ha apuntado en otros trabajos, solo habrá una “memoria justa” en el País Vasco, es decir, una memoria respetuosa con las víctimas de la violencia política y con los valores democráticos, si se actúa desde las instituciones públicas con rigor y respeto sobre lo sucedido en las últimas décadas de nuestra historia, si se aborda su estudio y reconocimiento desde una perspectiva histórica que eluda claramente la tentación de los equilibrios políticos y las victimizaciones genéricas⁵⁹. De no ser así, los terribles efectos que ha tenido el terrorismo en el País Vasco terminarán por disolverse en un mar de sufrimientos y dolores compartidos, en la suma de una serie de memorias que impedirá conocer y valorar en su justa medida las consecuencias de un fenómeno que ha marcado las últimas décadas de nuestra historia.

59 Luis Castells y Antonio Rivera, “Las víctimas. Del victimismo construido a las víctimas reales”, en Fernando Molina y José Antonio Pérez: *El peso de la identidad*, pp. 287-305, y Antonio Rivera, “Violencia vasca. Una memoria sin historia”, *Libre Pensamiento*, 88, otoño de 2016.



MESA 4. "DE CUÁNDO SE REPARÓ EN NOSOTRAS"

Modera: **Faustino López de Foronda Vargas** *Patronato de la Fundación Fernando Buesa Blanco*

- **Ignacio Latierro Corta**
Víctima del franquismo y de ETA
- **Manuel Giménez Larraz**
Hijo de Manuel Giménez Abad, víctima de ETA
- **Juan Benito Valenciano**
Padre de Rodolfo Benito Samaniego, víctima del 11-M



Para acceder al vídeo de esta ponencia:
<https://goo.gl/iyrnh>



IGNACIO LATIERRO CORTA

Es un librero donostiarra (ahora ya librero emérito) que en 1968 fundó junto con M^a Teresa Castells la librería *Lagun*. Tuvo diversas responsabilidades en el Partido Comunista de Euskadi entre 1971 y 1986 (entre ellas, la de Secretario General de 1981 a 1986) y fue diputado por el Partido Socialista de Euskadi entre 1992 y 1998 en el Parlamento Vasco.





Es la primera vez que intervengo en un acto organizado por la Fundación Fernando Buesa y lo hago emocionado, con nostalgia, porque yo trabajé con Fernando en el Parlamento Vasco, en los años noventa, y estar hoy aquí es renovar su recuerdo y su amistad.

Entrando en materia, una precisión: lo de víctima de..., yo no me considero muy “víctima”, sobre todo del franquismo. De hecho, los organizadores tenían la intención de que este testimonio de víctima del franquismo y de ETA lo protagonizase José Ramón Recalde, muerto, desgraciadamente, en julio de este año, y le sustituyo por algunas concomitancias históricas, políticas, pero sobre todo porque fue mi amigo y mi maestro. José Ramón Recalde sí fue una víctima del franquismo. Fundador del Frente de Liberación Popular (FLP; en Euskadi ESBA), los llamados “felipes”, cantera de destacados dirigentes de la España democrática y muy activa organización antifranquista desde finales de los 50 y en los 60, lo que le llevó a ser detenido y torturado brutalmente por Melitón Manzanas, policía que después sería asesinado por ETA. Esto, hagamos un inciso, nos da otra tipología más de víctima: la de quienes contienen en su biografía la doble condición de torturador y víctima, en la que posiblemente también pueden encajar unos cuantos de ETA. Volviendo a mi relato, Ramón Recalde fue torturado en comisaría, padeció cárcel durante dos años y al salir siguió siendo un luchador por la libertad, reorganizador de su partido hasta su desaparición, defensor en los tribunales de perseguidos políticos y sindicales, participe en las más variadas iniciativas en defensa de la libertad y los derechos humanos, y teórico del Estado de derecho, el socialismo y la teoría de la nación, temas sobre los que publicó diversos libros. Ya en democracia fue director de Derechos Humanos en el Consejo General Vasco y luego, sucesivamente, Consejero de Educación y de Justicia en los gobiernos vascos de coalición, desde donde, entre otras tareas, daría los primeros pasos para la integración de las ikastolas en la red pública, proceso que completaría Fernando Buesa.

En el año 2000, en el transcurso de la ofensiva que protagonizó ETA contra representantes socialistas, fue herido gravemente por un terrorista que le pegó un tiro en la boca. Le salvó la vida la dentadura de platino que le acababan de implantar, donde reventó la bala, causándole heridas muy graves, pero no mortales. Consiguió recuperarse, siguió durante dieciséis años ejerciendo su magisterio moral e intelectual, legándonos unas memorias de obligada lectura, pero siempre padeciendo las secuelas del atentado.

Jose Ramón Recalde fue una víctima del franquismo y de ETA, y teniéndolo en todo momento como referente paso a hablar de lo vivido en el ejercicio de mi profesión de librero, así como de algunos amigos que por su actitud vital, moral, cívica y política han sido víctimas tanto de la acción de la dictadura franquista como de ETA.

La librería *Lagun* se abre a finales de 1968, por iniciativa de María Teresa Castells, esposa de José Ramón Recalde. En los momentos finales del franquismo debimos padecer algunas pintadas del tipo “Rojos fuera”, cristales mellados o rotos y reiteradas visitas de inspectores de la censura del Ministerio de Información, con retiradas de libros y alguna que otra multa, y también dos incidentes graves. En diciembre del 70, el 3 de diciembre, con ocasión del famoso Consejo de Guerra de Burgos en el que seis miembros de ETA fueron condenados a muerte, acusados precisamente del asesinato de Melitón Manzananas -recurrente en esta historia-, hubo una convocatoria de huelga general promovida por todos los partidos de la oposición, y entre los pocos comercios donostiarras que seguimos la consigna estábamos nosotros, lo que nos supuso una multa gubernativa, que María Teresa se negó a pagar y que le llevó a estar un mes en la cárcel de Martutene.

El segundo acontecimiento serio, y que pudo haber tenido mayor gravedad, se produjo en la primavera del 77, en la época en que actuaban los Guerrilleros de Cristo Rey en su intento de impedir la llegada de la democracia, que incluía entre sus actividades la de atacar librerías “progresistas”. A nosotros nos pusieron un artefacto, al parecer bastante potente, pero tuvimos la suerte de que quien lo puso resultó bastante torpe y aunque destruyó el escaparate y dejó bastante deteriorado y ahumado continente y contenido del interior de la librería, los mayores daños los provocó en los ventanales de las casas de enfrente, en la plaza de la Constitución, porque había colocado el artefacto del revés.

Mucho más larga es la relación de agresiones que ETA o su entorno perpetraron contra *Lagun* a partir de 1980, de las que voy a referir las más significativas. En el año 83 un miembro de ETA, Antxon Tolosa, muere cuando le estalla un explosivo que está preparando. Rápidamente sus conmiilitones de la Parte Vieja donostiarra organizan un piquete exigiendo que todos los comercios cerremos en homenaje al etarra inmolado. Los tres únicos comercios que en diciembre del 70 habíamos hecho huelga en contra del citado Juicio de Burgos fuimos los que en esta ocasión nos negamos a cerrar. Pronto nos vimos rodeados por una cuadrilla que, enarbolando espráis, empezó a embadurnar puerta, escaparates, paredes y libros.



Y se producen dos hechos que son reseñables. El primero es que la más destacada entre los agitadores, una chica guapa que María Teresa siempre ha creído que era la que después se convertiría en la famosa “Tigresa”, cosa que yo no puedo corroborar, remata sus insultos anunciándonos que de momento “os pintamos la librería, pero a la noche ya sabéis lo que os puede pasar”; a lo que le respondí que se trataba del mismo comportamiento de los Guerrilleros de Cristo Rey, que durante el día nos hacían pintadas y a la noche nos ponían la bomba. Entonces, de detrás de una columna de la plaza emerge la figura del verdadero cabecilla del comando, un cura ya fallecido, muy conocido en San Sebastián, José Manuel Balenciaga, que antes de que él fuera cura y yo librero habíamos trabajado en una oficina bancaria y participado juntos en alguna pequeña acción reivindicativa. Pues bien, cuando oye que les estoy reprochando un comportamiento similar al de los Guerrilleros se acerca a la jefa operativa, le dice algo al oído y gritando consignas se retiran de su asedio. Eran tiempos en los que todavía los veteranos del entorno etarra se contenían al agredir a antifranquistas reconocidos.

El segundo elemento significativo de lo que era la época, es que mientras yo estaba digamos dialogando con la cabecilla del piquete, María Teresa estaba al teléfono llamando al Gobierno Civil de Guipúzcoa. Era el año 83, ya con gobierno socialista, y quien se pone al otro lado, alguien de comisaría, le responde que no pueden hacer nada, que no se atreven a entrar en la Parte Vieja. Era el panorama de aquellos tiempos.

Hasta el año 93 se suceden incidentes menores, pero en ese año hay uno que sí merece ser recordado, aunque materialmente no suponga más que la rotura de cristales: habíamos colocado el “lazo azul” durante el secuestro de Julio Iglesias Zamora y a las 24 horas nos habían derribado el escaparate. A partir de entonces, los escaparates fueron de cristal blindado, más difíciles de romper. Pero, en fin, su resistencia no es ilimitada y lo que empieza a ocurrir es que un día mellan el cristal, los siguientes consiguen rajarlo y, al final, pueden volver a tirarlo.

En el año 95, amigos de Gregorio Ordoñez, no sé si ya se había constituido la Fundación con su nombre, publican un libro de homenaje, que lo exhibimos en el escaparate. Esa noche, con una tapa de alcantarilla como percutor, el derribo del escaparate fue fulminante.

En una de las concentraciones de protesta por el secuestro del industrial Aldaia, un contramanifestante me atizó un puñetazo. El hecho lo recogió la prensa, incluyendo unas declaraciones en las que califico a los agresores. A

la tarde siguiente una pareja de encapuchados provistos de botes de pintura, lógicamente roja y amarilla, entran en la librería y desparraman la pintura por libros, estantes y paredes.

Para entonces la *Ertzaintza* ya estaba desplegada en Donostia. Elena, la hija de María Teresa, que en cuanto se enteró del asunto vino corriendo para estar con su madre y con nosotros, vio que las huellas de pintura conducían directamente a la calle Juan de Bilbao, que está detrás de la librería, y que acababan en la Herriko Taberna. Se lo comunicamos a la *Ertzaintza*, que lo comprobó, pero, que sepamos, sin ninguna consecuencia.

Habíamos entrado ya en una fase de reiterados carteles y pintadas amenazantes, de daños a los escaparates... En los archivos de la *Ertzaintza* tiene que quedar el rastro de unas cuantas denuncias, aunque no las presentábamos siempre, porque era algo puramente burocrático. Ibas allá y un funcionario policial rellenaba el impreso, te preguntaba dónde estaba la librería y firmabas el atestado. Su única funcionalidad era la de su necesidad para poder cobrar del seguro el importe de los daños.

Esta fase culmina en las navidades del 96. En la Nochebuena, cuando se estaba celebrando la Misa del Gallo, rompen y ensucian todo lo que pueden; rompen escaparate, puerta, echan pintura por toda la librería, buena parte de los libros forma un amasijo con pintura y cristales. Para Rosa, José Ramón, María Teresa y yo es una noche de desolación; no hay policía, ni prensa, ni gente por la plaza. Solo vemos a la entrañable y sufrida vecina que nos ha avisado, como otras veces, de la agresión, y para que el drama tenga un aire dickensiano, a un mendigo que en aquella temporada había elegido el calor que daban las luces de nuestros escaparates para dormir por las noches, y que cuando nos vio llegar nos dijo: "Yo no he sido, yo no he sido". Creo que los cuatro pensamos que estábamos ante el final de *Lagun*. A la mañana de Navidad pude hablar con la Agencia EFE, que difundió la noticia y, debo decir que, ante nuestra sorpresa, el lunes 26 nos encontramos con una avalancha de gente que venía a comprar libros, trozos de cristal, libros manchados de pintura, cristal untado en pintura, lo que fuera para expresar su solidaridad con nosotros; y lo mismo al día siguiente y los días posteriores... ¡Nunca *Lagun* había conocido tal afluencia de compradores!

Cuando me preguntan ¿por qué seguisteis? ¿No teníais miedo? En ningún momento tomamos una decisión formal. Quizás nos comportamos como comerciantes, es decir, teníamos más público que nunca y allí estábamos,



vendiendo. No habíamos sustituido los cristales rotos, unos tablones de madera tapaban la entrada y mientras durante el día recibíamos a la gente, algunas noches seguíamos recibiendo pintadas y pequeñas agresiones. Hasta que al atardecer del sábado 11 de enero, cuando estábamos cerrando la tienda, nos arrojan un cóctel molotov que podemos sacarlo fuera, llamamos a la *Ertzaintza*, un mando nos dice que andan como locos porque tienen manifestaciones por todos los lados y que cerremos y nos vayamos. Nos vamos, pues, a casa, y a las dos de la mañana la vecina, nuestro ángel de la guarda, nos llama más alarmada que nunca anunciándonos que hay fuego en el local y nos encontramos con que esta vez, después de derribar el escaparate, han apilado libros sacados del interior y encendido con ellos una gran hoguera. Entre los libros quemados destacaban los diccionarios y enciclopedias de euskera, porque eran los que por su ubicación en el local más a mano les venían.

Tras el incendio crece, si cabe, el apoyo de nuestros amigos. Un grupo de intelectuales, bastante variado, había publicado un manifiesto de solidaridad con *Lagun* y de exigencia a las autoridades vascas para que velasen por su seguridad, que había merecido una respuesta despectiva de Arzalluz. Pero la publicación en los más variados medios de comunicación españoles y extranjeros de la noticia y las imágenes de libros quemados en un rincón de Europa Occidental, como en los tiempos del nazismo, obliga, por fin, a que Interior se tome en serio las agresiones y decida mantener permanentemente, noche y día, una patrulla de la *Ertzaintza* protegiendo la librería. Por nuestra parte, contribuimos al reforzamiento de la seguridad aceptando, con mucho sentimiento, que por la noche los escaparates dejaran de ser una ventana transparente de la librería, cegándolos con persianas blindadas de alta seguridad. Por otra parte, nos contaron que algún sector de Batasuna consideró que eso de quemar libros no les aportaba muchos beneficios. En todo caso, a partir de la pira y hasta el año 2000 vivimos, sufrimos y repudiamos como ciudadanos los crímenes de ETA, pero sin nada específico que nos afectase en la librería.

Así hasta el año 2000, en el que ETA vuelve a asesinar, tras la breve tregua iniciada en setiembre del 98. Durante ese año militantes socialistas o en la órbita del socialismo están entre sus principales objetivos. Fernando Buesa es asesinado en febrero junto a su escolta. En mayo, en su pueblo de Andoain, matan a José Luis López de Lacalle. José Luis, con una larga trayectoria de lucha antifranquista, había sido detenido en agosto de 1966 por su condición de dirigente del Partido Comunista de España. Brutalmente torturado también por

el comisario Manzanas, condenado por el TOP y encarcelado casi cinco años. Sale de la cárcel en el año 71 con más ganas de seguir en política que las que tenía antes de entrar. Con más empeño en conquistar la democracia, defensor entusiasta de la política de Reconciliación Nacional que promueve su partido y sin ningún tipo de odio o afán de revancha hacia quienes le han llevado a pasar una parte de su juventud en la cárcel. Mientras el Partido Comunista de Euskadi sigue siendo un partido serio, continúa en sus filas, y cuando sucesivas crisis y escisiones lo marginan definitivamente, sigue ejerciendo su pasión política como columnista en medios de comunicación, primero en *El Diario Vasco* y, finalmente, en *El Mundo*, denunciando el terrorismo de ETA y defendiendo las mismas ideas, los mismos principios, los mismos objetivos que cuando había militado contra el franquismo. Por eso, precisamente, ETA lo elimina en mayo de 2000. Y en julio del mismo año terrible el asesinato es Juan Mari Jáuregui, como José Luis y como yo mismo, dirigente del Partido Comunista de Euskadi en tiempos de clandestinidad. Juan Mari había conocido la cárcel por su militancia en un grupo *abertzale* de universitarios cercano a ETA en los años 70. Pasó pocos meses en la cárcel, pero compartió prisión con Nicolás Redondo Urbieta y con Tomás Tueros, líderes de UGT y de Comisiones Obreras, y de allá salió miembro del Partido Comunista de Euskadi, del que llegó a ser Secretario General en Gipuzkoa en los años ochenta. Luego, como lo hicimos otros, a principios de los 90 se afilió al PSOE, y fue nombrado gobernador civil de Guipúzcoa. El último gobernador civil antes de que el cargo se sustituyera por la figura de subdelegado del gobierno. Y, consecuente con su trayectoria, como gobernador civil de Guipúzcoa tuvo un papel determinante en el esclarecimiento del asesinato de Lasa y Zabala, y en el desmantelamiento de los últimos vestigios de guerra sucia. En julio de 2000, un pistolero de ETA le pegó un tiro en el Bar Frontón, en Tolosa de cuyo Ayuntamiento había sido Concejal.

En septiembre, otro pistolero intentó asesinar a José Ramón Recalde, como he contado al inicio de mi relato.

Librería *Lagun* no se volvió a abrir en la plaza de la Constitución en la que estuvo ubicada más de treinta y un años. Ya no se trataba solo del riesgo de daños materiales que habíamos padecido hasta entonces, sino de las vidas de los que allí trabajábamos. Ningún responsable nos dio ningún tipo de garantías de que en aquellos tiempos y en aquel lugar del corazón de la Parte Vieja donostiarra pudiésemos desarrollar nuestra actividad con cierta seguridad. En cualquier caso, y mientras José Ramón empezaba a recuperarse de su herida y M^a Teresa, Rosa



y yo del impacto del atentado, la voluntad de buscar una solución de continuidad empezó a ser compartida por nosotros y un número cada vez mayor de amigos. Si no teníamos posibilidades de reabrir la librería en su antigua ubicación, ellos se mostraban dispuestos a promover la creación de una sociedad que financiase la compra de un local, en un lugar con condiciones de seguridad donde continuar la actividad librera de *Lagun*. Esa iniciativa, que tuvo algunos nombres propios muy decisivos que no voy a citar por temor a olvidarme de alguno, fue creciendo muy rápidamente, primero en Donosti y luego en el resto de España, merced a la implicación del Gremio de Editores, y en menos de un año, teníamos un local adecuado que abrimos en agosto de 2001 en una zona más segura, seguridad a la que contribuía la presencia de los escoltas de José Ramón y M^a Teresa, los míos, los de algunos de nuestros clientes y los de los cargos del PSOE cuya sede se encuentra cercana. En fin, que la historia del primer tramo de la calle Urdaneta de Donostia en la primera década del siglo XXI se significará por la presencia abundante de variados cuerpos de seguridad. Digamos que fue eficaz, porque no volvimos a tener incidentes, salvo algunas pocas pintadas, una de ellas, eso sí, particularmente siniestra, porque contenía una amenaza mortal contra José Ramón Recalde.

Esta es la historia que yo puedo contar de víctimas tanto del franquismo como de ETA. Añadamos alguna apostilla:

La primera, que el tipo de víctimas a que me he referido revela el carácter de los delincuentes. Ayer recordaba Ruiz Soroa que las víctimas concretas eran víctimas de un delito y de un delincuente. El hecho de que gentes como José Ramón Recalde, como Juan Mari Jáuregui, como José Luis López de Lacalle, como Fernando Buesa y como otra gente de ese perfil se convirtieran en objetivo de ETA dota de sentido a su actividad. No hemos sido víctimas de una violencia irracional e inexplicable, sino de un proyecto político antiliberal y totalitario sustentado en el exterminio del disidente y del adversario político, y que cualquier proyecto de convivencia no puede cerrar los ojos ante ello.

Segunda apostilla: las agresiones a la librería no fueron perpetradas por comandos de ETA. Las llevaron a cabo aquellos que formaban (¿o forman?) la llamada *kale borroka*, “los chicos de la gasolina”, en jovial y desafortunada expresión de Xabier Arzalluz. No creo que en rigor deba decirse que todo lo que se ha movido en ese mundo era ETA, sobre todo en términos jurídicos. Ni siquiera creo que deba haber un juicio unívoco de todo lo que se ha manifestado como y alrededor de ETA desde finales de los cincuenta hasta hoy. Pero ETA no ha sido solo una

banda de comandos de pistoleros, sino un movimiento política y socialmente muy organizado, en diversos escalones, y donde cada cual ha cumplido ordenadamente su función. La función de la *kale borroka* era completar la amenaza sobre la población y, sobre todo, sobre quienes se oponían activamente a su proyecto político. Y un poderoso entramado asociativo y económico ha crecido al calor de la amenaza, y a la vez le ha servido de escudo protector.

Y por fin, respecto al comportamiento de la sociedad vasca en relación con el terrorismo, hay un discurso que al nacionalismo le gustaría deviniese en canónico: el de que todos los vascos hemos sido igual de víctimas de un grupo de desaprensivos de los que por fin conseguimos librarnos, o reconvertirlos en pacíficos ciudadanos, merced a un esfuerzo conjunto o muy mayoritario. Todos, y muy en particular quienes lo promueven, sabemos que este discurso es radicalmente falso. Ahora, esto no nos debe llevar a lo contrario. Es decir, a afirmar que frente a ETA no ha habido respuestas significativas y decisivas en su derrota. Aunque de momento está de moda hablar de “negociadores y pacificadores”, hay que empezar a escribir también la historia de la resistencia frente a ETA y, en este sentido, acabo diciendo que me parece que a aquellos a los que me he referido en mi relato les gustaría más ser recordados como buenos ciudadanos que como víctimas





MANUEL GIMÉNEZ LARRAZ

Es licenciado en Derecho por la Universidad de Zaragoza y Máster en Derecho Europeo por la Universidad Libre de Bruselas.

Actualmente ejerce como abogado en una multinacional española, especializado en Derecho Europeo y de la Competencia y en Derecho Mercantil. Como docente ha colaborado con el Instituto de Estudios Bursátiles y con la Universidad San Pablo-CEU en la impartición de Derecho de la Competencia en algunos de sus programas de Posgrado.

Desde el año 2005 copreside la Fundación Manuel Giménez Abad de Estudios Parlamentarios y Estado Autonómico, cuya principal finalidad es contribuir a la investigación, conocimiento y difusión de la institución parlamentaria y del modelo de distribución territorial del poder que representa el Estado autonómico. Recogiendo el testimonio de su padre y los valores que impulsaron su quehacer público, la Fundación que copreside realiza sus actividades de acuerdo con los valores de libertad, igualdad y respeto a la libre convivencia y pluralismo ideológico, sirviendo así de homenaje constante a su persona.



Muchas gracias a la Fundación Fernando Buesa por invitarme a este seminario al que acudo muy honrado y agradecido porque hayan pensado que podría tener algo interesante que aportar.

Recuerdo perfectamente el día que asesinaron a Fernando Buesa, en invierno del año 2000, junto a su escolta, Jorge Díez Elorza, ejemplo de esos héroes anónimos que arriesgaban su vida para garantizar que muchos ciudadanos pudieran ejercer sus derechos civiles y políticos aun de forma inadmisiblemente precaria; esos héroes que, como Jorge Díez, solo salían de ese anonimato cuando eran asesinados.

Yo era un chaval de veinte años que ya vivía los atentados de ETA de una forma distinta. Una vez que sientes cerca una amenaza terrorista lo recuerdas absolutamente todo de los atentados que vives. Y mi padre, como hiciera en su momento Fernando Buesa, había decidido dejar su cómoda y ordenada vida de funcionario como Letrado Mayor de las Cortes de Aragón -nuestro parlamento regional- para dedicarse a la política, primero como independiente en un gobierno presidido por el Partido Popular de Aragón y, posteriormente, como afiliado de ese partido, que pasó a presidir unos meses antes de que lo asesinaran.

El asesinato de Fernando Buesa me impactó especialmente. Por cómo fue, por quién era, pero también porque me recordó el peligro al que mi padre, probablemente ajeno a ello, había decidido exponerse por su vocación de servicio público, por su enorme amor por su tierra y por aquellos con quienes la compartían, por su concepción inclusiva y abierta de la política como espacio de discusión pacífica y enriquecedora de ideas a través de las que forjar un futuro mejor para todos.

Desde Zaragoza, el terrorismo se vivía como un peligro difuso, inconcreto e incierto. En Aragón no vivíamos experiencias de acoso, ni miradas de odio diario. Pero el peligro, obviamente, estaba allí.

Y así fue: hace quince años, un 6 de mayo de 2001, un pistolero de ETA le disparó por la espalda cuando iba camino de un partido de fútbol del Zaragoza en compañía mi hermano. Acababa de despedirse de mi madre. Como cualquier otro día. Pero, evidentemente, no lo era. ETA había decidido disponer de su vida y, de paso, marcar para siempre la nuestra, la de su familia y amigos. Ese día ETA no solo acababa con la vida de una persona honesta, excepcionalmente íntegra, de un tipo especial, ETA asesinaba a una persona que defendía los valores democráticos de nuestra sociedad, aquellos en torno a los que se debe organizar

y asegurar nuestra convivencia política y social, aquellos que constituyen, por tanto, el único marco posible para el ejercicio de la política.

La libertad, la igualdad, la justicia, el pluralismo político, todos los valores superiores que sustentan nuestra democracia llevan en España los nombres de Fernando Buesa, de Manuel Giménez Abad y de los más de mil asesinados por el terrorismo. La consolidación de nuestra democracia no hubiera sido posible sin el sacrificio de las víctimas y sin la dedicación y esfuerzo desmedido de policías, guardias civiles, militares, periodistas, trabajadores, empresarios, políticos...

Son muchos los recuerdos de esos días, pero hoy quería resaltar especialmente dos. El primero, el ejemplo de que incluso las peores tragedias siempre ofrecen algo con lo que atemperarlas. El día siguiente al asesinato de Manuel Giménez Abad cientos de miles de ciudadanos aragoneses se manifestaron recorriendo las calles de Zaragoza, porque, cuando los terroristas le disparaban a mi padre, lo hacían porque representaba nuestros derechos y libertades, las de todos los españoles. Y creo que no podemos olvidarlo. Y ellos no lo olvidaban.

Ese día ya, arropado por los zaragozanos, descubrí que no estábamos solos. Nuestra pérdida no era solo nuestra. Aragón y España la hacían suya también.

Y a la vez, los españoles demostraban a ETA que el asesinato y la violencia eran inútiles. Mediante cada uno de sus asesinatos, ETA destrozaba vidas, familias, planes, ETA conseguía derramar lágrimas y mucho dolor, ETA conseguía asomarse por unos días, por unas horas, a los medios de comunicación. Pero lo que bajo ningún concepto hacía era aniquilar los valores y las ideas de sus víctimas, porque millones de ciudadanos estaban dispuestos a recoger el testigo en ese mismo momento y ahora están dispuestos a recordar su sacrificio.

Sin embargo, ese mismo día, mientras cientos de miles de ciudadanos aragoneses hacían una demostración de compromiso y de coraje cívico, mientras los partidos políticos democráticos de toda ideología, de izquierdas, de derechas, nacionalistas, no nacionalistas, mientras todos ellos expresaban su repulsa por el asesinato de un diputado de las Cortes de Aragón, de un Senador que representaba orgullosamente a su comunidad autónoma, Arnaldo Otegui decía textualmente: "Menos condenas, menos literatura política, menos lágrimas de cocodrilo y más soluciones para este país". No he necesitado buscarlas en la hemeroteca porque son palabras que se te quedan bien grabadas. Palabras que, afortunadamente, en nuestra tierra, los familiares de las víctimas del terrorismo



solo hemos tenido que escuchar a través de los medios, lejanas, pero que en el País Vasco y Navarra han tenido que soportarse en los bares, los supermercados o en el trabajo, de gente con la que teníais que seguir compartiendo una vida desde entonces muy distinta.

Otegui, condenado por pertenecer a ETA, ha cumplido con su pena. Eso no es discutible. Tiene derecho a ejercer la libertad de la que muchos ciudadanos fueron privados durante tantos años por el ambiente irrespirable que él también contribuía a crear. Puede y debe ejercer sus derechos. Y, sin embargo, quienes aspiramos a formar parte de una sociedad democrática saludable, tenemos también el derecho de defender que una persona con sus credenciales carece de la ejemplaridad cívica y ética que debemos exigir a nuestros representantes políticos.

Y eso nos lleva inevitablemente a la reflexión sobre esa cierta fragilidad de nuestra cultura democrática, a nuestra tendencia habitual por anteponer nuestra ideología a cualquier tipo de código ético o cívico, por hacerla prevalecer a los valores democráticos que todos deberíamos compartir si lo que deseamos es convivir libre, pacíficamente y sin sobresaltos en este momento y en este lugar. Nos da igual cómo sea una persona (ya sea corrupta, ya sea comprensiva con la violencia) siempre y cuando defienda lo mismo que nosotros, en cuyo caso, ya no existe ningún tipo reproche y solo justificación, relativización y comprensión. Uno de los dramas de nuestra democracia.

Un año después del asesinato de mi padre, y con el fin de preservar su memoria pública de forma permanente, todos los portavoces de los Grupos parlamentarios de las Cortes de Aragón acordaron constituir la Fundación Manuel Giménez Abad, cuyo objeto fundamental habría de ser contribuir a la investigación, conocimiento y difusión del Parlamento y del modelo de distribución territorial del poder.

El hecho de que todos los partidos políticos apoyaran la constitución de esta Fundación fue la constatación más evidente de que todos los demócratas compartimos, con independencia de nuestras ideas, un núcleo básico de valores comunes sobre los que probablemente deberíamos seguir construyendo una identidad cívica que se sitúe por encima de las distintas sensibilidades identitarias. Una identidad incluyente, que no se construya contra nada, respetuosa de la diversidad. En Aragón, sus partidos políticos supieron comprender que, en lo que se refiere al terrorismo, a sus víctimas, están en juego cosas mucho más importantes que el debate partidista, unas elecciones o el ejercicio del poder.

Está en juego el pilar básico de nuestra sociedad de convivencia, ese que justifica la existencia de nuestro Estado democrático: están en juego los derechos y las libertades fundamentales de todos los españoles. Y eso nos es común a todos, desde la izquierda a la derecha.

Ese apoyo unánime de todas las fuerzas políticas de Aragón, esa visibilización de las víctimas del terrorismo, no hubiera sido posible ni en el País Vasco, ni en Navarra, ni en muchas otras Comunidades Autónomas. Al dolor de perder a alguien se une la rabia que produce la incomprensión de quienes no entienden que una vida humana está por encima de cualquier idea.

ETA y quienes han arropado durante tantos años su estrategia criminal son gente criada en el odio y en la estrechez de miras. Gente que no comprende que, a pesar de quien les gobierne, el sol va a salir y ponerse por el mismo sitio, y sus problemas no van a desaparecer. La política, evidentemente, es una actividad trascendente. Pero su importancia debería quedar eclipsada por lo que es verdaderamente esencial, el valor de la vida humana. Anteponer una idea a una sola vida es sencillamente repugnante.

Hoy la situación ha cambiado. ETA languidece. Y creo sinceramente que su agonía no es el resultado de su propia voluntad, de su conversión espontánea a los medios de participación democrática. Su agonía se debe al firme pulso que los demócratas hemos mantenido con ellos durante décadas. Derramando sangre y muchas lágrimas de dolor, rabia e impotencia por el camino. No hemos abdicado de nuestras convicciones democráticas y hemos sido escrupulosos en el respeto al Estado de derecho que pretendemos defender. En los años 80 algunos olvidaron que la derrota política y ética de ETA -también la policial- no podía pasar por el ejercicio inadmisible de terrorismo de Estado. Porque en democracia la violencia choca con los principios que la inspiran, porque no hay nada que justifique arrebatar una vida, pero también porque, como Albert Camus escribía, “la tiranía totalitaria no se edifica sobre las virtudes de los totalitarios, sino sobre las faltas de los demócratas”.

Y nuestro propio Estado reaccionó, corrigiendo esta situación y enjuiciando con mayor o menor éxito a muchos de sus responsables, algo que, en el caso de mi padre, por cierto, todavía no ha sucedido.

El anuncio de ETA de octubre de 2011 perdonándonos la vida a los ciudadanos de este país, ofreciéndonos graciosamente la posibilidad de vivir en paz, cambió



mucho las cosas. Podemos permitirnos, probablemente, un cierto optimismo porque su anuncio fue la escenificación de su derrota.

Pero no hemos recorrido todavía todo el camino que teníamos que recorrer, y sin crímenes, evidentemente, la voz de las víctimas y sus familiares se irá inevitablemente mezclando con el ruido ensordecedor en que se ha convertido el debate político.

Sólo subsistirá si nuestro discurso, además de cargado de las inevitables emociones por lo que hemos vivido, viene fuertemente revestido de argumentos razonables y comprensibles, en los que se sientan representados cuantos más ciudadanos mejor.

Yo, no como hijo de una víctima, sino como algo todavía más importante: como ciudadano especialmente sensibilizado por este asunto por razones obvias, seguiré defendiendo que:

- ETA sigue armada y que es evidente que nuestro Estado no puede negociar nunca condiciones políticas con grupos que carecen de representatividad significativa y que únicamente sustentan su fuerza negociadora en su actividad de terror. En los países democráticos las transacciones políticas que afectan directamente al interés general deben realizarse en los Parlamentos en base a la representatividad obtenida por el apoyo de los ciudadanos y con total transparencia. Los objetivos políticos que tenga el entorno de ETA deberán tratar de conseguirlos -como los de todos- en las instituciones políticas destinadas a tal efecto, y en las que los españoles estamos representados en igualdad, sin que blandir pistolas conlleve ninguna ventaja.
- Seguiré defendiendo con convicción que solo el respeto absoluto a nuestro Estado de derecho y a nuestros valores y principios constitucionales puede conducirnos a la deslegitimación política de ETA y a la prevalencia de nuestra democracia. Y no podemos permitirnos ningún tipo de atajo.
- Seguiré defendiendo también que la palabra paz nunca se puede llevar por delante la palabra justicia. Esta no se debe alcanzar socavando los principios y valores democráticos que las víctimas del terrorismo representan. Hablamos de libertad, pero también hablamos de igualdad.

Desgraciadamente, a veces es necesario recordar que, en esencia, todos somos iguales. El Rh, positivo o negativo -aunque parezca mentira, es un argumento

esgrimido por relevantes políticos nacionalistas vascos a lo largo de los años-, no establece diferencias sustanciales entre unos y otros, como tampoco lo hace el color de la piel. Afirmaciones contrarias a esto se hallan en la base misma del racismo. Una lengua propia o una cultura común pueden ser motivo de orgullo, pero no nos convierten en distintos. Precisamente la enfatización de esas diferencias y la soberbia desmesurada por la pertenencia a una nación se sitúan en la raíz del nacionalismo excluyente y étnico, que preconiza violentamente ETA.

Nos hallamos ante un nacionalismo étnico que desprecia a cuantos carecen de esa supuesta identidad, un nacionalismo que niega la existencia de otras sensibilidades y que identifica ciudadanía con identidad étnica. E identidad étnica con nacionalismo. Bajo sus postulados, la opinión de un ciudadano residente en el País Vasco, de origen lejano y no nacionalista, está viciada, infundada o sencillamente es menos significativa que la suya.

Este tipo de nacionalismo étnico es el que ha causado las mayores tragedias de nuestra historia contemporánea. La Alemania nazi, la Gran Serbia o la URSS, el *apartheid* sudafricano o el conflicto de Ruanda son ejemplos de violencia extrema de origen étnico. Y en esa dinámica se ha movido ETA.

En la India coexisten en extremas condiciones de pobreza cuatrocientas lenguas (veintitrés oficiales), veintiocho Estados, más de una decena de religiones y de etnias, y conviven, en su mayor parte, pacíficamente contando como principales fuerzas aglutinadoras el cine indio que se produce en *Bollywood* y el recuerdo de Gandhi y su concepto radical de igualdad.

Frente a este panorama nuestras diferencias se reducen a caprichos de ricos malcriados, a la incapacidad de ser felices, a la necesidad de llenar nuestras vidas de contenido, de épica, de epopeya, sin reparar en lo que destruimos.

La paz no se puede construir a consta de cercenar nuestros valores democráticos.

Yo seguiré defendiendo el papel fundamental de las víctimas del terrorismo como símbolo moral que nos recuerde lo que durante tantos años y, todavía hoy, estaba en juego. No era la preeminencia de una bandera, ni de un himno, ni de un sentimiento nacional. Era, en realidad, la posibilidad de vivir nuestra vida en paz, conviviendo los unos con los otros, disfrutando de alegrías, superando tristezas, tratando de ser felices. De dar valor a nuestra vida, en una palabra.



Quisiera terminar, precisamente, con una cita del añorado Benedetti en su novela *La Tregua*, cuando el protagonista recuerda a su mujer fallecida hace años: “Ya no se trata de conseguir su imagen a través de las anécdotas familiares, de las fotografías. Conozco todos sus datos, pero no quiero saberlos de segunda mano, sino recordarlos directamente, verlos con todo detalle frente a mí tal como veo ahora mi cara en el espejo. Y no lo consigo. Sé que tenía ojos verdes, pero no puedo sentirme frente a su mirada”. Como el protagonista de *La Tregua*, yo también luché a diario por no olvidar la cara de mi padre, sus manos, sus gestos o su sonrisa. En la tarea de recordar a mi padre, y de tantas otras víctimas inocentes, nos ayudan actos como el organizado hoy aquí.



JUAN BENITO VALENCIANO

Es el padre de Rodolfo Benito Samaniego, un joven ingeniero industrial. Rodolfo tenía 27 años cuando el jueves 11 de marzo de 2004 tomó el tren de cercanías en su ciudad natal, Alcalá de Henares, para ir a la empresa donde desarrollaba su actividad profesional, en Madrid. Nunca llegó a su destino ya que fue una de las 192 personas que fallecieron en aquel brutal atentado.

En junio de 2004 los familiares y amigos de Rodolfo crearon la Fundación Rodolfo Benito Samaniego con el objetivo de mantener viva la memoria y el recuerdo de su hijo, rindiendo también así homenaje a todas las víctimas de atentados terroristas.





La rebeldía de construir

Sean mis primeras palabras para el recuerdo a Fernando, a Jorge, a Santiago, a Manuel, a Rodolfo y a todas las víctimas del terrorismo.

Y sean, al mismo tiempo, una muestra de mi agradecimiento a la Fundación Fernando Buesa y a los organizadores del curso por la amable invitación que me habéis cursado.

El título de esta mesa redonda evoca un momento temporal: el de conocer cuándo se reparó en nosotros. En mi caso concreto no considero necesario extenderme porque es evidente que el atentado terrorista donde asesinaron a mi hijo y a 192 personas más ha sido -hasta la fecha y espero que para siempre- el de mayor número de víctimas, tanto en España como en Europa. Tal es así que la propia Unión Europea ha escogido ese día como símbolo y homenaje a todas las víctimas del terrorismo de la Unión.

No me voy a remitir a las hemerotecas. Sólo apelaré a la memoria de los presentes porque creo que no es un error afirmar que casi todos recordamos lo que sucedió y donde estábamos aquel 11 de marzo de 2004. Espero que comprendan que, para mí, en especial, siempre será doloroso rememorar un día que nunca quisimos en nuestras vidas. Entonces, me van a permitir que pase directamente a los otros temas que nos han propuesto los organizadores del curso.

Mi hijo fue asesinado en un atentado islamista. No fue el primero que ocurrió en España porque siempre debemos recordar que el 12 de abril de 1985, en el Restaurante “El Descanso”, en el kilómetro 14.200 de la A-2 (carretera a Barcelona), lugar por donde paso diariamente camino de mi trabajo y casa, fueron asesinados dieciocho ciudadanos españoles y otros ochenta y dos resultaron heridos en un atentado terrorista reivindicado en Beirut por la *yihad islámica*. Atentado que hasta la fecha no ha sido esclarecido ni procesado penalmente sus autores, siendo aún una causa abierta en la Audiencia Nacional.

Pero la situación que vivimos los familiares y los heridos de los atentados de 2004 en Madrid no era la misma que vivieron aquellas personas que en los años precedentes sufrieron el terror de todo tipo.

Las víctimas de 2004 encontramos unas normas de reparación y de reconocimiento más evolucionadas. Normas que habían ido parcheando situaciones de mucho dolor, desigualdades y, lamentablemente, muchos entierros y sufrimientos.

Alguna vez se ha insinuado que las víctimas del 11 de marzo vivimos una “situación idílica” en cuanto a reparación y ayudas. Soy hombre respetuoso, sobre todo con las opiniones ajenas, pero nada tiene más valor para mí que la vida de mi hijo Rodolfo. Imagino que como cualquier otro padre, hermano o hijo. Soy consciente que esa evolución normativa propició una reparación que otras víctimas no tuvieron y que hoy hemos escuchado aquí, con sumo respeto y consternación.

Pero las víctimas del 11 de marzo padecimos de otras situaciones que nos marcaron sensiblemente. Voy a ser muy sintético porque el principal mensaje que quiero transmitir en esta mesa es un mensaje positivo y de futuro.

España en el año 2004 no estaba preparada para dar respuesta a un ataque masivo como fueron cuatro atentados, casi simultáneos en Santa Eugenia, el Pozo del Tío Raimundo, la Calle Téllez y la estación de Atocha. Madrid se colapsó. Los sistemas de información y de actuación inmediata a las víctimas estaban pensados para el “tiro en la nunca” o “la bomba lapa en un coche”. No estaban diseñados para la detonación de mochilas cargadas de explosivos en trenes de cercanías repletos de pasajeros, en la hora punta de ir al trabajo o a las escuelas.

Creo que el Gobierno que en esas fechas dirigía los destinos de nuestro país no midió la relación causa-efecto. Se involucró en una guerra cuando España siempre había sido mediadora de conflictos internacionales, en especial los que tenían que ver con el mundo árabe.

IFEMA, convertido en morgue, no merece que dedique un segundo más a recordar sus altavoces, ni los fallos que allí se constataron. Sinergia de desastre de organización y de la falta de previsiones cautelares por los mismos motivos que he apuntado anteriormente.

Tampoco las normas españolas estaban preparadas para responder ante la variedad de situaciones que viajaban en los trenes. Obreros, desempleados, militares, estudiantes, niños, inmigrantes. No puedo olvidar que junto a mi hijo Rodolfo viajaban en esos trenes seres humanos de dieciséis nacionalidades distintas.

Las víctimas del 11 de marzo tuvimos que vivir también otra situación inédita que hizo especialmente duro nuestro duelo y recuperación. Seguro que los presentes recordarán que durante años amanecíamos todos los días con titulares y noticias que ponían en duda la autoría de los atentados, aireando minucias y detalles policiales que causaban desconcierto y buscaban inexistentes conexiones con



ETA, entre otras razones, por hallarse un cd de música de una orquesta que lleva el nombre un municipio vasco.

El proceso penal por los atentados del 11 de marzo sufrió de un proceso mediático paralelo, desconcertante y doloroso -sobre todo para las víctimas que lo sufrieron- y que ha demostrado la necesidad de protegerlas aún más dentro del proceso penal, de mejorar los mecanismos de información, y de blindar y proteger la sensible información que consta en los sumarios.

No sería consecuente conmigo mismo si no digo aquí que todas esas teorías conspirativas, todos esos bulos e infamias, han cesado, casualmente, desde el año 2011. Creo que se entiende su significado. Ya no escuchamos decir que “el 11M es un caso abierto” o “queremos saber la verdad”. Estas frases han desaparecido.

Vivo en un Estado de derecho, respeto sus reglas democráticas y me someto a sus normas. En especial, a la sentencia que dictó el tribunal presidido por el juez Gómez Bermúdez, del que opino dirigió todo el juicio oral con sensibilidad y firmeza.

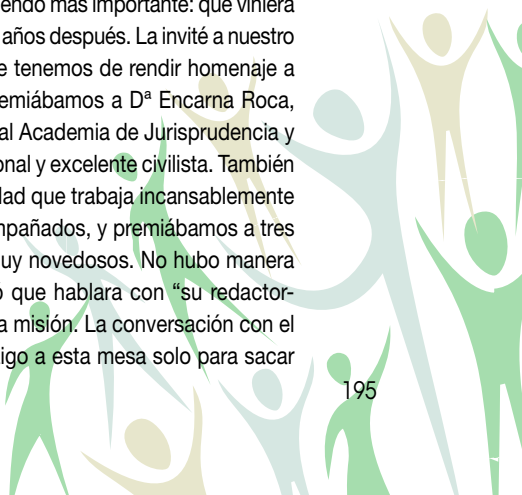
Llegado a este punto quiero pasar ahora al mensaje principal que quiero traer a esta mesa. Y tiene que ver con lo que, desde mi experiencia personal, puedo aportar a la sociedad y lo que demando de ella.

Mi primer mensaje tiene que ver con los fallos detectados en los atentados masivos del 11 de marzo. En especial, porque hemos asistido en los últimos años a un auge del terrorismo islamista, con la creación, incluso, de un llamado Estado Islámico. Ahí están los atentados de París, de Bruselas, de Niza, de Orlando. Ahora confío mucho en las Fuerzas y los Cuerpos de Seguridad del Estado. Por eso espero que todas las medidas inmediatas que se tienen que adoptar tras un atentado masivo estén protocolizadas y no se tenga que improvisar. Mi mayor anhelo es que todas esas medidas queden tan solo en meros documentos, que nunca tengan que ser puestas en práctica porque eso será señal de que no habrán de lamentar otras personas lo que hemos padecido nosotros.

El segundo mensaje tiene que ver con la responsabilidad de los medios de comunicación en abordar el tema del terrorismo y sus víctimas. Aquí me van a permitir que les cuente una anécdota. Como ustedes seguro conocen, en junio de 2004, los familiares y amigos de Rodolfo creamos la Fundación Rodolfo

Benito Samaniego, para mantener viva la memoria y el recuerdo de mi hijo y el homenaje, recuerdo y cariño a todas las víctimas de atentados terroristas. También para fomentar los valores y principios democráticos, en especial los de tolerancia y convivencia. Llevamos doce años de trabajo serio e ininterrumpido, realizando cursos de formación en materia de derechos humanos, conferencias, festivales infantiles, encuentros etc. Uno de nuestros actos más simbólicos y representativos son los Premios Anuales, en los que destacamos a personas individuales y colectivas que destacan por sus valores y aportes a la sociedad. Por ejemplo, D^a Natividad Rodríguez, presidenta de la Fundación Fernando Buesa, ha sido una de nuestras premiadas en la modalidad de “Valores individuales de convivencia”. Junto a estos premios reconocemos a jóvenes ingenieros que, como mi hijo Rodolfo, realizan proyectos industriales que destacan por sus aplicaciones prácticas, de mejora social, ambiental, médicas y en pro de una mejor forma de vivir para todos. Este premio lo entregamos en el Parainfo de la Universidad de Alcalá, gracias a un convenio que tenemos firmado con la propia Universidad. Lo celebramos siempre el 10 de marzo, justo un día antes del aniversario de los atentados.

Este año contactó con nosotros un medio de comunicación interesado en entrevistar a los padres o al hermano de Rodolfo. Cuando se indagó el perfil y el contenido de la entrevista me percaté que buscaban exactamente lo mismo que ya había declarado en el año 2004 y que podía ser encontrado en cualquier hemeroteca. Quería saber dónde estaba cuando me enteré de la noticia, qué estaba haciendo, qué sentí cuando me lo dijeron. Recuerdo que era una periodista extremadamente joven y, precisamente porque respeto mucho a la juventud, le indiqué, con extremado cuidado, que buscara esa información en los archivos, y le propuse, en cambio, algo que me sigue pareciendo más importante: que viniera a conocer cómo se recuerda a las víctimas doce años después. La invité a nuestro acto para que constatará la forma positiva que tenemos de rendir homenaje a todas las víctimas del terrorismo. Este año premiábamos a D^a Encarna Roca, primera mujer española que ha llegado a la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, magistrada del Tribunal Constitucional y excelente civilista. También premiábamos a la Fundación Raíces, una entidad que trabaja incansablemente por ayudar a los menores inmigrantes no acompañados, y premiábamos a tres brillantes jóvenes ingenieros, con proyectos muy novedosos. No hubo manera de que aceptara nuestra propuesta. Me pidió que hablara con “su redactor-jefe”, es decir, con quién la había enviado a esa misión. La conversación con el responsable del medio de comunicación la traigo a esta mesa solo para sacar





de ella lo positivo. Literalmente nos dijo “que lo que le proponíamos no tenía ningún interés para la audiencia”. No quiso asistir al acto, no le interesaba lo que allí se haría ni cómo se recuerda a Rodolfo ni a todas las víctimas de atentados terroristas. Lo único que interesaba era que yo o Conchi, mi esposa, o Alejandro, mi otro hijo, contáramos doce años después los detalles de aquel momento tan doloroso para nosotros.

Por eso el mensaje que quiero transmitir es que debemos trabajar muchísimo más en la responsabilidad de los medios de comunicación y en el papel que les corresponde asumir en la sociedad, en especial, en este tema tan sensible.

El tercer mensaje tiene que ver, precisamente, con el recuerdo y la memoria de las víctimas. Cuando escuché aquello de que “a la audiencia no le interesa” sentí un mazazo. No por lo descarnado que me lo dijo, sino porque pensé en mi sociedad, en la sociedad donde vivo y en la sociedad que quiero tener. Y sigo reflexionando sobre ello. Y mientras más pienso, más me refuerzo en lo que hacemos en nuestra Fundación. Hay que sensibilizar a la sociedad de que el terrorismo no es cuestión de un día, no es cuestión de un impacto emocional o solo el dolor de unos padres que pierden a su hijo. El terrorismo es una acción contra todos. Es una estrategia que está dirigida y que ataca a la colectividad, a la sociedad entera. Si la sociedad no comprende que ella también es víctima, estaremos perdiendo la batalla. Por eso la memoria y el recuerdo de las víctimas de los atentados terroristas tiene que ser asumido como una cuestión colectiva, donde participemos todos, y que ese recuerdo nos ayude a construir una sociedad mejor.

El cuarto mensaje son las acciones que debemos emprender para evitar que se repitan y se propaguen las acciones terroristas. Lógicamente, no me voy a referir aquí a las acciones preventivas que deben realizar la policía o los servicios de inteligencia. Me refiero a algo más sencillo y, a la vez, efectivo. Se debe trabajar incansablemente por la educación en valores, por la difusión de mensajes de tolerancia, de respeto y de convivencia. En eso las víctimas del terrorismo tienen una legitimidad indiscutible. Hay que llegar a las escuelas, a todos los niveles de enseñanza, y transmitir los valores de nuestra democracia. Aceptando siempre que todos somos iguales, pero que también todos somos diferentes. Y esa diferencia no legitima, en ningún caso, el uso de la violencia para obtener ningún fin.

Y, por último, el quinto mensaje con el que finalizo es lo que espero de la sociedad. No buscaré nunca la compasión por lo sucedido. Esto es algo personal que

no puede exigirse a ningún ser humano. En cambio, sí pido sensibilidad como sociedad ante el fenómeno del terrorismo, comprensión de que realmente es un ataque a toda la colectividad y que el recuerdo y la memoria de las víctimas de los atentados terroristas se convierta en una acción constructiva y útil que sirva para fortalecer los pilares de nuestra democracia.

Muchas gracias y un abrazo a todos ustedes.





CLAUSURA

- **Jesús Loza Aguirre**
Patronato de la Fundación Fernando Buesa Blanco
- **Antonio Rivera**
Vocal del Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda



Para acceder al vídeo de esta ponencia:
<https://goo.gl/mzpHcL>



ANTONIO RIVERA

Vocal del Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda.

Bueno, muy brevemente, antes de pasarle la palabra a Jesús para que concluya estas jornadas, voy hacer el resumen que hacemos todos los años para que todo el mundo se vaya con la memoria bien embutida. Telegráfico y rapidísimo, como me ha solicitado Edu.

Esencial. El concepto víctima es una construcción social, una categoría, y como toda construcción social es el resultado de la disposición de una sociedad a reconocer a sus muertos en una condición que la responsabiliza con ellos. Esto lo ilustraba muy bien Ana Iriarte en la exposición magnífica que hizo ayer sobre la antigüedad griega. El paso de muerto a víctima supone un acto de empatía social que reconoce que a estos nos los produjo la providencia, léase la mala suerte, la inevitabilidad, la naturaleza, o eso que en algún momento de estos dos días se ha llamado “el mal metafísico”, es decir, aquello que es tan terrible que no podemos ni siquiera encontrar una causa que le dé explicación.

La sociedad reconoce que tiene una responsabilidad ante la víctima, que no una culpa, que es muy distinto, y que, entonces, puede y debe hacer algo. Esto es lo que constituye o establece la categoría social de las víctimas.



Claro está, como bien creo que se ha expuesto estos días, esa construcción social no es fósil sino dinámica. Como otros agentes sociales, son creados por la acción protagonista de sus directamente afectados, que no son otros que las víctimas. Las víctimas son reconocidas, entonces, como tales, como decía Florencio en su intervención, por su propio esfuerzo, por su movilización. Son el agente afectado directamente, es el primero que acaba construyendo, que acaba poniendo los ladrillos para la construcción de su propia categoría.

Pero este es el primer paso. El segundo es que finalmente son los cambios de percepción social los que permiten establecer estas categorías y reconocer a estos agentes sociales. Es decir, la sociedad los hace suyos con la empatía, se hace responsable ante ellos, los ven y se ven como espejo. La sociedad se ve a sí misma y no como pantalla inevitable. Es un poco esa figura magnífica que se establecía también sobre Auschwitz. En el momento en que reconocemos una categoría social, un cuerpo social, un agente social, nos estamos viendo en el espejo de ellas, y, por lo tanto, hacemos nuestra alguna responsabilidad ante las mismas.

Una segunda cuestión importante que creo que ha quedado bien expuesta y clara en estas dos sesiones es esa condición cambiante y dinámica de la construcción del agente social, que son las víctimas. Lo fue antaño, pero también lo es en el momento presente, y en el futuro, tal y como se nos ponía para el caso vasco, pero también para el caso de Irlanda del Norte, con sus semejanzas y sus extraordinarias diferencias.

En ese sentido, eso que hemos llamado algunas veces, y que se llama, de hecho, la lucha por el relato, tiene que ver también con el reconocimiento de quiénes son y no son víctimas del terrorismo. Este es un asunto muy importante. Una equiparación victimaria en razón del sufrimiento común obvia, desvanece, diluye las muchas diferencias y responsabilidades de cada cual. La igualdad de consideración, que no de trato, como insistiré a continuación, es radicalmente contraria a la verdad de lo ocurrido. Por eso tiene que ver directamente con esta lucha, con esta batalla por el relato.

Ahí radica, efectivamente, la cuestión. Una cosa es la igualdad de trato y otra la igualdad de consideración. La igualdad en el reconocimiento del dolor no lo es en la responsabilidad. Esta cuestión tiene dimensiones, como veíamos en la sesión de ayer a la tarde, tanto jurídicas como sociales, políticas o, incluso, primeramente, psicológicas. Es una cuestión que también hemos visto, y éramos

plenamente conscientes cuando organizábamos esta reunión, que no es fácil porque, entre otras cosas, alimenta el agravio entre grupos de víctimas, y sobre todo y también, porque va en contra del tan querido lugar común de “todas las víctimas y todos los sufrimientos”. Y esta mañana salía una frase que yo creo que es muy importante, que dice que los que antes igualaban las violencias hoy igualan a las víctimas y a los victimarios. Es un asunto muy interesante para reflexionar sobre ello.

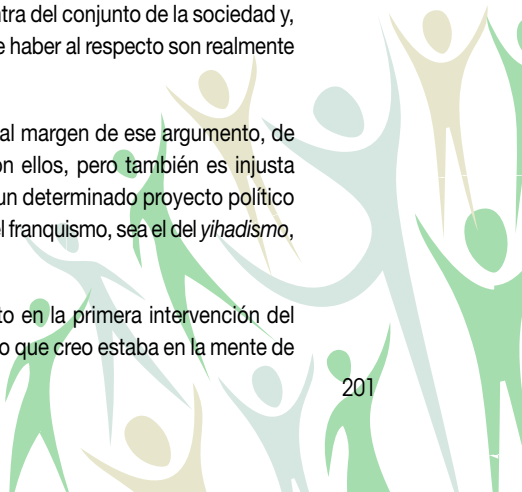
Por eso esta reunión, este simposio, era tan complejo y delicado. Éramos plenamente conscientes de ello, porque sabíamos que estamos pensando en contra de lo que la mayoría quiere pensar. Esta es una reunión claramente a la contra, y eso es lo que le da sentido y entidad. Por fortuna, el alto riesgo con que arrancábamos, que creo que Sara en su intervención inaugural ya anticipaba, nos ha permitido salir indemnes gracias sobre todo a la alta calidad de las intervenciones de todos los que han ocupado esta mesa. Y ello nos ha permitido obtener dos, tres, cuatro conclusiones operativas con las que termino.

La primera, esencial, todas las víctimas de cualquier tipo de violencia merecen el mismo trato de la sociedad a ver reconocida su condición. Todas las víctimas de la violencia tienen que tener la consideración social, la interpretación o el sentido que precisamente les dieron sus distintos victimarios, eso que se decía tan importante de que todos los delitos y todos los victimarios son diferentes, y son ellos, como sujeto activo, los que crean, en un sujeto pasivo, que es la víctima, la diferenciación de consideración social que tenemos que tener con las víctimas.

En el caso del terrorismo, las víctimas, lo recordaba ayer José Mari Ruiz Soroa, son víctimas vicarias. Es decir, resultaron afectadas directamente, pero lo eran en nombre de una sociedad. Se actuaba en contra del conjunto de la sociedad y, por lo tanto, las responsabilidades que tiene que haber al respecto son realmente muy diferentes.

Finalmente, la indiferenciación de las víctimas al margen de ese argumento, de ese factor que les hizo víctimas, es injusta con ellos, pero también es injusta con la sociedad a la que se pretendía imponer un determinado proyecto político concreto, sea el de ETA, sea en su momento el del franquismo, sea el del *yihadismo*, lo mismo nos da en ese sentido.

También una cuestión que ha salido un poquito en la primera intervención del primer día y que no se ha desarrollado más, pero que creo estaba en la mente de





muchos: que frente al conmemoracionismo, esa reiteración en celebraciones que al final desvirtúa y diluye todo, frente al conmemoracionismo hay que recordar entendiendo. Si no se entiende, el recuerdo es absolutamente vano y vaporoso.

Y quería terminar con una reflexión que hacía Manuel Cruz el primer día: eso de que la víctima es una construcción social que se elabora a partir de un relato que tenemos sobre lo ocurrido. Digamos que hay una coherencia, una correspondencia entre quiénes interpretamos que son víctimas y cuál es el relato que tenemos en la cabeza de lo que ha ocurrido. Y yo creo que esto es esencial que lo recordemos.

Hecho el resumen. Adelante, Jesús.



JESÚS LOZA AGUIRRE

Patronato de la Fundación Fernando Buesa Blanco Fundazioa.

En la clausura de este decimocuarto Seminario Fernando Buesa que nuestra Fundación organiza un año más junto al Instituto Valentín de Foronda, mis primeras palabras tienen que ser de agradecimiento. De agradecimiento a todos ustedes por su presencia en los dos días de reflexión y por su participación en los debates. Gracias también a los ponentes por su disponibilidad, por su testimonio y por sus reflexiones, que nos serán de gran utilidad para abordar los retos de futuro. Gracias un año más al Instituto Valentín Foronda por su complicidad en el camino que nos trazamos hace ya cuatro años de conjugar historia y memoria, reflexión académica y testimonio vivo. Con un objetivo fundamental: la construcción de un futuro de convivencia en libertad, basado en la aceptación por todos de los principios y valores del Estado de derecho, en la memoria de las víctimas y en la deslegitimación de los victimarios. Dos caras de la misma moneda, como hemos dicho en numerosas ocasiones.

Permítanme un par de reflexiones breves en esta clausura y al hilo de los desencuentros que se producen cada año con ocasión del Día de la Memoria en relación precisamente con el título del Seminario.



Una primera precisión: no es un día de homenaje a las víctimas, no puede serlo. Nunca podremos homenajear a Carrero Blanco o a Melitón Manzanos, o a Argala, o a Kepa Pikabea, aunque todos hayan sido víctimas de la violencia terrorista.

Un día de recuerdo sí, un día de recuerdo de los sufrimientos injustamente padecidos sí, pero también un día de deslegitimación de los victimarios.

Tampoco puede quedarse en un día de silencio conmemorativo del sufrimiento injusto padecido. Por supuesto que hay que reconocerlo y repararlo porque ese sufrimiento iguala a todas las víctimas, pero diferenciando nítidamente la causa de la victimización.

Y la diferencia clave en nuestra realidad del País Vasco se basa en el olvidado significado político de las víctimas del terrorismo. Un significado que no tiene relación con el pensamiento de las víctimas en vida, sino con el proyecto político que sus victimarios quisieron imponer con su barbarie.

Un proyecto político totalitario y excluyente de ETA como expresa con claridad en su artículo 8 la Ley 4/2008 de Reconocimiento y Reparación a las Víctimas del Terrorismo aprobada por unanimidad, en ausencia de Batasuna, en junio de 2008 en el Parlamento vasco.

Los casos de guerra sucia no tenían detrás un proyecto político; tenían detrás la pretensión ilegítima de terminar con el terrorismo utilizando el terror. Y también tenemos que deslegitimar ese intento de atajo que se opone a los principios y valores del Estado de derecho. Y todos lo hacemos.

Algo similar podríamos decir de los abusos policiales, de la utilización de atajos ilegítimos en la lucha contra el terrorismo. Todos nos hemos posicionado en contra de dichos abusos.

Pero todavía hoy y aquí no todos deslegitiman el terrorismo de ETA ni el apoyo que recibió de sus cómplices políticos. Y es, a nuestro juicio, profundamente hipócrita aceptar que quienes no son capaces de afirmar que matar estuvo mal y que también estuvo mal el apoyo político al asesinato del diferente, puedan compartir con el resto de los que sí condenamos todos los sufrimientos injustos un acto de recuerdo por muy bienintencionado que este sea.

Por eso hemos mantenido siempre que la memoria no puede desligarse de la deslegitimación ética, social y política del terrorismo. Algo que proclama el mismo artículo 8 de la Ley de Víctimas. Y por eso no compartimos las celebraciones en silencio, sin incluir esa deslegitimación, por muy bienintencionadas que sean.

Y se preguntaran ustedes: ¿qué podemos hacer? Nuestra Fundación estableció hace un par de años su posición, que no es otra que el establecimiento del Día de la Memoria de las Víctimas y de la deslegitimación activa de los victimarios, pero con un manifiesto claro de lo antes indicado. Y el que quiera, que acuda a los actos sabiendo lo que significan. Y el día en que todos deslegitimemos todas las violaciones de los derechos humanos, sobrá el añadido.

Nuestra Fundación piensa que toda esta confusión está muy ligada a las previsiones del Plan de Paz y Convivencia de la pasada legislatura. Plan que criticamos con respeto, pero con claridad. Porque dicho Plan se basaba en el sufrimiento injusto de todas las víctimas, pero pasaba de puntillas, por ser magnánimo, sobre el significado político de las víctimas.

La expresión “aquí todos hemos sufrido mucho” es la quintaesencia del intento de diluir la responsabilidad fundamental de ETA y su mundo en un maremágnum en el que, si todos hemos sido víctimas, todos hemos sufrido mucho, todos nos convertimos en victimarios. Algo que rechazamos con rotundidad.

Nos encontramos en estos momentos en el inicio de una nueva legislatura, una oportunidad fantástica para reorientar las políticas de convivencia en el sentido antes expresado.

Esperamos y deseamos fervientemente que las palabras del actual Secretario General de Paz y Convivencia, cuando hacía referencia a la entrada del *yihadismo* y de la inmigración, no sabemos si de otras cuestiones, dentro de un futuro Plan de Paz y Convivencia, profundizando en la dilución de responsabilidades, sean cosecha propia y no sean atendidas por quienes tengan la responsabilidad de gobernarnos en los próximos cuatro años.

A nuestros futuros gobernantes en Vitoria les pedimos que actúen con la claridad que expresa la Ley de 2008 y al nuevo Gobierno en Madrid que practique la inteligencia y el diálogo para conseguir la convivencia en libertad en esta



tierra. El Estado de derecho nada debe ni a ETA ni a Batasuna, pero tiene una deuda inmensa con quienes hemos defendido la libertad y a ese Estado de derecho en épocas muy dolorosas. Y creo que estamos en situación de poder demandar a ese nuevo gobierno políticas inteligentes y consensuadas con el futuro Gobierno Vasco que puedan llevarnos a una convivencia en libertad.





agradecimientos

Agradecemos a los intervinientes y asistentes su participación en el XIV Seminario Fernando Buesa celebrado los días 10 y 11 de noviembre de 2016 en Vitoria-Gasteiz.



EDITAN



Valentín de Foronda.



UPV EHU

COLABORAN



Ayuntamiento
de Vitoria-Gasteiz
Vitoria-Gasteizko
Udala



Arabako Foru Aldundia
Diputación Foral de Álava



FUNDACIÓN · FUNDAZIOA
Solo por tu bienestar